

The background of the cover is a photograph of a city street, likely in Buenos Aires, Argentina. The scene is captured in a soft, blue-toned light, suggesting dawn or dusk. In the foreground, a wide street with a few cars and a street sign is visible. The middle ground is dominated by a large, multi-story building with classical architectural features, including many windows and decorative elements. In the background, a tall, thin spire rises into the sky. The overall atmosphere is quiet and somewhat somber.

Liliana Villanueva

SOMBRAS RUSAS

blatt & ríos

SOMBRAS RUSAS

LILIANA VILLANUEVA

SOMBRAS RUSAS

LILIANA VILLANUEVA

blatt e rics

Villanueva, Liliana
Sombras rusas - 1a ed. - Buenos Aires: Blatt & Ríos, 2017.
Libro digital, EPUB
ISBN 978-987-3616-74-7
1. Crónica de Viajes. I. Título.
CDD 910.4

© 2017 Liliana Villanueva
© 2017 de esta edición, Blatt & Ríos

Primera edición en papel: febrero 2016
Primera edición en eBook: abril 2017

Diseño de cubierta: Nacho Jankowski
Fotografía de tapa: Liliana Villanueva

Producción de eBook: Recursos Editoriales
Libro de edición argentina

Blatt & Ríos es un sello de Recursos Editoriales

facebook.com/BlattRios

www.blatt-rios.com.ar

www.recursoseditoriales.com



eISBN: 978-987-3616-74-7

Queda prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin permiso previo del editor y/o autor.

*para Max,
porque esta también es tu historia*

*Rusia es rehén de sus distancias.
Una visita aquí es siempre un pequeño viaje.*

Astolphe de Custine, Cartas de Rusia, 1839

PRIMERA PARTE: KRAPÓTKINSKAIA

NO DIGAS NO

Los pasos retumban sobre la madera, alguien sube, de dos en dos, los escalones de la empinada escalera. El único que sube así, corriendo, apurado, como si la velocidad con la que viaja cada día en bicicleta de vuelta del trabajo lo empujara acelerando su llegada a casa, es Jan.

La llave gira en la cerradura, la puerta de entrada se abre y se cierra de un portazo. Dos, tres, cuatro pasos rápidos. Y antes de verlo aparecer en el marco de la puerta, alcanzo a divisar un movimiento, como en esas fotografías antiguas de tiempo de exposición largo, cuando alguien se mueve y el negativo registra una sombra transparente que dura sólo un instante, un fantasma que se queda suspendido en el aire. Lo veo, aún fuera de foco, pero no lo veo entero, sólo veo su cara iluminada por la luz amarilla de la cocina contra el fondo oscuro del pasillo; veo su cara aislada y con expresión de asombro, como si su cara hubiera llegado antes que su cuerpo, sola.

Como un patinador sobre una pista de hielo o como los chicos que no saben frenar su cuerpo a tiempo, Jan apoya una mano en el marco de la puerta para no caerse. Ahora veo la otra mano, de la que cuelga la cartera de cuero negra como un péndulo. Es raro que la lleve encima, contra su hábito tan establecido de dejarla olvidada hasta la mañana siguiente sobre la mesita de mármol bajo el espejo de la entrada, como si ahí adentro se conservara el tiempo, todas esas horas que él pasa en la agencia de noticias que le roba la vida y gran parte de sus ganas. Cada día le pregunto qué pasó en el mundo y él, cansado, abrumado por tantas noticias que pasan por su pantalla como las interminables aguas de un río, me contesta:

—No sé. Todo. Nada.

Tampoco colgó su campera en los ganchos del pasillo, sigue vestido de calle, abrigado contra los fríos de octubre: las medias de lana sobre el jean para que el pantalón no moleste al pedalear, la campera con el cierre y los botones de gancho totalmente cerrados, la bufanda verde de lana suave hecha un nudo alrededor del cuello. Veo cada una de sus partes: su cara, sus manos, los jeans, la campera, las veo de forma aislada, como si llegaran de a poco en un tiempo diferente, más lento que el habitual. La imagen de Jan tarda en revelarse en la oscuridad líquida del pasillo.

Y es recién cuando entra a la cocina cuando lo veo entero, de una pieza. Me mira sin decirme nada, me mira sin verme. Sé que tiene algo que contarme, una noticia importante. Lo conozco, conozco esa forma del asombro que se le mete en el cuerpo y que le saca el habla. No quiero apurarlo, le doy tiempo, a él le gustan las ceremonias. Jan recuerda los sucesos trascendentes de su vida desde chiquito, como cuando a los cuatro años llegó corriendo hasta la cocina, donde su madre preparaba el almuerzo frente a la ventana empañada. Llegó corriendo y seguramente se habrá sostenido contra la mesada de la cocina para frenar el impulso de su cuerpo, mientras afuera, en el jardín, nevaba y el viento del Norte hacía temblar los vidrios de la ventana. La

cocina era un lugar protegido, caliente, familiar. Un nido. Jan se subió al último cajón de la cajonera, le dio un tirón a la pollera de su madre y le dijo:

—Mamá, quería decirte que estoy muy contento con mi vida hasta ahora.

Lo dijo muy seriamente, con convicción, después de haberlo pensado mucho. Él recuerda ese momento cuando fue consciente de su vida y de su lugar en el mundo. Esa primera frase es la más importante, la que lo define, de alguna manera. Veo la imagen de ese chico de cachetes llenos, colorados, como si la hubiera vivido, aunque yo en esa época ni siquiera había nacido.

Él recuerda ese momento y muchos otros más. Me encanta que me cuente y me repita esas historias que ya son mías. Jan relaciona lo que ocurrió en el mundo con los sucesos de su vida. Como cuando recién nos conocimos y fue a visitarme a la Argentina. Vivíamos separados: Jan en Hamburgo, yo en Buenos Aires. Ahorró durante medio año, pasó hambre hasta que pudo comprar el pasaje de avión más barato. Se escapó por un mes, faltó a las clases de abogacía, no le contó nada a nadie. Una mañana de abril de 1986 sonó el teléfono y atendí. Era Hilge, una de sus hermanas. Con voz muy preocupada me preguntó por él, si sabía dónde estaba. Me explicó que lo estaban buscando por todos lados: una nube tóxica se acercaba desde Ucrania y Bielorrusia hasta el Norte de Alemania, donde vive la familia.. Le pasé enseguida el tubo a Jan, imaginando la sorpresa y el alivio de su hermana, que no pensó que él estuviera ahí, tan lejos. Así nos enteramos de que había explotado una central atómica en un lugar llamado Chernóbil.

Tres años más tarde, yo estaba trabajando en un estudio de arquitectura en Berlín cuando Jan me llamó por teléfono. Era tarde y lo primero que me dijo, con un tono vertiginoso de voz: “Cayó el muro”. Y después me pidió:

—¿Podrías ir por mí a la Puerta de Brandemburgo? Observá bien todo lo que pasa y después contame. ¡Cómo me gustaría estar ahora en Berlín!

El 25 de diciembre de 1991, Jan estaba de guardia en la agencia cuando llegó un cable urgente de ITARTASS. Después de que el 8 del mismo mes Gorbachóv había firmado el Tratado de Belavesha, que reemplazaba a la URSS por una Unión de Comunidades Independientes, en la noche de navidad la Unión Soviética dejó de existir formalmente: soldados del Ejército Rojo habían bajado la bandera soviética de las torres del Kremlin y la reemplazaron por otra de la Federación Rusa, un simple cambio de banderas que Jan tradujo al lenguaje periodístico como *****NOTICIA URGENTE*****, en mayúsculas y con todas las estrellitas posibles, un texto corto que anunciaba el fin de una era.

La mesa de la cocina de nuestro departamento de Hamburgo está llena con mis libros y apuntes. Como cada día desde que me mudé de Berlín estoy leyendo y tomando notas, tratando de encontrar un orden en mi tesis. Dejo la birome sobre el cuaderno y apoyo la espalda contra la pared dura y repentinamente fría. Espanto una sombra que pasa por mi cabeza y espero lo que tenga para decirme.

Jan respira hondo, me mira a los ojos y, con una mezcla de fascinación y algo parecido al miedo, me dice:

—Me ofrecieron el puesto en Moscú.

Lo primero que siento es alivio: no tuvo un accidente con la bicicleta, sus padres, sus tres hermanas y sus siete sobrinos están sanos y siguen vivos, no explotó ninguna central nuclear, su mamá puede seguir cocinando ricas salsas de champiñones que crecen salvaje en el jardín. Jan tampoco se enamoró de la secretaria, que podría ser su madre, por suerte en Alemania no hay golpes de Estado, ni estallan nuevas guerras, ni Berlín fue ocupada por los rusos. Aquí todo es

más o menos calculable, como las estaciones, como el otoño en la ventana.

Jan y yo nos miramos directamente a los ojos, en silencio.

MOSCÚ. Así como hace unos instantes sus pasos retumbaban en la escalera, la palabra MOSCÚ retumba ahora en mi cabeza. Escucho el eco que llega, desde algún cuarto oscuro de mi conciencia, hasta el lugar en mi cerebro que recibe la información, la traduce y la procesa. MOSCÚ, el eco es un golpe de martillo, fuerte y repetido, la palabra, nueva, queda en el vacío como si nunca antes la hubiera escuchado. Suena diferente. Suena fuerte.

Jan se sienta, más bien se deja caer en la silla. Me mira desde el otro lado de la mesa y en su mirada también hay un vacío. Es un vacío que depende de mí llenar.

Hace ya nueve años que vivo en Alemania. Desde el principio sabíamos que por su trabajo en algún momento haríamos las valijas y seguiríamos viaje. Pero ¿Moscú? En nuestros planes estaban Madrid, Londres, París y Tel Aviv. Buenos Aires todavía no: el puesto de corresponsal acaba de ocuparse y no estará libre hasta dentro de tres o cuatro años.

Jan espera una respuesta. Desde que llegó no abrí la boca. Todo ocurre en mi cabeza, donde todavía escucho el eco de MOSCÚ. La palabra suena indefinida, desconocida, peligrosa, fuerte. Me gusta que suene así. Y es por eso que digo:

—No digas que no.

—No hay que decidirlo ahora -me dice Jan-. Tenemos dos semanas para dar una respuesta. Claro que cuanto antes tomemos la decisión, mejor.

Jan me propuso hacer un viaje a Moscú, para ver si nos gustaba. No nos gustó. Y sin embargo, aceptamos.

MOSCÚ ES OTRO MUNDO

Ígor maneja malhumorado por una avenida llena de autos. Hace giros nerviosos, toca bocina y se queja del tránsito de Moscú. Pero él es parte de ese tránsito. Algunos conductores lo miran con fastidio, otros le contestan con más bocinazos o con gestos poco amistosos de las manos. La mayoría lo ignora, aunque sus miradas dicen todo.

Hace frío, la nieve que alguna vez fue blanca ahora es una sopa espesa y gris oscura arrollada por las ruedas de los autos. Los camiones avanzan por la derecha y por la izquierda e impiden ver hacia adelante. Los vehículos se salpican entre sí, sin piedad ni benevolencia. Bajo los paraguas, los valientes peatones que intentan cruzar la avenida de diez carriles se cuidan para no mojarse con el aguanieve escupida por el tránsito y no ensuciarse con el caldo helado de la calle. No parece tarea fácil ser peatón en Moscú, ni conductor, ni ruso en general. Me digo a mí misma que debo evitar mi tendencia a llegar a conclusiones precipitadas o desarrollar teorías disparatadas y me detengo en los detalles.

Los carteles de tránsito están escritos en cirílico y eso produce un primer extrañamiento. Todo es extraño sin llegar a ser exótico. Se ven pocos carteles de propaganda en esta ciudad gris, fría y húmeda. Acostumbrada desde chica a la presencia permanente de publicidad, a los avisos de Coca Cola y a guiarme por los carteles de los negocios, a primera vista Moscú se me aparece muda.

Cuando viajó a la URSS, García Márquez escribió una crónica titulada: “22.400.000 kilómetros cuadrados y ni un aviso de Coca-Cola”. Pero esto ya no es la Unión Soviética, el país está empezando a cambiar de forma definitiva y los carteles de propaganda -término que en ruso está asociado a la propaganda política- serán suplantados por las publicidades de los objetos de consumo más insólitos. Pero en este primer viaje todavía estoy en blanco, no sé nada de lo que me espera, ni siquiera sé si esta visita será la última, o la definitiva. Estoy encandilada en una ciudad que no se muestra, me gusta la diferencia y observo cosas que normalmente no llamarían mi atención: cómo está vestida la gente, edificios grises, detalles de autos y camiones, ruidos y olores.

El auto vibra, hace ruidos mecánicos y aunque las ventanas están completamente cerradas se escucha el traqueteo, el zumbido y el arrastre de las ruedas de los otros autos sobre el asfalto cubierto de aguanieve. Como en un campo donde nunca va a crecer nada, las ruedas van arando surcos en la masa helada. Es tan profunda la huella que dejan los autos que Ígor se ve obligado a mantenerse en su carril para evitar volcar el auto entre los montones de hielo acumulado.

Habituada al tránsito silencioso de Alemania, viajar en auto en Moscú es como meterse en una máquina industrial de gran tamaño, en algo que parece funcionar automáticamente por alguna

orden superior sin que uno pueda decidir o hacer nada, salvo dejarse llevar y entregarse. Jan está fascinado: le encantan los autos viejos, raros. Mira hacia todos lados y le pregunta a Ígor el nombre de los modelos de autos y camiones, cuadrados y remachados, como recauchutados con restos de latón de tanques o aviones de guerra, sin publicidad alguna, salvo algunos inquietantes números sopleteados sobre el metal que no explican mucho.

—Ese es un GAZ -dice Ígor-. Fábrica de automóviles Gorki. El camión que nos pasó es un KAMAZ, la fábrica de camiones más grande del mundo, ubicada a 900 kilómetros al Este de Moscú, en los márgenes del río Kama. Ahí va un KrAZ, de Krasnoyarsk. El Lada lo conocen, ¿verdad? Y ahí adelante, el negro, es un Volga. También son producidos en Gorki. Los *Aparatchniks* -Ígor levanta la cabeza haciendo una venia- viajan en Volgas negros. Pero ya se están haciendo de autos importados de Alemania. ¡Oh! Miren esa limusina que adelanta por el carril del medio. Es un Ziv, copia del Lincoln norteamericano. Antes lo usaban miembros del Politburó, los *nachalstvo*. Aunque ahora, nunca se sabe, seguramente es un nuevo rico. Y ese inútil que no acelera ahí adelante es un Moskvitch. ¡Imbécil! ¿Qué esperas? ¿La carroza de la princesita del otoño?

—¡Increíble! -dice Jan-. Son de colección. ¡Tantas marcas que no tengo!

Jan colecciona autos y camiones de juguete. En los viajes nos pasamos buscando modelos raros en los mercados de pulgas. Tiene colectivos de Buenos Aires, camioncitos italianos, Ladas y Travis de Alemania Oriental. A mí los modelos de los autos me interesan poco y nada, me interesa la gente, los edificios, la forma desfachatada de hablar y de comportarse de Ígor. Empieza a gustarme y a asombrarme este mundo tan distinto.

El único cartel de propaganda estaba en el aeropuerto y en inglés. Sobre la entrada de la tienda de productos Tax Free decía: MOSCOW IS ANOTHER WORLD. Moscú es otro mundo.

Le pregunto a Ígor cómo se llama esta avenida.

—Leningrádski Prospékt. Es la avenida que va del aeropuerto Sheretméievo al centro. Sigue hasta Leningrado. A San Petersburgo quiero decir, pero la avenida se sigue llamando así por la ciudad de Lenin. Ahora vamos al apartamento de Lars, a la estación Bielorrúskaia.

Jan pregunta si después nos puede llevar a la agencia. Sí, Ígor nos dejará primeramente en el piso de Lars para bajar las valijas y para que descansemos del viaje unos ‘minutitos’. Después, él mismo nos llevará ‘directamente’ al Kutúsowski Prospékt, para que conozcamos ‘propiamente’ a los colegas de la agencia. Ígor habla con muchos diminutivos y adverbios: señorita, seguramente, princesita, primordialmente, minutitos, continuamente. Nos tutea, no sé si porque es mayor que nosotros o por cierta informalidad en la forma rusa de hablar.

—Además de Sheretméievo tenemos más aeropuertos en Moscú, nacionales e internacionales. Cuando viajen por Rusia, partirán seguramente desde otros puntos: a Siberia y al Cáucaso desde Domodiédevo. Y de Vnúkovo salen regularmente las líneas que conectan con las ex Repúblicas Soviéticas.

“Cuando viajen por Rusia”, dice Ígor, pero todavía no sabemos si viviremos aquí, si viajaremos por Rusia. Querría explicarle que venimos sólo por una semana, para ver si nos gusta. Pero no digo nada.

En Hamburgo, el jefe de la agencia nos había dicho que lo meditáramos con “toda la calma del mundo” y nos dio una semana para pensar en calma. También nos advirtió:

—No cualquiera soporta la vida en Rusia -y aclaró-: No cualquier pareja aguanta. Es una decisión importante y no se puede dar marcha atrás.

Después, mirándome a los ojos, me dijo una frase que recordaría durante muchos años:

—Si la pareja aguanta Moscú, aguanta cualquier cosa.

Bajando la voz, nos contó que el anterior corresponsal en Moscú se divorció al mes de ocupar el puesto. Su mujer no soportó el frío, la cultura, el idioma y, sobre todo, a las mujeres rusas. El corresponsal se quedó en Rusia pero la mujer volvió a Alemania. También hay que tener en cuenta el tema de los costos. La totalidad de los gastos de la mudanza y un porcentaje del alquiler del departamento corren por parte de la agencia. Pero en caso de incumplimiento de contrato ellos no se hacen cargo de la mudanza de vuelta a Alemania.

Las nubes son bajas, cargadas de hielo. Ígor maneja con la campera puesta. La gente está vestida más o menos como en cualquier otro país europeo, aunque más abrigada, con más capas. Las mujeres parecen paquetes envueltos como para regalo, con lazos, ribetes y bordes de piel. A pesar de tanta envoltura, los abrigos están muy entallados en la cintura. Las caras muestran una expresión estática, como máscaras de teatro, quizás debido al frío. Los chicos también están muy serios. Debajo de las capuchas tienen además gorros de lana y bufandas bien apretadas al cuello. Van rígidos, como si su cuerpo estuviera enyesado. Veo a un chico como de cuatro años con los cachetes colorados, con el marco de la capucha de piel blanca parece un osito de peluche. Los hombres usan gabardinas gruesas, en tonos grises o marrones y gorros de piel con orejeras. Todavía no sé de que estas gorras tan rusas se llaman *shapkas*, y que las aletas no deben bajarse a los costados por ningún motivo, aun a temperaturas bajo cero, sino permanecer atadas a la cabeza aunque se hielen las orejas, para no ser confundido con un desterrado, con un pobre o con un preso.

Todo es perfectamente extraño, extrañamente imperfecto. En el aire hay olores fuertes que atraviesan las ventanillas: nafta industrial mezclada con un olor punzante a pegamento, a repollo cocido y a tierra húmeda. El auto avanza a trompicones, el motor se apaga e Ígor vuelve a encenderlo maldiciendo en voz baja, murmurando lo que supongo son malas palabras en ruso. Se escuchan bocinazos e Ígor se queja con las manos, como si la culpa de su impericia la tuvieran los demás, los otros conductores o un enemigo indefinido, poderoso y maldito.

Hace menos de una hora llegamos a Moscú y entramos al túnel del tiempo, un tiempo que es anterior al de nuestras propias vidas, porque todo parece pertenecer a otra época, una época de epopeyas comunistas y de movimientos en masa. Es inusitada la escala de las avenidas y aunque Moscú se exponga sólo con sus ruidos, sus olores y sus imperfecciones -que en parte me caen simpáticas- empiezo a sentirme espía de un secreto mal guardado.

A la izquierda, en medio de la avenida, veo un foco de color. Es un cartel de propaganda, el dibujo de un gallo inmenso con la cresta roja, cacareando feliz bajo una insólita leyenda en español: 'Gallina Roja'. Es la única referencia al mundo capitalista de marcas y colores de donde venimos, donde crecimos y que nos determina en todo. Desde que bajé del avión tengo la sensación de que me han puesto lentes especiales, porque todos los colores están teñidos de azul, de celeste y de gris, miles de tonos de grises que le roban contraste y definición a las cosas. Viniendo de Europa, todo aquí parece hecho a golpe de martillo, de masa, de hacha, desde los camiones con remaches a la vista hasta las veredas y los edificios, una misma fachada repetida hasta el infinito.

A la derecha hay un negocio iluminado con luz cálida que parece ser una tienda de café. Siento el impulso de bajar del auto, hacer una pausa y entrar, sentarme en una de las mesitas y ver pasar la vida en la calle. Me imagino ahí, del otro lado del vidrio empañado, tomando notas de cómo se

vive en Rusia. Me veo, desdoblada, como en un juego donde el tiempo se trastoca, tomando un café al amparo del bar, llegando en el auto oficial de la agencia, con Ígor que maneja malhumorado y Jan pensando en las marcas de autos de juguete que va a comprar en el *Dietski Mir* o ‘Mundo de los chicos’, el supermercado de juguetes frente al inmenso edificio del ex-KGB.

Ígor nota mi interés. Me mira por el espejo retrovisor y me dice que se trata de una ‘casa de té’.

—*Chai* significa ‘té’ en ruso. Una palabra de origen chino. A las casas de té les decimos *chajána* o *chajuné*. La expresión viene del Asia Central, de las Repúblicas ex soviéticas.

—¡Asia Central! ¡Repúblicas ex soviéticas! -dice Jan entusiasmado y me mira-. Vamos a ir, ¿verdad?

En la calle hay un grupo de obreras. Sus abrigos de guata azul están bastante gastados. Trabajan con palas y picos rústicos. Sus cuerpos son fuertes, cuadrados, acostumbrados al trabajo duro y al clima extremo. Una de las obreras tiene una cara ancha y ojos como surcos, de rasgos asiáticos, mongólicos; su gorra es de piel más larga, encrespada, de cabra o de oveja color marrón. Todas las obreras usan botas de fieltro grises.

¿Seguimos en Europa o entramos al Asia? Tampoco sé todavía que esa es una de las preguntas esenciales que se plantearon los pensadores rusos mucho antes de la Revolución, una cuestión de actitud y reacción de defensa en un país incommensurable y sin fronteras naturales que durante quinientos años fue ocupado por hordas mongolas y tártaras que no encontraron resistencia alguna.

“A causa de nuestros pecados, naciones desconocidas llegaron. Nadie sabe su origen o de dónde vienen, ni qué religión practican. Eso sólo lo sabe Dios, y quizá también hombres sabios que aprendieron de los libros”, dijo un pensador medieval ruso ante la invasión mongola. Doscientos años de dominio mongol, una corta pausa durante el reinado del zar Iván III y después llegaron los tártaros para quedarse trescientos años más. Tantas veces habré de escuchar en Rusia la frase: “Si rascas la piel de un ruso, te encontrarás con un tártaro”.

Ígor mezcla sus frases en alemán con palabras rusas que supongo son puteadas. Con gestos de las manos le indica a los otros conductores qué deben hacer. Maneja para el diablo. Cuando explica algo se distrae y el auto se va para un costado. Jan me dirige miradas inquietas, como diciendo “¿adónde vinimos a parar?”.

De repente, Ígor dice:

—¿De dónde es la señorita, si me permite preguntar?

—Soy argentina.

Después de un instante de estupor, Ígor grita:

—¡Argentina! ¡Lolita Torres!

Ígor saca sus manos del volante, se da vuelta e intenta abrazarme. El auto, sin control, gira violentamente hacia la derecha. Se escuchan bocinazos, me agarro con ambas manos del acolchado del asiento.

—¡Ígor! -grita Jan-. ¡La dirección del auto!

En una pirueta rápida, Ígor gira su cuerpo hacia delante, con la izquierda retoma el volante pero deja la derecha en el aire para que se la estreche. Le doy la mano, riéndome un poco nerviosa. Ígor está emocionado. Entonces, se pone a cantar en español en voz muy alta, una voz que viene directamente desde su alma:

*Te llevo dentro de mi corazón, te lo juro yo.
Por ti, contaría la arena del mar...
¡¡¡por ti... yo sería capaz de matar!!!*

—¿Hablás castellano, Ígor? -le pregunto asombrada y contenta de escuchar español en Moscú.
Ígor sonrío y sigue cantando:

*En la luz de tu mirada
Yo te pido que me dejes
¡y te olvides que te amé!*

Mirándome por espejo retrovisor, Ígor me explica en alemán:

—No, desgraciadamente no hablo castellano. Sólo letras de tangos, ciertamente. -Suspira largo y dice-: ¡Ah, Lolita Torres! ¡El amor de mi juventud!

MARIPOSAS

Hay de todos colores: con alas turquesa de bordes dorados y verde esmeralda con círculos fucsia que tienden al violeta; hay una azul cobalto con destellos plateados y óculos de un rojo que, hacia el ápice, tiende al magenta. Hay una de plumas anaranjadas y nervaduras azul intenso y a su lado otra completamente amarilla, en un tono que de tan luminoso emite brillos verde claros. A un mismo tiempo, todas las mariposas dan una vuelta al ritmo del rock ruso acaramelado que sale escupido de los altoparlantes. Una se me acerca y veo el reverso de sus alas. En la superficie aterciopelada hay una mancha que parece la gota de un líquido denso, de tal misteriosa perfección que la nervadura que la cruza se desvía ligeramente al atravesarla. Las mariposas vienen y van, revoloteando con sus alas en una danza simétrica, hipnótica. Son bailarinas rusas de piernas largas y flacas como patas de lepidópteros.

Las alas están revestidas de plumas que nacen en un corset de escamas adherido al tórax con nervaduras negras y ribetes dorados. Los bustos de las bailarinas se mantienen peligrosamente dentro de las canastillas rígidas del corpiño y bailan a un ritmo diferente que el de sus cuerpos, saltando de un lado al otro, como si se negaran a formar parte de la coreografía. Los ojos, ampliados por el maquillaje, son enormes, como ojos de mosca. En las caras inmóviles, inexpresivas, con sonrisas mecánicas que consisten en la mera exposición de dientes blancos, sólo las pestañas postizas se mueven siguiendo el ritmo de la música.

Es nuestra primera noche en Moscú y aquí estamos, rodeados de mariposas gigantes en un cabaret de moda que, según Lars, es el sùmmum elevado al cubo de la movida en la Nueva Rusia. Un cartel de luces que se prenden y se apagan nos recibió a la entrada, centelleando rojos en el cielo de Moscú: AVANTGARD. Y yo que pensaba que la vanguardia rusa era otra cosa: pósters revolucionarios, poesía de Maiakovski, moda funcional para trabajadores de cuerpos fuertes, deportivos y sin adornos que dan su vida para el bien de la Patria Obrera, que viven en edificios racionalistas de cocinas comunitarias y que procrean niños sanos para seguir construyendo la comunidad socialista del futuro.

Ina, una periodista de Alemania Oriental -no le gusta que le pregunten de qué Alemania viene-, señala con la cabeza a la mesa vecina. Cuatro rusos vestidos con trajes caros miran borrachos a las bailarinas, con el aburrimiento del que ya ha visto mucho y del que tiene la billetera llena.

—Son trajes de Armani -me aclara Ina-. Dejan las etiquetas en el puño para que se vean.

Con un movimiento mecánico parecido al de las mariposas, los cuatro, a un mismo tiempo, dejan sus copas sobre la mesa y sacan dólares y algunos manojos de rublos de sus billeteras. Cuatro mariposas se acercan rápido a la mesa revoloteando sus alas, abrazando con ellas a cada uno de los tipos, que les meten los billetes entre las nervaduras del corset. Ina le da un codazo a

Dorota, la otra nueva corresponsal de la agencia que llegó unos días antes que nosotros.

—Son *bisnismeni* -aclara Dorota-, “hombres de negocios” o nuevos ricos. Les dicen también *novi richi*. Todos mafiosos.

Ina y Dorota se ríen a carcajadas y toman champagne. No sé muy bien de qué se ríen, porque a mí todo me parece decadente. En la mesa de los mafiosos hay cuatro botellas de champagne francés vacías. Un mozo vestido de smoking como un pingüino les trae la quinta botella. Pregunto a Lars por qué no se lleva las botellas vacías.

—Hay que demostrar -me explica-. Cada botella cuesta cien dólares.

Lars pide otro champagne al mozo. Hace menos de media hora que estamos aquí y ya gastamos doscientos dólares. Al parecer, soy la única indignada por la decadencia de Rusia. Lars y Jan están enfrascados en una charla sobre los pro y los contra de alquilar una vivienda oficial o buscar un piso en el mercado libre, mientras Ina y Dorota admiran, critican y destruyen por igual a las mujeres-mariposa.

—La azul es la más linda, si no fuera porque tiene tetas demasiado grandes -dice Ina y revolea su busto chiquito, en punta y libre de corpiño bajo la blusa de gasa blanca.

—Mirá las patas de la anaranjada. ¡Tan flaca y con celulitis! -dice Dorota.

Trato de no distraerme con la conversación de las alemanas. Lo que realmente me interesa es lo que cuenta Lars. Él es de la idea de que nos quedemos con su piso oficial de tres habitaciones cerca de la estación Bielorrúskaia, donde estamos parando estos días. Cuando nació la beba, su mujer -que odia Rusia y a las rusas en particular- se quedó en Alemania. A Lars el departamento le quedó grande y decidió mudarse a otro piso, de dos habitaciones, sobre el Kutúsovski Prospékt, donde vivía el anterior jefe, en el mismo bloque de viviendas y oficinas donde está ubicada la redacción. Ahora lo están remodelando para él, que lleva aquí una vida de soltero y de flamante director de la agencia.

Lars tiene treinta y tres años y aunque no tiene título universitario hizo una carrera estrepitosa: aprendió ruso en la calle y en las camas de Moscú y San Petersburgo, fue testigo del intento de golpe a Gorbachov en agosto de 1991, estuvo sobre el tanque en el que Yeltsin dio el histórico discurso contra los golpistas. Desde ese momento se convirtió en uno de sus más fieles admiradores. Cuando Jan me contó que Lars era hijo de un camionero de ascendencia polaca y que su caso era más bien raro en la agencia, me cayó inmediatamente simpático. Lo que no me cae tan simpático es que trate de convencernos de mudarnos a su piso, ubicado en un bloque de edificios controlados por el Estado y donde viven únicamente extranjeros, con teléfonos pinchados y guardia armada en la puerta.

Jan le explica a Lars que soy arquitecta, que nos gustan los pisos antiguos y que nuestro plan es remodelar uno, en lo posible céntrico. No queremos vivir como presos de lujo, controlados por soldados armados con Kaláshnikovs y vigilados hasta en los sueños.

—Queremos vivir entre rusos -dice Jan.

Lars mira primero a Jan, después a mí y otra vez a Jan, como si nos hubiéramos vuelto locos.

—No saben a lo que se exponen -dice.

La música se hace cada vez más intensa, las mariposas se acercan a las mesas bailando. Dorota e Ina están un poco borrachas y se ríen todo el tiempo. Ellas también creen que deberíamos mudarnos al departamento de la Bielorrúskaia.

—Pero si insisten con la idea de vivir entre rusos -dice Dorota- yo estaría encantadísima de

quedarme con el piso de Lars.

Antes de viajar a Moscú, Jan me había hablado de Dorota. Estudió eslavística en Hamburgo, tiene fama de yuppie, trepadora e histérica. Cuando Jan le contó a su padre que él no era el único corresponsal nuevo en Moscú sino que también habían nombrado a una colega mujer, el padre le preguntó, en un tono que Jan no le conocía de antes:

—¿Y esa Dorota?, ¿es peligrosa?

Jan, desorientado, me preguntó más tarde:

—¿Qué habrá querido decir mi padre con ‘peligrosa’?

Ahora Dorota está tan borracha que lo único que me parece peligroso es que se caiga al piso o encima mío. Ella insiste en que el departamento de Lars es fantástico, tan cerca de la torre de televisión, tan práctico para ir a las conferencias de prensa que se hacen ahí. No tenemos nada en contra de que ella ocupe el piso de Lars. Dorota salta en la silla y grita contenta.

—De todas maneras -digo- todavía tenemos que decidirnos. No está claro si nos vamos a mudar a Moscú.

Todos, incluso Jan, se quedan callados y con la vista fija en la mesa.

Para cortar el hielo, Lars propone otra botella de champagne -van trescientos dólares- y sin esperar respuesta llama al mozo. Pienso en las pobres abuelitas rusas con sus abrigo de guata azul que con este frío y a esta hora de la noche están paradas en la entrada del cabaret, vendiendo cigarrillos. ¿Cuántos meses vivirían ellas con trescientos dólares?

Las mariposas con los corsés llenos de billetes desaparecen por una puerta lateral. Se escucha una voz femenina acaramelada cantar rock ruso a todo volumen. Llega la tercera botella de champagne. En la mesa de los mafiosos hay cinco botellas vacías y una nueva de vodka. El mozo cambia las copas por vasitos que los tipos beben a la rusa, de un solo trago.

Tomó un sorbo de mi copa y siento náuseas, como si el vodka de la otra mesa se hubiera mezclado con mi champagne. Lars y Jan hablan de temas prácticos, de tiempos de trabajo y vacaciones, de viajes de servicio y de si será necesario o no hacer un viaje a Chechenia o a Afganistán. Ina y Dorota hablan de revistas femeninas de moda alemanas, *Brigitte*, *Klaudia* o *Vogue*, que en Moscú se consiguen solamente en no sé qué hotel cinco estrellas.

No puedo dejar de pensar en las abuelitas, en el frío que deben estar pasando con sus abrigo de guata. Yo también tengo un abrigo de guata azul. No fue nada barato. Lo compré en Hamburgo, en una casa de diseño danés minimalista. Cuando me lo probé, pensé que sería el abrigo ideal para mi primer viaje a Rusia, para mimetizarme con la gente. A toda costa quería evitar llamar la atención, que no me confundieran con la típica extranjera del mundo rico y capitalista. Pero me equivoqué, el capitalismo parece haber llegado mucho antes que yo a Rusia para instalarse de una manera despreocupada y salvaje. En los lugares adonde fui con mi abrigo de diseño escandinavo los de seguridad me miraron raro: ¿una extranjera que no usa abrigo de piel? También aquí me miraron torcido en la entrada, pero nos dejaron pasar después de que Lars sacara un billete de su bolsillo. Mi abrigo danés minimalista y caro está ahora en el guardarropas y yo pienso en él. Me gustaría tenerlo puesto, meter las manos en los bolsillos, sentirme abrigada. E irme de aquí.

Mi mano en el bolsillo del pantalón acaricia la chapa con el numerito que me dieron en la entrada. Tengo el impulso de levantarme de la mesa, buscar mi abrigo y escaparme, salir al frío de la calle, darle a las abuelitas los rublos que cambiamos en la agencia y desaparecer, de este lugar que es una postal degradada y estúpida de Rusia. Rusia, me imagino, debe ser otra cosa. Rusia está en otro lado, pero no aquí.

Le digo a Jan en español que voy a salir a respirar aire fresco. Me mira asustado. Él sabe que cuando algo no me gusta me voy, no importa si se trata de una fiesta con colegas, mi propio casamiento o de una cena con la reina de Inglaterra.

—Aguantá una hora más -me pide en español-. Es nuestra primera noche en Moscú. No quiero que mis futuros colegas se ofendan.

—¿Futuros colegas? ¿Ya te decidiste?

—Por supuesto que no. Vamos a decidir juntos. Pero por favor, quedate un ratito más.

Me quedo un ratito más. Se escucha un estruendo y las mariposas multicolores vuelven al salón haciendo equilibrio sobre los zapatos de tacos de aguja de quince centímetros, a un paso decididamente militar. Se sacaron las alas y ahora sobre los corsés tienen unas camperas soviéticas con estrellas rojas. Abren y cierran las camperas como si tuvieran mucho calor, aleteando, quizás por la costumbre de llevar alas. Con un acorde propio del Ejército Rojo, como si anunciaran la llegada de tanques, las mariposas sin alas se sacan las camperas todas al mismo tiempo y las tiran por el aire. Tienen mucha menos ropa que antes, menos plumas, si eso es posible.

Los *bisnismeni* de la otra mesa se despiertan de su letargo alcohólico. Ina y Dorota también se despiertan. Abren mucho los ojos y miran la danza de las mariposas semidesnudas, los focos de luces azuladas, blancas y rojas en los mismos colores de la bandera de la Federación Rusa. Las luces se prenden y se apagan y se ve un hombro por aquí, un muslo por allá, una espalda por acullá. Parece que va a producirse un striptease colectivo -al menos algo colectivo- porque las mariposas se sacan los pedacitos de ropa que les quedan en los cuerpos y ahora parecen libélulas despatarradas.

Se escuchan graznidos masculinos. Un cliente gordito de otra mesa se saca el saco. El ruido y la música a todo trapo ya son insoportables. Lars y Jan, desentendidos de lo que pasa en el escenario, hablan al oído, a los gritos, de cuestiones técnicas. Escucho partes de la conversación sobre sueldos y declaraciones de ingresos. Dorota se sirve el último sorbo de champagne y su cuerpo se tambalea sobre la silla hacia mi lado.

Me levanto de la mesa. Lars me mira y me sonrío. Con señas me dice que los baños están a la izquierda de la entrada. Jan mira asustado.

—No te preocupes -le digo-. Nos vemos en un rato.

Me mira desconfiado y después sigue hablando al oído de Lars, concentrado en averiguar todo sobre nuestro improbable destino en Rusia.

Tengo las manos en los bolsillos de mi fiel abrigo de guata azul. Siento el aire helado de la calle en las mejillas. Las abuelitas a los costados de la entrada ni siquiera me miran. Sigo de largo y llego a una avenida de edificios dormidos, apenas se ven algunas luces.

Son las dos de la noche y tengo todo Moscú para mí. Las náuseas que sentía en el cabaret se esfumaron con el frío. Camino a paso rápido, segura, con la vista en el suelo, sin prestar atención a las sombras que pasan a pocos metros de distancia. Así, sin conocer la ciudad, camino durante más de una hora por calles y avenidas estalinistas vacías, tratando de recordar el camino de vuelta a la casa de Lars. Por suerte me oriento bastante bien: veo el edificio blanco como una torta de casamiento de la estación Bielorrúskaia, iluminado como un arbolito de navidad.

Cruzo la avenida en dirección a la calle donde vive Lars, pensando que me gusta esta ciudad de contrastes. Y cuando estoy en medio de la calle desierta, digo “Moscú” en voz alta. Escucho el

eco que viene a mí desde el fondo de la oscuridad: “Moscú”. Sí, suena fuerte. La decisión está tomada.

*

Lars organizó una fiesta para que conociéramos a sus amigos rusos y para presentarnos a algunos periodistas extranjeros, corresponsales de prensa y televisión, fotógrafos y camarógrafos. Los rusos llegaron temprano, puntuales. Todos, casi sin excepción, estaban en pareja. Picaron algo, tomaron té y tomaron una copa de vino. Después de una hora se disculparon por no poder quedarse más tiempo. Habían dejado en casa a los chicos, solos o con las *bábushki*, las abuelitas. Al día siguiente tenían que levantarse temprano para ir a trabajar.

Más tarde llegaron los otros invitados: alemanes, finlandeses, italianos, noruegos, ingleses y una norteamericana que vino borracha y casi se cae por el balcón. Salvo una pareja de corresponsales alemanes, los extranjeros eran todos solteros y sin hijos.

Charlé con Sonia, una periodista del Primer Canal de la televisión alemana que recién había estado en Chechenia con su equipo. Después se me acercó una periodista alemana que había estado hablando con Jan. De la nada empezó a contarme que Rusia es el mejor país en el mundo para tener niños.

—En Moscú puedes conseguir una *ñaña* por muy poco dinero -me dijo.

Me habló tanto tiempo de niños que empecé a sospechar de Jan. ¿Qué le habría estado contado a la alemana?

Fui al balcón para armarme un cigarrillo. Había estalactitas de hielo que colgaban desde el balcón de arriba. Sentí frío y volví a entrar para buscar un pullover. Y cuando abrí la puerta de la habitación donde estaban los abrigo de los invitados, tirados sobre nuestra cama doble, me pareció que algo se movía. Era una pareja de rusos que se había quedado a la fiesta y festejaba a su manera bajo la montaña de abrigo.

No sé en qué idioma me disculpé. Cerré la puerta con cuidado. En la cocina, las tablas del piso también se movían al ritmo de la pareja. Lars me explicó:

—No los juzgues mal, Lili. Dasha y Oleg son amigos míos. Están casados desde hace más de diez años, viven en un piso de un ambiente en las afueras de Moscú, con sus dos hijos. ¡Es tan difícil para los rusos tener un poquito de privacidad!

SOMBRAS RUSAS

Rusia se extiende como una sábana sobre mis jeans, Polonia tapa el freno de mano, Ucrania y Bielorrusia se apoyan sobre el tablero del auto y los Urales hacen de límite entre el parabrisas y la ventana a mi derecha, ocupada totalmente por Siberia. Si no doblé hasta ahora el mapa de Rusia es porque quiero tener una noción, aunque vaga, de la vastedad de este país. Vamos hacia el Sur, hacia Moscú, que está justo sobre mi ombligo. Pero para evitar que la costa del Báltico le dificulte a Jan la visión de la ruta, doblo el mapa en varios tramos y dejo a la vista únicamente el rectángulo alargado desde San Petersburgo a Moscú, que sigue siendo todavía bastante grande, como la funda de una almohada tamaño King. Frente a nosotros están los 1200 kilómetros de ruta, una línea recta entre las dos antiguas capitales del imperio. Apenas dos o tres curvas alteran la monotonía de una geometría que sólo en el plano es perfecta.

Salimos muy temprano por la mañana de San Petersburgo. Para no quedarse dormido, Jan abre la ventana, canta, me pide café y que le lea en voz alta del libro que me traje para este viaje. Con nosotros en el auto hay pocas cosas, lo necesario para pasar unos días en el departamento vacío de Moscú hasta que llegue la mudanza.

—Ahora mismo el camión debe estar atravesando Polonia. O Bielorrusia -dice Jan y me pide: leeme un poco más de tu libro.

Son las cartas que el Marqués Astolphe de Custine^[1] escribió durante su viaje en Rusia para su amante inglés, que lo esperaba en París. Custine no envió esas cartas, las fue guardando, desconfiado del correo zarista, convencido de que los servicios secretos del Zar leían su correspondencia. “Fui a Rusia para encontrar los argumentos en contra del gobierno representativo y vuelvo como un fiel seguidor de la Constitución”, escribió Custine después de esa experiencia.

Elegimos entrar a Rusia por la ruta del Báltico para evitar las mafias robacoches de Polonia, Lituania y Bielorrusia. Después de atravesar las rutas vacías de Finlandia que se extendían suavemente como alfombras negras ondulantes entre bosques de árboles pelados y lagos semicongelados, llegamos a la frontera rusa como dos cosmonautas habrían aterrizado en la Luna.

En la frontera sólo había una garita abandonada entre bancos de niebla. Jan tocó bocina y luego de unos minutos salió un soldado flaco con cara de pocos amigos que parecía haberse despertado recién. Mientras se ajustaba el cinturón con una mano, sostenía con la otra la infaltable Kaláshnikov. Enseguida apareció otro soldado vestido -a pesar del frío- sólo con una camiseta a rayas y pantalones de fajina. El primero se acercó a mi ventanilla y el segundo se apostó frente a nuestro auto, impidiéndonos el paso, como si la valla descolorida a rayas diagonales blancas y rojas no fuera suficiente. Claro que no hablaban inglés, ni alemán, ni francés, ni español, ni ningún

otro idioma que no fuera el ruso. Teníamos en nuestro haber un mes de estudio del idioma ruso en el Instituto Russikum de Bochum, un curso intensivo de ocho horas al día los siete días de la semana, lo más parecido a una internación con ‘lavado de cerebro’ incluido.

Bajé la ventanilla. El soldado me pidió los pasaportes. Jan pasó rápidamente el examen, pero algo en mi pasaporte pareció intrigarle, porque me miraba y miraba la foto. Y volvía a mirarme.

—¿Para qué vienen a la Federación Rusa? -me preguntó.

Hace más de ciento cincuenta años, cuando Custine llegó a la frontera, un soldado le preguntó:

—¿Para qué viene al Imperio Ruso?

Custine le contestó:

—Vengo sólo a mirar.

—Ese no es motivo de viaje -le dijo el soldado.

Al soldado flaco con cara de pocos amigos le contesté, en ruso:

—Venimos sólo a mirar (*tólka pasmatrít*).

—¿Mirar? Ese no es motivo de viaje -me dijo el soldado. Y le gritó al otro, que acariciaba el capot de nuestro Ford con la punta de su Kaláshnikov-: Estos vienen a mirar.

Custine tenía una invitación del Zar. Nosotros teníamos dos coloridas visas con sellos holográficos plateados de destellos de colores que ocupaban toda una página de los pasaportes y eran el único punto de color en la madrugada gris.

Jan intervino:

—Soy el nuevo corresponsal de prensa alemán.

El soldado ruso seguía repitiendo la frase de Custine (mi frase):

—Vienen a mirar. ¡A mirar! ¡Ja!

Desapareció con nuestros pasaportes en la garita, nos dejó solos frente al de la Kaláshnikov que bostezaba de sueño. Un minuto más tarde volvió con los pasaportes sellados. El que nos cerraba el paso se corrió hacia el costado e hizo una reverencia algo teatral, invitándonos a pasar:

—¡Entren a mirar!

Los soldados y la frontera quedaron atrás. Entramos a Rusia.

A partir de ese momento, todo cambió, cambiaron los colores y cambió el aire, el frío se tornó más intenso, la bruma más espesa, táctil, diferente a la niebla finlandesa. Cambiaron los olores y sobre todo cambió la calidad de la ruta.

Jan redujo la velocidad, levantó la manga de su pullover y puso su brazo derecho al lado de mi brazo izquierdo. Teníamos la piel de gallina. Nos reímos, sin saber si era miedo, alegría o simple excitación ante lo desconocido. Quizás era la suma de todo eso.

Bajamos las ventanillas a pesar del frío húmedo. Ahora el Ford avanzaba a gran velocidad con ruidos nuevos, desconcertantes, como los autos rusos. Avanzábamos, pero parecía que no nos movíamos del mismo punto de la ruta. Me pareció como si me desdoblara, como si estuviera ahí dentro del auto y al mismo tiempo nos viera desde arriba: un punto que avanza a paso de hormiga por una ruta desierta en la inmensidad de un espacio frío y misterioso, abandonado y sin vida, consciente de nuestra finitud e insignificancia, como si el mapa de Rusia que tenía sobre las piernas fuera la realidad y no nosotros, nuestro auto, la ruta, la misma Rusia.

Nos quedamos en silencio. Sólo se escuchaban las piedras congeladas de la ruta chocar contra las ruedas del auto, la única señal de que realmente estábamos avanzando. Todavía no conocíamos la frase que escucharíamos una y otra vez de boca de los rusos: “Cuanto más lento vas, más lejos

llegarás”.

Como en el primer viaje a Moscú, nos sorprendió la falta casi completa de colores, de detalles. La ruta, el terreno, todo parecía sin vida o con una vida agotada y sin fuerzas, la tierra cansada, ahora sin cosechas después del verano, sin el grado de dominación bajo la mano del hombre que es regla general en el resto de Europa. Al costado de la ruta, una fábrica abandonada, sin ventanas y con el techo de chapas oxidadas. También los carteles de tránsito estaban doblados y oxidados, tan despintados que se confundían en el mismo color gris de la niebla y del paisaje.

Después de unos veinte o treinta kilómetros de ruta monótona leo en voz alta del libro de Custine, para que Jan no se duerma:

Rusia es, en nuestros días, el país más extraño que pueda observarse, porque en él convive la barbarie más profunda con la más alta civilización, que es directamente importada por sus gobernantes desde el exterior. Para saber cómo el choque de estos extremos tiene como consecuencia la pasividad o la inmovilidad, hay que acompañar al viajero hasta el interior mismo de este extraño país.

Estamos en el interior mismo de este extraño país, lejos del lujo de San Petersburgo y todavía a muchas horas de ruta de Moscú.

En Petersburgo todo parece rico, grandioso y bello, pero si uno quisiera definir así la realidad, se llevaría una gran decepción. El primer efecto de la civilización se refleja en que vuelve la realidad material mucho más fácil. Aquí todo es difícil (...). Nunca se ha tapado el lodo con flores de una forma tan bella.

Pedro el Grande contrató a los mejores arquitectos italianos para construir una réplica de Venecia en el Norte y levantó su ciudad sobre el lodo. Pero las avenidas amplias y los canales anchos y los palacios renacentistas no se parecen en nada a las callecitas y los canales poblados de vida de Venecia. Las avenidas y plazas de San Petersburgo nos parecieron explanadas para el paso de ejércitos y los edificios no nos protegían del viento gélido ni nos invitaron a hacer caminatas a lo largo de los canales que, parecidos a las maquetas del joven Zar que jugaba con barquitos de juguete a conquistar ejércitos enemigos, estaban congelados.

Le alcanzo la taza a Jan y una gota de café cae sobre el mapa, manchando la ciudad de Nóvgorod ('Ciudad nueva'). Ya hicimos un tercio del camino entre San Petersburgo y Moscú. Las otras dos ciudades más o menos grandes que aparecen reseñadas en el mapa son Tver y Klin, en el último tercio de la ruta. El resto es un gran vacío, un territorio sin grandes cambios geográficos surcado por la ruta entre manchas blancas sobre un verde claro, como las formas que deja la espuma cuando se aplasta en la superficie del agua en una bañera llena. Aquí y allá, cientos sino miles de puntos negros como salpicones sobre el papel, cada uno de los puntos acompañado de un nombre en cirílico en tipografía diminuta.

Entramos a uno de esos puntos: es un pueblito de cinco a diez casas de madera con un único edificio de material, el correo, la estación o la municipalidad. Cualquiera pensaría que se trata de pueblos abandonados, si no fuera porque de las chimeneas de las cabañitas sale humo y porque cada tanto en la ruta hay carteles escritos a mano que ofrecen a la venta papas o manzanas. También se ven bancos de madera de tres patas con baldes llenos de frutas y frascos de conservas de tres litros, llenos o vacíos, con hongos, pepinos, morrones, tomates y otras verduras en salmuera.

Nos dijeron que en la zona hay hongos y champiñones baratos, frescos o desecados, también en salmuera, todos exquisitos. Estamos atentos. Nos preguntamos para qué son los frascos o

baldes vacíos, si también estarán a la venta. No nos vendrían mal algunos frascos para nuestra nueva cocina en Moscú. En un pueblo, estacionado frente a uno de los bancos, vemos un camión celeste donde dice: *MOLOKO* (leche) y a un lechero llenando los frascos.

Este tramo de la ruta M10 es una línea recta en dirección Sur-Sudeste trazada con una regla entre dos puntos: San Petersburgo y una ciudad llamada Chudobo. En el medio hay una curva de cincuenta o setenta kilómetros para evitar que el tránsito se meta en la ciudad de Tosno. Mi ruso no es suficiente todavía como para entender el significado de los nombres de los pueblitos, pero me gusta cómo suenan: Liúban (*liúba* es querida, amada), Bábito (*bab* es puerta, pero también puede ser diminutivo de abuelo), Novolisino (*novo* es nuevo), Biélaia Gará... *bieli* significa “blanco”, pero ¿gará?

—Gór creo que es monte -me dice Jan-. Así que gará será el plural.

—¿Montes blancos?

Miro hacia los costados buscando montes. Pero no hay nada, el terreno es plano. Me acerco a la ventanilla y veo el color de la tierra, de un marrón oscuro muy intenso, casi negro. Aquí y allá, el granizo ha formado charcos congelados. Es en estas mismas tierras donde las tropas de Napoleón Bonaparte y el ejército de Hitler se quedaron empantanadas, fue la inabarcable extensión de la tierra rusa, el hielo y las rutas convertidas en lodazales lo que ayudó a derrotar a los ejércitos invasores. Vi fotos de tanques alemanes varados en las calles de barro y lodo, cadáveres rígidos de soldados, soldados en uniformes blancos que corren sobre las aguas congeladas del Báltico. Esta tierra fértil y profunda que nos rodea es también un personaje de la historia, pero la tierra no habla y se ve poca vida en ella.

El auto avanza por la ruta desierta, no vemos gente en los pueblos ni en los caminos, ni animales en el campo.

—Con este frío las vacas deben estar en los establos -me aclara Jan.

—Sí, pero ¿dónde están los establos?

—No creo que hayan puesto las granjas colectivas tan cerca de la ruta.

Busco en mi guía algún dato sobre Veliki Nóvgorod, la próxima y quizás única parada en el camino. Sueño con iglesias de cúpulas acibolladas y con Kremlins, con murallas medievales y cafecitos atendidos por apacibles monjes de barbas largas y blancas. Jan me dice que sólo tendremos tiempo para comprar algo y hacer un picnic en el camino. No es conveniente llegar a Moscú demasiado tarde. Me olvido de las catedrales de cúpulas doradas y de las iglesias de madera de las fotos.

En Veliki Nóvgorod compramos pan, tomates, queso y un salchichón y seguimos viaje. La ruta no cambia en absoluto. Dejo de contar los pueblitos que se van sucediendo iguales y sin cambios a lo largo de la interminable ruta. Casi no hay diferencia entre ellos: las casas de madera están mejor o peor conservadas, pintadas en tonos pastel claros o sin pintar, algunas tienen ornamentos sobre la puerta de entrada. A esta altura sólo los edificios de material o de ladrillo a la vista llaman mi atención. Anoto algunos nombres en mi libreta: *Vini* (¿vinos?), *Jarchevnia*, *Dolgui Most* (‘puente largo’), *Stukovia*, *Litvinovo*, y así. Sigo leyendo las cartas que Custine le escribió a su amante.

Hace poco, los campesinos aprovecharon el desorden producido por un incendio en el pueblo para quejarse de la mano dura con la que los trataba su amo. Fueron a buscarlo a su estancia, lo atraparon y lo empalaron, para luego asarlo en el mismo fuego que consumía sus casas y sus cosechas. Ellos pensaron que así estaría todo perdonado, y fue eso lo que dijeron en

el juicio. Estaban convencidos de que había sido su propio amo el que había iniciado el incendio. El zar decidió enviar al pueblo entero a Siberia. En Petersburgo llaman a esto: "poblar el Asia".

Kusnietzsovka, Kriseliévka, Ishítsi, Mironushka (*mir* significa 'paz' y también 'mundo', así que el nombre puede traducirse como 'la pacífica' o 'la mundialita'), Mironegui, Dabiválovo, cada pueblito con su nombre. Pueblo se dice *dieriévna* en ruso, la palabra no tiene un origen urbano sino que viene de *diévevo*, que significa 'árbol', como si las casas de madera fueran parte de la naturaleza y no del deseo del hombre de poblar y edificar sobre la tierra. La repetición *ad infinitum* y sin distinción alguna de los pueblos y una geografía apenas surcada por ríos, con bosques aquí y allá, imprime en el viajero una sensación de espacio muy diferente a la que sentiré unos años más tarde al salir de Moscú hacia el Este por ruta o en avión más allá de los Urales, donde comienza un espacio inabarcable donde no se ven pueblos ni señales de vida en cientos de kilómetros a la redonda. Ahora estamos surcando la parte más poblada de Rusia y apenas vemos gente en la ruta.

Cuanto más nos acercamos a Moscú, más puntos negros hay en el mapa. Es una constelación inimaginable de miles de pueblos, como un sarpullido alrededor de la ciudad más grande de Rusia. Es de esos pueblos -como me enteraré más tarde- de donde proviene la mayor parte de la población de la capital rusa: jóvenes pueblerinos o campesinos urbanizados a la fuerza que llegan a la gran ciudad para estudiar o trabajar y se van adaptando hasta convertirse en verdaderos moscovitas. Como escribió Gabriel García Márquez en su *Viaje por los países socialistas*, Moscú es "la aldea más grande del mundo". En los pueblos quedan sólo las abuelas en las casitas de madera inclinadas por el viento.

El viaje continúa sin sombra alguna. Me habría gustado entrar a Tver, conocida por ser la ciudad de la porcelana. Pero ya habrá tiempo más tarde. Está oscuro y no vemos la hora de ver en el horizonte las luces de Moscú. Y llegar, por fin, a 'casa'.

MASKVÁ, GARBACHÓV, MALAKÓ

Ya puedo decir algunas frases en ruso: cómo me llamo, de dónde vengo, encantada de conocerlo. Puedo decir: *Dabáitie pasnakóminsia!*, ¡Conozcámonos!, aunque sospecho que desde los tiempos de la amistad entre los pueblos nadie se presenta con tanto ímpetu en Rusia. Aprendí a decir los números -aunque con las declinaciones numéricas la cosa se complica- y hasta podría hablar sobre el estado del tiempo durante un rato. Escribí yo solita una redacción de dos páginas sobre la Plaza Roja y hasta sé decir ‘te amo’ en ruso. Sé que el nombre *Nadieshda* significa ‘esperanza’, como la mujer de Ossip Mandelstam, el poeta que Stalin mandó a Siberia, y por eso *Contra toda esperanza*, el libro de memorias que ella escribió, juega con su propio nombre. Sé decir muchas cosas más, pero un mes de curso intensivo no me habilita todavía para ir a la tienda de productos lácteos de la esquina y comprar un simple litro de leche, un yogurt o pedazo de queso.

Malakó significa leche en ruso y sobre la entrada de la tienda hay un cartel en cirílico que dice MOJOKO, así, directamente, como si entre la vaca y la tienda no hubiera ningún intermediario, sólo el campesino que la ordeña y el camión pintado de celeste que la traslada del campo a la ciudad. Se ven muchos camiones de leche por Moscú a esta hora de la mañana, sobre la carrocera también dice MOJOKO, en blanco leche sobre celeste cielo, sin marcas ni embustes de mercado.

Iá jatiéla, pashálusta, adín litr malakó. “Querría, por favor, un litro de leche”, me vengo repitiendo mentalmente desde que salí a la calle. Soy una extraña dentro de mi propio cuerpo, como si él, mi cuerpo, fuera un actor que interpretara por mí los movimientos que mi cabeza le envía a modo de señales. Mi cuerpo es mi representante oficial en esta realidad nueva donde me siento igual a como me sentía en las clases de ruso: una nena de cinco años que está aprendiendo a hablar, a armar frases, a expresarse en un nuevo mundo lleno de cosas a las que hay que ponerles un nombre ruso, a veces impronunciable.

Iá jatiéla..., repito la frase y soy la nena con las dos colitas de la propaganda de manteca de la tele, la que saltaba por las veredas de Buenos Aires repitiendo el cántico: *Dánica dorada, Dánica dorada...*, dos vecinitas están jugando a la sogá y la nena hace un par de saltos, se le traban las piernas, se ríe y después se da cuenta de que se olvidó el mandado. ¿Qué había dicho la mamá? *Ah...: ¡Era para untar!*

Iá jatiéla, pashálusta... repito, pero no estoy del todo segura de si la declinación es correcta. ¿Se dice *adín litr malakó, adnú litr malaká* o *adnoi litr malakí*? ¿Y si compro más de un litro?, *¿dvá litr malakói* o *dvié litr malakí*? Si al menos los rusos reservaran los siete casos gramaticales que modifican las terminaciones de sustantivos, adjetivos y hasta los pronombres y nombres propios para temas más abstractos, intelectuales, filosóficos. Comprar un litro de leche en Rusia

se convierte en un salto al vacío de la gramática. ¿Por qué no habré estudiado latín en la escuela en vez de inglés, que acá no me sirve para nada? Si logro hacerme entender, esta será mi primera compra en Moscú desde que llegué a Rusia. Llegamos hace pocos días para quedarnos tres o cuatro años en esta especie de freezer sin instrucciones de uso ni garantías.

Espero unos instantes en el umbral de la entrada bajo al letrero de MOJIKO, reprimiendo el impulso de volver corriendo a casa. Me doy fuerzas, después de todo, no puede salir tan mal, es sólo una compra y no se juega mi vida en esto.

Pongo cara de nada, cara de que voy a hacer lo más normal del mundo, como si desde chica me mandaran a hacer los mandados a una tienda de lácteos en Moscú. Veo mi mano apoyarse sobre la puerta, que se abre sin hacer el menor ruido.

En la tienda hay olor a bebé recién nacido. Una mujer enorme detrás de una garita me observa con cara seria. Parece un soldado de frontera, aunque supongo que es la cajera y eso me desorienta un poco: ¿habrá que pagar primero? Mis piernas me llevan, hacen diez interminables pasos hasta la vitrina de los lácteos y dejo a mi izquierda la garita de frontera con la señora. En el puesto de los lácteos tres señoras igual de grandes me miran con caras muy anchas, muy blancas, muy rubias. Seis pares de ojos me observan fijamente, ocho si cuento a la cajera. En cualquier negocio de cualquier otro lugar del mundo me preguntarían qué voy a llevar, quizás hasta me habrían dicho ‘buen día’. Pero aquí las vendedoras no dicen nada, sólo miran. Y esperan.

En la vitrina hay dos tipos de quesos, manteca en barra, potes de yogur. No hay leche por ningún lado. Siento una especie de pánico. ¿Dónde está la leche?, ¿no dice ‘leche’ en el cartel de la entrada? El poco ruso que hay en mi cabeza se convirtió en una bola de consistencia dura de donde no puedo sacar ni una frase, ni una palabra. Y pensar que en clase soy capaz de describir la Plaza Roja al detalle, podría decirles, por ejemplo, que mucha gente cree que la Plaza Roja se llama así porque los muros del Kremlin son de ladrillos rojos pero en realidad, en el principio de los tiempos eran blancos. Podrían haberla llamado ‘Plaza Blanca’, pero la llamaron ‘roja’ porque en ruso “rojo”, *krasni*, también significa ‘lindo’, ‘bello’. ‘Rojo’ y ‘lindo’ tienen la misma raíz, *krasívui* y decir ‘Plaza Roja’ en ruso es como decir Plaza Hermosa.

Pero las señoras no están aquí para escuchar mi composición tema “La Plaza Hermosa”, me siento como una mala actriz que no sabe el libreto, una extra que sólo sabe decir sí, *da*, no, *niet*.

Todavía podría salir corriendo. ¿Cómo se dice en ruso “Estoy mirando, nada más”? “*Ia tolka pasmatriú*”, creo que se dice. Pero uno no va a una tienda de lácteos sólo para mirar. Las vendedoras me miran sin decir nada y esperan.

Una de ellas le dice algo a la otra y se tapa la boca con la mano. La otra se ríe, es una risa corta, cómplice, expectante. La tercera escucha, apoyada en una columna, tiene un cuchillo en la mano. Trabaja en el mostrador de fiambres.

Sonrío, aunque sé que es ridículo, no sé por qué lo sé, pero lo sé. Ellas no contestan mi sonrisa, sólo esperan. ¿Y si hablara en inglés? Lo descarto al instante: no pasé un mes encerrada en el Russikum para no saber plantear una pregunta tan fácil. Qué papelón haría ante Shámov, mi profesor, que me puso tan buenas notas y alabó mi acento. Shámov era de Gorki, como Gorbachov. Él contó en clase que en Gorki hablan diferente que en Moscú. Dicen *molokó* y no *malakó*, marcando las “o” como en la canción *Lo mor ostovo sorono*. Pero en Moscú y en el resto de Rusia las “o” no acentuadas se pronuncian como “a”: *Maskvá*, *Garbachóv*, *malakó*. Y entonces me sale:

—*Malakó iést?* -si hay leche.

La pregunta me salió de una forma milagrosa y simple, sin haber pensado en la gramática. Las

tres señoras se relajan y empiezan a funcionar: la del cuchillo corta un fiambre, la del medio ordena unos paquetes de ricota y la que está más cerca abre la puerta de un freezer enorme a sus espaldas. Claro, ¿cómo no me había dado cuenta?, ahí está la leche.

—*Chetérie, pashálusta* -digo. Cuatro, por favor.

¡Cuatro litros! ¿Por qué cuatro?

La señora saca cuatro botellas y las pone sobre la mesada, detrás del vidrio. No me las da. Cierra la puerta y me pregunta si quiero algo más.

Entusiasmada, señalo unos potes de yogurt. Hay de vainilla y de frutilla. Quiero uno de cada, para probar. Digo:

—*Adín i adín* -uno y uno. Seguramente lo estoy diciendo mal, pero ya no me importa, rompí la barrera del sonido, ante mí se abren las puertas de las heladeras y de los negocios de leche en Rusia. Hasta me dan ganas de comprar queso y manteca, y quizás medio kilo de ricota, que parece bien fresca. Pero mejor no exagerar.

—*Eta bsió?* -¿es todo?, me pregunta la señora.

—*Bsió. Da* -le digo, es todo, sí.

Espero a que me pase los productos por encima del vidrio pero no pasa nada. Las tres señoras me miran otra vez y esperan. Otra vez el cansancio se apodera de ellas, es un cansancio que les sale de adentro, parece más hartazgo que cansancio e intuyo que no tiene que ver conmigo sino con su trabajo, con su vida, con las madrugadas frías de Moscú y con sus maridos que llegan a casa quizás borrachos, sus hijos en edad de colimbas que están luchando por Rusia en el Cáucaso.

No sé cómo seguir. Pero viene otra clienta y veo que pide una leche y un pote de yogurt de vainilla y después se va directo a la caja. La sigo. La mujer paga y cuando me toca a mí, le digo a la cajera:

—Cuatro leches, dos yogures.

—*Niet* -no, me dice.

¿Cómo que no?

—*Skólka?* -cuánto, pregunta sin ninguna expresión en la cara y con la mano sobre el teclado de una máquina de calcular modelo pre-revolucionario.

Le repito:

—Cuatro leches, dos yogures.

Revolea los ojos, me repite *cuánto* en ruso y como no entiendo mira otra vez hacia algún lugar del techo. Hasta aquí llegué, pienso.

La señora de la caja me señala con la cabeza la sección de lácteos. Me acerco otra vez a la vitrina de los lácteos con la billetera en la mano, mi nueva billetera llena de rublos inservibles. La vendedora me señala el papelito con el precio. Y después, con el mismo dedo, me señala la caja, me trata como a una nena que no entiende nada.

Ajá. El yogurt cuesta cinco rublos con treinta y siete copecas. Pero ¿y la leche? ¡Qué sistema tan complicado! Lo deben haber inventado en épocas soviéticas para crear la mayor cantidad posible de puestos de trabajo o para tener todo controlado. Así cuatro señoras saben qué compra cada una de las clientas, además de lo que registra la caja.

Vuelvo a la caja. Cinco rublos con treinta y siete por dos son... diez rublos setenta y cuatro copecas. Todavía no sé el precio de la leche. Le digo a la cajera diez con setenta y cuatro, que en ruso no es tan fácil. Y que no sé el precio de la leche. La cajera suspira. Con un esfuerzo

sobrehumano le grita a la vendedora y le pregunta el precio del litro de leche. ¿No lo sabe? ¿Cuántos litros de leche vende al día?

Pago con dos billetes de diez rublos. La cajera marca los precios, se siente un ruido mecánico y un papelito sale de la máquina haciendo un vuelo elegante hasta caer al piso. Lo levanto, lo miro pero no se puede leer nada: la cinta de la máquina está sin tinta. Recojo el vuelto mientras la cajera anota mi compra en un cuaderno. Vuelvo con el papelito a la vitrina de los lácteos y se lo entrego a la señora que me atendió. Ella lo mira, se queja de que no queda tinta en la máquina, y me da las botellas de leche y los dos yogures. Al final, me regala algo parecido a una sonrisa que apenas se dibuja en su cara.

Guardo todo rápido en mi bolsa. Camino hasta la puerta y cuando salgo a la vereda, una brisa helada y suave me acaricia la cara. Acabo de hacer mi primera compra en Rusia, sin traductores ni ayuda alguna. Camino por la calle de vuelta a casa abrazada a las botellas de leche como si hubiera pasado un examen, con la sensación de que todo va a salir bien de ahora en adelante.

LA FIESTA DE MALENA

—¿Te has dado cuenta -me pregunta Malena al teléfono- el tiempo que le toma a una pegar fotografías en un álbum?

Malena hace silencio esperando mi respuesta. No sé qué contestarle: no tengo álbumes de fotos, yo mando hacer tiras de contactos, las miro, las guardo en una valija y me olvido de que existen. Malena sigue hablando, reflexionando consigo misma.

—Te pasas la vida contemplando cómo has vivido, te detienes en los detalles que, pensabas, no tenían ningún significado para ti y ahora sí, ahora le das valor a esos detalles. Los ves, los tocas con las manos y te preguntas: ¿dónde habrá quedado esa blusa de cuello azul bordado que tenía puesta esa tarde cuando lo conocí?, ¿y el juego de porcelana que me regalaron para el casamiento?, el que dejé en casa de mis padres, en Perú. Nunca llegué a usarlo. ¿Cuántas piezas habrán sobrevivido a los años? Me acuerdo de mis tíos de Lima que me hicieron ese regalo con tanto cariño, el tío Ramiro y la tía Luzmila, que nunca más he visto desde entonces. Y la cajita de música que se ve en la foto, sobre el aparador de la entrada en la casa de mis padres, ¿por qué no la habré traído con la mudanza?

Vajilla de porcelana, tía Luzmila, cuello azul bordado, cajita de música. Mi mamá tenía una cajita de música que compró cuando tenía melancolía de su infancia y se perdió, como se perdieron todos los objetos que había en mi casa de Caballito, como la misma casa, que se perdió para siempre. Mi hermano rescató unos muebles que le regaló a una novia. A mí me dio un cenicero de lata años setenta, una chapa rectangular con dos pliegues para el cigarrillo. Si fuera por los objetos, la historia de mi infancia podría resumirse en ese cenicero minimalista que nadie usó, porque mamá no fumaba.

Malena espera que diga algo. Me da pena que pierda su tiempo en boludeces, pegando fotos en álbumes, con todo lo que podría estar haciendo en Moscú. A mí me falta el tiempo, hago listas de todo lo que hay que hacer, lo que me gustaría empezar, seguir, terminar. Desde hace años vivo armando planes quinquenales y ahora que estoy en Moscú me propongo cumplirlos. Malena habla de un viaje, de las fotos de ese viaje, de para qué uno toma tantas fotos si después tiene que pegarlas en un álbum y así se le va la vida. Hace tres años que vive en Rusia y habla bastante bien el idioma. En su lugar, yo estaría entrevistando a las dos mucamas rusas que tiene en su casa, o saldría a la calle y hablaría con la gente, escribiría las memorias de mis viajes. Pero Malena habla de blusas con broderí azul y de tazas de porcelana olvidadas en Lima. Quizás la juzgo mal, quizás soy yo la que está equivocada. No vivo, como ella, en el presente más inmediato, ni en la evocación del pasado, sino en la proyección imaginaria de mis innumerables planes.

El sol del invierno entra por la ventana, un rayo de luz atraviesa el aire y corta el living en

diagonal, la raya amarilla se dibuja en el piso de madera y llega hasta el pasillo, iluminando todo lo que antes estaba en la oscuridad. Me levanto del sofá con el tubo en la mano, la voz de Malena en el teléfono, jugando con pasar a uno y otro lado del rayo. El cable es tan largo que me permite sentarme en el alféizar de la ventana. Del otro lado del vidrio las estrellas doradas de las cúpulas de la iglesia brillan sobre un fondo azul celeste y una columna de vapor se mantiene estática en el cielo límpido sobre la fábrica de chocolates Rotfront (Frente Rojo).

—¿Tenés ganas de venir a tomar un té y charlamos? -le pregunto a Malena interrumpiendo su monólogo sobre viajes a Suiza, vacaciones de esquí y fotografías que no sabe de qué manera pegar en el álbum. Malena se ríe con una carcajada seca:

—¿A la una y media de la tarde? ¿A qué hora tomas tú el té?

No es la primera vez que Malena rechaza una invitación espontánea de mi parte. Sospecho que no tiene la más mínima intención de salir de su fortaleza protegida, vigilada y controlada sobre la calle Taras Shevchenko, frente a un tramo del mismo río Maskvá que ahora brilla bajo sol del mediodía. Es claro que Malena nunca vendrá a mi casa, que queda a sólo tres estaciones de Metro de distancia de la suya, unos veinte minutos de caminata. Cuando Malena se enteró de que vivíamos ‘entre rusos’ me miró espantada, escandalizada y curiosa. Pero la curiosidad de Malena tiene una vida breve. Muy rápido encuentra una frase diplomática para no involucrarse en la vida ni en el tiempo de los otros, sus frases no llegan a ser críticas, son observaciones algo cínicas de la realidad que dejan en el aire un sabor un poco amargo. Yo adoro mi departamento en el séptimo piso, me encanta mi nuevo barrio, tan cerca del Kremlin y del cielo de Moscú y mis vecinos rusos son de lo más tranquilos, si no fuera porque el ascensor se rompe a cada rato y nadie se ocupa de limpiar la escalera. Me encanta la Krapótkinskaia, la estación de Metro más cercana, con sus columnas blancas que forman estrellas soviéticas que se diluyen en el cielorraso también blanco. Me gusta pronunciar el nombre: Kra-pot-kin-ská-ia. Malena me dice que no la conoce. Siempre, sin excepción, viaja en los autos oficiales de la embajada.

—Me queda un largo rato con las fotos. Y para la cena tenemos invitados. El nuevo delegado de la embajada alemana, experto en misilística. No sabes el trabajo que da esto de ser la esposa de un agregado cultural: todo tiene que estar perfecto.

—Ajá -le digo sin saber qué es lo que tiene que estar perfecto, si la cena, la charla con el delegado, los misiles o las fotos que luego pega en más álbumes.

Cuando me presentaron a Malena en la embajada, ella me dijo: “Antes de conocer a Johannes yo viví siempre en Lima. Estudiaba derecho. Lo único que deseaba de la vida era estar tirada en un sofá y tomar jerez. Me casé con Johannes y me fui lejos. Ahora en Moscú estoy harta de estar sentada en un sofá, tomando jerez”.

Malena me mostró su enorme departamento de ocho habitaciones. En realidad son dos departamentos simétricos que convirtieron en uno. Ahora tienen dos cocinas, dos baños, dos balcones, dos livings, dos habitaciones de servicio y seis dormitorios para dos personas. Las dos mucamas rusas duermen en una de las habitaciones de servicio y tres veces por semana contratan una cocinera para almuerzos y cenas. Malena usa la otra habitación de servicio para pintar sus cuadritos. Los bastidores son tan mínimos que entran en la palma de la mano. Malena me los mostró insegura -fue la única vez que la vi insegura-, me dijo que si pintaba era solamente para pasar el rato, ella no había estudiado arte y tampoco tenía aspiraciones artísticas. A mí me gustaron mucho sus cuadritos. Se nota que están pintados por alguien que no sabe nada de pintura, ni de perspectiva, ni color, ni composición. Pero los temas no son nada ingenuos. En uno de los

cuadros una mujer está colgada con broches de una soga para la ropa. En otro se ve una porción de mesa y el trozo visible de una mano apoyada sobre un mantel a cuadros, un cuerpo sin rostro, sólo parcialmente expuesto. Otro muestra una ventana abierta hacia un patio vacío y seco y en los vidrios se refleja un paisaje tropical de verdes intensos y flores naranjas.

—A propósito -me dice Malena- te llamaba para invitarte a una fiesta. Es el próximo martes, a las 12 del mediodía. No te envió la tarjeta porque no sé si te llegará a esa dirección donde vives.

—Gracias, Malena. ¿Llevo algo? ¿un vino?

Malena hace como si no me hubiera escuchado. Me aclara:

—Rige el protocolo de las doce, ¿sabes?

¿El protocolo de las doce? No le pregunté qué quería decir con eso.

*

Camino por el Gogoliévski Bulvár -el boulevard de Gógol- desde la estación Krapótkinskaia hasta la Arbátskaia en dirección a la casa de Malena. Es un desvío, pero tengo tiempo y me gusta caminar por este paisaje de árboles blancos y caminos nevados que rodea al centro de Moscú como un cinturón de un bosque congelado. La temperatura es de diez grados bajo cero, la luz del sol se refleja en las ramas revestidas de blanco y en los montones de nieve acumulada a los lados del camino, transformando al aire en millones de puntos luminosos que vibran como luciérnagas plateadas. El único sonido es el crujido de las botas sobre la gruesa capa de nieve y hielo.

Como decidí ir caminando a la casa de Malena, me abrigué mucho: camiseta térmica, medias bombacha de lana, pantalones, vestido negro y largo, pullover, también negro. Mi *shapka* es de piel de astracán, de Kíev. La compró Jan en un viaje que hizo hace unos años a Chernóbil, cuando ni imaginábamos que viviríamos en Rusia. Encima de toda esa ropa me puse el gamulán que me regaló Luise, mi suegra alemana. Es de los años setenta, de cuero salvaje con un interior de piel de conejo, la falda es levemente acampanada, como las mangas. La forma, los ribetes y los botones de cuero liso lo hacen parecer un poco hippy.

Camino con el gamulán abierto, y no como los rusos que cierran bien sus abrigos con cierres y botones o ganchos. Las mujeres van tan cerradas, como atadas con bufandas y gorros y manguitos de piel, que caminan con el cuidado de geishas. Yo camino a grandes trancos, me gusta sentir el frío en el cuerpo y la caminata rápida me hace entrar en calor. Por suerte, nunca me resfrío.

Cuando llego a la Arbátskaia, giro a la izquierda y cruzo la calle hasta la peatonal, el Stari (viejo) Arbat, con sus puestos de suvenires, las casas de antigüedades y las abuelitas que venden el té hirviendo y humeante de samovares de cobre. En mesas improvisadas ofrecen tortas y *piragui*, empanaditas con mucha masa, dulces o saladas. El Arbat es una de las pocas calles donde se puede apreciar la escala de la antigua Moscú. Las casas pintadas con colores pastel amarillos, ocres, rosas y celestes están restauradas, son de dos pisos y recuerdan que también hubo una historia antes de Stalin. Paralelo al viejo Arbat corre el Novi Arbat, la escenografía de edificios de veinte pisos de fachadas de vidrios que en días de celebraciones se prendían y apagaban con letras de luces que formaban las siglas de la URSS.

Dejo atrás el Ministerio del Interior, uno de los siete rascacielos o “catedrales” de Stalin, y sigo por la avenida Smoliénskaia hasta el río Maskvá. El agua está en proceso de congelamiento, unas parejas de patos nadan, otros se paran sobre sus patas anchas sobre el hielo, dan un salto y se

tiran en caída libre sobre el agua helada. Al final del puente a la derecha está la calle Taras Shevchenko y el edificio de veinte pisos donde vive Malena.

Una limusina con chapa diplomática estaciona frente a la entrada. El chofer, con uniforme negro, gorra negra con apliques dorados y guantes blancos, abre la puerta de atrás para dejar salir a una mujer con un tapado de piel frondosa. Suben los siete escalones hasta la puerta, que se abre con un pitido. Atrás de la limusina hay otro auto con chapa oficial, del que sale otro chofer uniformado y una mujer también vestida con pieles. Me pregunto adónde irán con esa pinta a esta hora del día. Una alarma interior me dice que son las invitadas a la fiesta de Malena. Pero me digo que no es posible ir así vestida, a esta hora del día, a una fiesta de mujeres. Los choferes estacionan a un costado y salen a fumar. Aprovecho que la puerta está abierta y entro al edificio.

Los ascensores están ocupados. Subo de dos en dos escalones hasta el tercer piso y cuando llego, toco el timbre del departamento de Malena. Me abre una de las mucamas rusas. Tiene un delantal minúsculo y un poco ridículo, un símbolo de un delantal con volados blancos sobre el uniforme negro y una cofia con volados. La mujer me mira de arriba abajo y su mirada se queda clavada en mis botas con restos de nieve. Detrás de ella aparece Malena. Recién ahora noto lo baja que es. Malena también me mira de arriba abajo, pero mientras la mucama rusa sigue mirando mis botas, quizás preguntándose si me las voy a sacar, Malena observa con desaprobación mi gamulán hippy. Revolea los ojos y me deja entrar.

La mucama me ayuda a sacarme el gamulán y la *shapka* y desaparece. En el living hay unas cincuenta señoras vestidas con trajecitos Chanel en todos los tonos pastel de la paleta: rosas, turquesas, cremita, verde manzana y verde botella, amarillo y rojo, con zapatos bajos al tono. Todas están enjoyadas, con aros, cadenas de oro y botones dorados que brillan bajo las lámparas relucientes. Parece un ejército de señoras, coronelas de distinto grado, con chaquetas de hombreras y polleras entalladas. A esto se habrá referido Malena cuando me dijo que regía el protocolo de mediodía.

El murmullo de la fiesta se apaga. Todas las señoras me miran, miran mis botas, que gotean sobre el parquet brillante, miran mi vestido negro largo, mi pullover negro sobre el vestido, mi pelo negro largo y mojado por la nieve derretida.

—¿Tenías que venir disfrazada de Doctor Shvago? -me dice Malena al oído.

Después me pone una mano en la cintura y me empuja hacia una señora de traje turquesa, botones dorados y aros dorados que cuelgan de sus orejas, y me presenta en alemán:

—Frau von Studnitz, señora del Agregado Especial en Misilística de la Embajada Alemana en la Federación Rusa.

Malena le dice algo al oído a la señora von Studnitz, me guiña un ojo y nos deja solas. La señora von Studnitz me sonrío mostrando una hilera de dientes perfectos como misiles Skud a punto de ser disparados y me mira incómoda.

—*Verstehen Sie mich?* -me pregunta si la entiendo, en alemán. Qué pregunta. ¿Quién puede entender al otro, sobre todo si acaban de presentárselo con un título tan redundante pero que no dice nada de sí mismo?

La señora del agregado en misilística me pregunta -en inglés con fuerte acento alemán- cómo me llamo. Le digo, en alemán:

—¿Quiere que le diga el apellido que sabe pronunciar o el que no sabe pronunciar?

La señora del agregado me mira asustada. La tranquilizo:

—Puede llamarme Lili.

—¡Oh! Menos mal, ¿habla alemán? ¡Fantástico!

Entonces cometo el segundo -o el tercero, o el cuarto- error del día:

—Okey. Su marido es experto en misiles. Pero usted ¿qué hace?

Nunca hay que preguntarle a la mujer de un diplomático qué hace. La señora del agregado en misilística toma la defensiva:

—No se imagine usted que no hago nada. Hay muchas cosas que hacer: cenas, almuerzos, encuentros en la embajada. Nuestro papel es fundamentalmente representativo.

Me pregunto si el ‘nuestro’ incluye a su marido, si un agregado en misilística sólo tiene un rol representativo. Pero quizás el plural se refiere al rol de la mujer en general.

La señora von Studnitz me observa muy atenta mientras sus colgantes de oro, con la forma de misiles se tambalean en el lóbulo de sus orejas. ¿Qué se le puede preguntar a la mujer de un agregado en misilística? Podríamos hablar de las recaídas de salud del presidente ruso y de qué manera eso podría peligrar la paz con Occidente. O del avance de la NATO en Europa del Este. O de la decisión de los rusos de ubicar sus misiles intercontinentales en Bielorrusia, la antigua en la frontera de la Unión Soviética gobernada por Lukashenko.

La señora von Studnitz y yo nos miramos, sin saber qué decirnos. Pregunto:

—¿Qué tal la vida en Moscú?

—Aj, ¡Moscú! ¡No me hable de Moscú!

La mujer revolea los ojos y toma un sorbo de champagne.

—¿No le gusta Moscú? -le pregunto tratando de que mi tono suene comprensivo.

La mujer me mira a los ojos.

—¿A usted le gusta? ¡Dígame la verdad!

—No lo sé todavía. Acabo de llegar. Hace un mes.

—¡Pobrecita! ¡No sabe lo que le espera!

—Cuénteme qué me espera.

Frau Studnitz revolea la cabeza y los misiles de sus orejas se mueven dejando brillos de serpentinas.

—Mire -me dice acercándose a mi oreja que terminó de descongelarse-, no se puede decir que la vida aquí haga feliz a nadie.

Durante la guerra civil rusa, el poeta Ossip Mandelstam le dijo a su mujer Nadieshda, cuando se quejaba de que tuvieran que compartir un huevo duro entre nueve invitados (casi todos poetas simbolistas): “¿Y a vos quién te dijo que hay que ser feliz en la vida?”. Antes de decir le nada inconveniente, Frau Studnitz completa su crítica.

—No es nada lindo vivir en Rusia.

—Lo que no es lindo puede ser interesante -le digo.

—¡Eso sí! ¡En eso tengo que darle toda la razón! ¡Rusia es muuuy interesante!

Lo dice sin convicción, mirando para los costados, como buscando el apoyo de las otras señoras. Alguien me toma del codo con fuerza. Es Malena, que me lleva hacia otro grupito de señoras y me deja frente a una mujer vestida como una rusa soviética: blusa amplia y floreada de mangas abultadas y fruncidas en los hombros, un moño de la misma tela cuelga del cuello. Sobre los hombros tiene una pañoleta también floreada y una pollera ancha de color bordeaux. Malena nos deja solas y la mujer me dice, en español con un acento melódico:

—Malena me ha contado que eres la mujer del corresponsal de prensa alemán.

Cansada de que me definan por lo que no soy, le sigo el juego y le pregunto:

—Y vos, ¿con quién estás casada?

—¡Ah! ¡Mi marido no es nada interesante! Es ruso.

—¿Ruso? ¡Claro que es interesante! ¿A qué se dedica?

La mujer resopla, fastidiada. Me dice en voz baja:

—Yuri es poeta y tiene una pequeña imprenta. Edita libros de poesía que nadie leerá jamás.

—¡Pero eso es fantástico!

La mujer me mira, divertida.

—Mira, niña bonita... no tener nada que darle de comer a tus hijos no tiene nada de fantástico.

—No me dijiste cómo te llamás -le digo.

Entonces la mujer da dos pasos hacia atrás, se toma con ambas manos la pollera ancha como una dama antigua, hace una reverencia y me dice, con su voz dulce:

—Soy Alba Azucena. Poetisa nicaragüense.

Alba Azucena llegó a la Unión Soviética con una delegación de su país para estudiar por un año. Estudió Literatura en la Universidad de Lomonosov de Moscú. Aprovechaba las clases de Marxismo-Leninismo para escribir poemas. Se enamoró de un ruso y se fue quedando. Hace quince años que vive en Rusia. Habla ruso a la perfección y tiene un hijo de once años.

—Ahorita no nos conviene ir a Nicaragua. Mi familia me describe lo difícil que es la vida allá. Pero ¿dónde no es dura la vida, mi reina? Sabes, yo también soy periodista. Trabajo en Radio Moscú, en la sección en español. Tengo una columna en La Voz de Rusia. Me encantaría que vinieras a visitarme, así te muestro la radio. ¿Tienes tiempo esta semana? Te paso mi fono. Vas a venir, ¿sí? El jueves a las 10 de la mañana en la puerta de la Radio. Estación Novakuzniévskaja. ¡Te espero!

LA VOZ DE RUSIA

Entre mi casa y Radio Moscú hay sólo siete cuerdas en el plano, pero en el medio está el río y no hay línea de Metro directa. Viajo una estación desde la Krapótkinskaia hasta la línea circular, -habitada por personas sin techo y por borrachos porque no para nunca y se mantiene a temperatura agradable-, en Park Kulturi subo por las interminables escaleras hasta la conexión con la Oktiábrskaia, viajo una estación hasta la Tetrakóvskaia y camino por el pasaje subterráneo que me lleva hasta la estación Novakuzniévskaja.

En la salida hay un mercado y me demoro un poco en un puesto de cacharros de cerámica. El vendedor es un grandote como los campesinos de los pósters soviéticos. Le compro un tazón de cerámica en colores tierras con una mancha dorada. El grandote se toma todo el tiempo del mundo para envolverlo, sus manos enormes acarician la forma de la cerámica como si se tratara de un pájaro caído y en una ceremonia de despedida le hiciera un nido de papel de diario. Son las diez. Alba Azucena me estará esperando en la puerta de la radio.

El edificio de Radio Moscú, órgano de la propaganda comunista durante más de medio siglo, es de catorce pisos y ocupa toda una manzana. Corro, temiendo caerme sobre el hielo y que se rompa el tazón de cerámica. En la entrada hay dos soldados que sostienen Kaláshnikovs con las manos enguantadas. Detrás de ellos distingo a Alba Azucena. Mira su reloj pulsera. El gran reloj sobre la entrada anuncia dos minutos pasadas las diez de la mañana.

—¡Llegas tarde! -me dice Alba Azucena y me da un beso en cada mejilla-. Te estuvimos esperando para la *propúska*. ¿Has traído tu pasaporte? ¿Y la credencial de extranjera?

Una *propúska* es un permiso especial, una especie de 'pase' necesario para entrar a todo edificio oficial. En la sala de acceso hay más controles, una valla metálica y unas maquinitas grises como las del Metro que impiden el paso. Una mujer rubia llega corriendo, tiene un papel en la mano que le alcanza a Alba. Es mi *propúska*. Pasamos por las maquinitas y Alba Azucena me presenta a la mujer.

—Asia, mi jefa.

Asia -diminutivo de Anastasia- me mira de arriba abajo, pero no me mira la ropa. Sus ojos buscan algo que no encuentran. En español con mucho acento ruso Asia me pregunta, o más bien exclama:

—¿No ha traído la grabadora?!

¿La grabadora? ¿qué grabadora? No entiendo nada. Pensaba hacerle una visita a Alba, quizás tomar un té en la *stalóbaia*, el comedor, y charlar un poco.

Asia me toma del brazo bruscamente y me lleva hacia unas escaleras. Las tres empezamos una maratón interminable por escaleras, ascensores, pasillos y más escaleras, otra vez pasillos y más

pasillos con puertas.

—¡Más rápido! -dice Alba Azucena.

—¡Dabái!, ¡dabái! -grita Asia: ¡Vamos!, ¡vamos!

Llegamos a una oficina. Mi corazón late aceleradamente. Una secretaria que escribe en una máquina antigua nos saluda y nos anuncia por un teléfono igual de antiguo. Una puerta se abre. Entramos a una oficina alargada, donde reina el silencio. Un señor como de cincuenta o más años está sentado ante un escritorio que ocupa casi todo el ancho del espacio. Asia se despide y nos deja a Alba Azucena y a mí con el señor, que sigue sentado. Si intentara levantarse, su silla chocaría contra la pared, y el escritorio parece demasiado pesado como para que lo mueva una sola persona. El señor estira su mano sobre el escritorio y se presenta en impecable español:

—Soy Leonard Kosichév, director del servicio español de Radio Moscú.

—Encantada -le digo.

Kosichév nos dice:

—Tomen asiento señoritas, les ruego.

Nos sentamos en un banco alargado y apenas queda espacio entre nuestra espalda y la pared. Parecemos un sándwich con el pan en el medio. Kosichév empieza a hablar en tono monocorde. Me cuenta la historia de la radio. Lo que sucede después lo recuerdo como en un sueño, como si por una casualidad extraña hubiera pasado a través de un espejo -o de pasillos, ascensores y escaleras- a un mundo insólito de soldados, de héroes de la Segunda Guerra Mundial, de ocupaciones alemanas y bombas que estallan en el patio de la radio, de un argentino anarquista y una mexicana que llegaron a Rusia en la década del treinta para fundar la sección en español, de la victoria soviética. Kosichév habla y al rato siento un codazo en mis costillas. Es Alba, que me dice en voz baja, acercándose a mi oreja:

—¡Tienes que tomar notas!

Siempre llevo una libretita en mi cartera. La saco y tomo notas.

Diez minutos, otro codazo en las costillas.

—¡Tienes que hacer preguntas! -me dice Alba al oído.

Hago preguntas y Kosichév las contesta. Durante una hora y media hago preguntas y tomo notas hasta que se me acaba la libreta, hasta que Kosichév dice:

—Y ahora, señoritas, tienen que disculparme. La querida camarada Alba le mostrará las dependencias de la radio, la sala de grabación.

Después caminamos una vez más por innumerables pasillos, Alba Azucena me lleva a una sala de grabación donde escucho una audición en vivo, vamos al archivo y más tarde a la *stalóbaia*. Y cuando estamos tomando té bien caliente llega Asia y me pregunta si salió todo bien. Alba Azucena le dice que salió todo perfectamente bien. No sé muy bien qué tenía que salir bien, pero le digo que me parece todo muy interesante. A lo que Asia contesta:

—La próxima vez ¡no olvide traer la grabadora!

Y cuando llego a casa con la cabeza todavía llena de historias, Jan me pregunta:

—¿Qué tal te fue en la central de propaganda comunista?

—Me parece que acabo de hacer una entrevista.

Le explico lo sucedido y que quizás Alba Azucena, en la fiesta de las ‘mujeres de’ me confundió con una periodista. Jan me dice:

—Escribí un artículo de unas sesenta líneas y lo mandamos al servicio español. Quizás les

interesa.

Volví una vez más a la radio, puntual y con un grabador que me prestaron en la agencia. Escribí la nota y la mandé al servicio. En menos de una hora recibí la respuesta: BIENVENIDA AL CLUB.

Me había convertido en periodista por equivocación. Ahora tenía un jefe en Buenos Aires, podía escribir de todo, menos de política y economía. Era fines de 1996. En un año y medio Rusia sufriría la peor crisis económica de su historia. Pero para eso faltaba bastante tiempo todavía.

UNA ESCALERA EN RUSIA

Uno piensa que una escalera no es más que una serie de escalones más bien quietos en su lugar que sirven para salvar un desnivel y que se superponen de una forma más o menos alineada, más o menos hacia arriba o hacia abajo dependiendo, claro está, de lo que se entienda por arriba o por abajo. Por definición, una escalera es la suma de pedadas y de alzadas en una pendiente que mantiene un ritmo constante para no caerse. Pero en Rusia todo es diferente, hasta una escalera. Una escalera en Rusia es un llamado de atención, una imposición de humildad ante un orden superior, la lección obligada que el ciudadano debe aprender, aprobar e incorporar frente al sistema impuesto. Y si bien es cierto que el muro de Berlín cayó, la Unión Soviética se derrumbó y la cortina de acero se corrió hacia un costado, aún persiste en Rusia uno de los símbolos más sutiles del sistema: las escaleras.

Subo por la amplia escalera de la Biblioteca de Lenin y al tercer escalón tropiezo y me caigo. Me caigo y me levanto. Subo dos escalones más, con el impulso mecánico de toda una vida de subir escaleras, subo inquebrantable con mi seguridad occidental y cristiana, pero vuelvo a caerme. Me siento como una idiota. Las otras personas que suben por esta misma escalera van lentas y con la mirada fija en su meta, suben los escalones de uno en uno, apoyando el pie sobre una pedada -también llamada 'huella'- y enseguida el otro en otra pedada. Me levanto y me da la sensación de que el único que realmente me mira, que vigila mis movimientos, es Vladimir Ílich, sentado sobre su pedestal de piedra.

Decidida a no caerme por tercera vez, desacelero mis pasos. No quiero imitar a los otros, ser como los otros. Sé que esta es una prueba, que deberé resguardar mi individualidad y la conciencia de mí misma hasta el final, paso a paso, por sobre todos los inconvenientes que se me presenten en este camino que he elegido por azar o que me ha impuesto el destino.

Observo cómo mi pie ocupa una mínima parte del escalón y es en ese momento cuando me doy cuenta de la estrategia oculta de ésta y de todas las escaleras en Rusia: la pedada es mucho más profunda que en las escaleras 'normales', lo suficientemente profunda como para que el pie de un héroe soviético número 56 entre cómodamente en ella. En cambio la alzada -también llamada 'contrahuella'- es mínima.

Retomo la subida, ahora con el conocimiento de que una escalera no es sólo una escalera, y subo.

Vladimir Ílich me mira:

—Vamos, muchacha -parece decirme-. Cuanto más lento vas, más lejos llegarás.

Subo los escalones lentamente, concentrada para no tropezar ni caerme, como cuando era chica y en el patio de la escuela evitaba las líneas de las juntas entre cada baldosa: las baldosas

eran islas en un mar lleno de tiburones y otros monstruos y si pisaba mal, si mi pie tocaba una de las líneas, se acababa el mundo, me comían los tiburones, se terminaba el juego.

Subo, adocrinando mis piernas a este nuevo ritmo que me hace sentir parte. Y cuando, al fin, llego a la plataforma de entrada a la biblioteca, veo sobre el edificio un cartel inmenso de propaganda: SAMSUNG, dice en grandes letras azules acompañadas de un texto en cirílico en rojo: EL FUTURO A TUS PIES.

Me detengo y lo miro a Lenin, que permanece tranquilamente sentado mirando hacia el infinito, como si él no tuviera nada que ver con eso. Entonces me parece que desde detrás de sus anteojos me guiña un ojo y entre resignado y pícaro, me dice:

—Lo queríamos hacer mejor, pero así están las cosas[2].

EL BAÑO DE LENIN

Mi nueva vida de periodista en Rusia comenzó con un largo artículo sobre Radio Moscú, después siguieron otras notas más cortas sobre dos parejas de pingüinos Humboldt chilenos que llegaron al zoológico de Moscú para iniciar una nueva vida en el frío, aunque estaban “tan estresados por el viaje que no se podía hablar de éxito en una reproducción temprana”; también escribí un artículo sobre unos misteriosos carteles de propaganda que aparecieron en los lugares publicitariamente más estratégicos -y caros- de Moscú. Sobre la foto de una modelo rusa recostada lánguidamente sobre una cama una leyenda rezaba: “IÁ TIBIÁ LUBLIÚ”, “te amo”. Y nada más. Los moscovitas se preguntaron durante semanas qué nuevo producto del mundo capitalista ofrecía la publicidad, hasta que el marido millonario de la modelo explicó que se trataba de un simple gesto a su mujer. El romántico *bisnismán* pagó ciento cincuenta mil dólares por su declaración de amor. La noticia mostraba de una manera cruda cómo los nuevos ricos tiraban manteca al techo y dólares por la ventana. En esos años un supermercado exclusivo para nuevos ricos abrió en Moscú ofreciendo artículos de un millón de dólares como precio mínimo. Mientras tanto, maestros, obreros, mineros y cosmonautas no recibían sus sueldos desde hacía meses y cada vez que el alcalde de Moscú - también llamado Mister 30% por las coimas que recibía de la obra pública- se iba de caza de osos, sus empleados llevaban una larga alfombra roja para evitar que se ensuciaran sus zapatos italianos. Otro de los temas -en la redacción siempre me recordaban que no debía escribir de política ni de economía- era la cantidad de oseznos que quedaban sin sus madres osas, perdidos en el bosque debido a los hobbies de los poderosos. También mandé artículos sobre los trabajos de remodelación de Moscú para el 750 aniversario de la ciudad, sobre las prostitutas de la calle Tvérskaia y sobre una discoteca gay que había abierto en un antiguo club de la Juventud Comunista donde dos hombres nadaban semidesnudos en un acuario. Rusia se abrió ante mí de una manera diferente: podía hacer preguntas a cualquier persona sobre cualquier tema, habilitada con mi nuevo carnet de periodista.

Una mañana en la redacción, mientras buscaba algún tema de interés en el archivo, Sasha -mi colega ruso- me preguntó:

—¿Por qué no escribís sobre Lenin?

—¿Lenin? Pero si Lenin está muerto.

—¡Justamente por eso! -me dijo casi ofendido, levantando ambos brazos.

Hacía poco había leído que unos locos vestidos con antiguos uniformes cosacos habían hecho un simulacro de ceremonia en la Plaza Roja, depositando en el mausoleo de Lenin una guirnalda hecha con alambres de púas y pescados secos a modo de protesta. Se autodenominaban “Movimiento por la Reivindicación de la Rusia Zarista”. No habrían sido noticia si no hubieran

provocado la ira de un grupo de jubilados comunistas que, a pocos metros de ahí, festejaban con banderas rojas, pancartas y fotos de Lenin y Stalin el aniversario de su ídolo. El mausoleo servía a algunos artistas para hacer *performances*, como el que tiró agua bendita a la puerta de acceso y gritó a Lenin: “¡Levántate y anda!”, u otro que se clavó literalmente las pelotas en los adoquines de la Plaza Roja.

Desde hacía un tiempo se discutía qué hacer con la “momia socialista”, como llamaban muchos al cadáver embalsamado de Lenin. Unos querían convertir el mausoleo en una discoteca y rematar la momia en Sotheby’s y aunque el mausoleo fue declarado por la Unesco Patrimonio de la Humanidad, ninguna ley de la nueva Federación Rusa protegía el cadáver. Una agrupación llamada ‘Armada Roja de los Trabajadores y Campesinos’, cuya principal actividad era poner bombas en las estatuas del último Romanov Nicolás II, intentó en vano convertir en ley un proyecto para declarar a Lenin monumento nacional y preservar así el cadáver *ad eternum*. Todo era muy interesante pero ¿qué interés podían tener esas historias disparatadas para el servicio español?

Sasha me dijo:

—Lenin siempre es un tema. Aunque esté muerto y esos ateos intenten sacarlo del sarcófago.

Seguí mirando en las carpetas del archivo.

Sasha insistía:

—¿Cuánto tiempo llevas en Moscú? ¿Y todavía no fuiste a ver a Lenin?

Sasha sabía muy bien que no me sobraba el tiempo. Dos veces por semana su mujer, Olga, venía a mi casa a darme clases de idioma y desde hacía poco había empezado un curso intensivo de ruso en el Instituto Aeronáutico de Moscú: tres veces a la semana, cuatro horas cada mañana.

—¿Y en qué puede interesarle al lector latinoamericano o español un muerto embalsamado desde hace más de setenta años? -le pregunté a Sasha.

—Pronto van a removerlo del mausoleo y no podrás visitarlo en varios meses.

—¿Removerlo? ¿Cómo es eso?

—Lo hacen cada dos años. Para restaurarlo. Lo ponen en un baño químico y le cambian el traje.

—¿Baño químico? ¿Ponen a Lenin en una bañera? -el tema empezaba a gustarme.

Me imaginé a los médicos embalsamadores vestidos de blanco, con guantes de látex que les llegan hasta los codos desvistiendo a Lenin, sacándole con cuidado el traje, la corbata, la camisa blanca, los pantalones, ¿usaría calzoncillos? Después lo alzan con cuidado para que no se desmiembre y lo meten desnudo en un baño químico. ¿Estará entero o en partes? ¿Le pasarán una esponja o lo dejan solo y totalmente cubierto por el líquido? De repente lo vi, a Lenin, vivo en un baño de espuma. Ya tenía el título del artículo: “El baño de Lenin”.

—¿Sabés cuándo se lo van a llevar? -le pregunté a Sasha.

—Te averiguo -me dijo Sasha y buscó un número de teléfono en el fichero.

En menos de un minuto Sasha estaba hablando por teléfono, tomando notas en un papel: “Profesor Usínov. Encargado de Lenin (desde hace más de treinta años)”.

—¿Estás hablando con Usínov? -le pregunté en voz baja.

Sasha afirmó con la cabeza. En el mismo papel escribí mis preguntas:

¿Cuánto tiempo dejan a Lenin en el baño químico?

¿Le sacan toda la ropa?

¿Usa ropa interior?

¿Temperatura?

¿¿Puedo ir???

Sasha me hizo un gesto con la mano indicando paciencia y me pasó otro tubo donde podía escuchar la conversación. Con su voz grave y pedagógica, como la de un profesor que da una clase en la universidad, Usínov usaba expresiones del vocabulario de la química. Llegué a entender “fórmula secreta” y “formaldehído”. Lo que más llamó mi atención fue la manera en la que el profesor se refería a Lenin. En ningún momento hablaba de un ‘cadáver’ o un ‘muerto’. Usínov, cuyo nombre me hacía pensar en una usina dispuesta para la continuidad eterna de Lenin, hablaba de él como “el camarada Lenin” y “Vladímir Ílich”, que denota respeto. Como si todavía estuviera vivo.

—A pesar de los rumores que han estado circulando -dijo Usínov- Lenin se encuentra en perfecto estado.

“Lenin se encuentra en perfecto estado”. Otra cita perfecta.

Sasha colgó, me devolvió el papelito con mis preguntas y aclaró:

—Imposible entrar al laboratorio. Y la fórmula química es secreto de Estado. Pero tenés tiempo de visitar el mausoleo. Recién en una semana se lo llevan.

Al irme de la redacción quise despedirme de Sasha y agradecerle la llamada. Pero él estaba rezando frente a la heladera: se había convertido hacia poco a la Iglesia Ortodoxa, se santiguaba cinco o siete veces y rezaba con horarios.

Salí de la redacción en puntas de pie, para no molestarlo.

*

Me levanto bien temprano y me abrigo bien abrigada: a principios de marzo todavía hay temperaturas bajo cero. Sasha me advirtió que hay que hacer una larga cola para entrar al mausoleo. Dentro del edificio la temperatura se mantiene a menos cinco grados para la conservación de la momia. En los días en que es posible entrar al mausoleo, se cierra parcialmente la gran plaza y el único acceso posible es desde la Plaza Maniéshnaia.

Me sumo a la cola y enseguida hay alguien detrás de mí. Un poco más adelante, a la entrada de la Plaza Roja, dos soldados revisan carteras y abrigos. La fila tiene unos ciento setenta metros y se mueve a paso funerario pero constante. Hombres y mujeres están abrigados con tapados y gorros de piel. Yo también tengo puesto mi abrigo de piel bordeaux de astracán sintético. A algunas personas las sacan de la cola, llevan aparatos fotográficos, que están prohibidos. A la altura del control uno de los soldados me revisa la cartera. Me da permiso para seguir en la cola. Un viento gélido sopla silencioso. A la derecha se levanta la muralla del Kremlin y al fondo de la Plaza Roja las cúpulas de la catedral de San Basilio perdieron su colorido bajo la escarcha reluciente.

Me subo el cuello del abrigo para no congelarme. Mi *shapka*, un gorro de piel de astracán gris algo rígido, deja mis orejas a la vista. Veo pocas *shapkas* de este estilo. Los rusos usan gorros de piel llamados *shapkas ushankas* que tienen unas tiras especiales para las orejas, aunque todos las mantienen al uso atadas sobre la cabeza. Entre los adoquines congelados de la plaza hay esquirlas de hielo y es fácil resbalarse, pero si alguien se resbalara, no se caería tan fácil: las personas

están tan cerca unas de otras que sus cuerpos lo atajarían de inmediato. En el aire se elevan finas columnas de vapor, es el calor que sale de las bocas de la gente.

Recuerdo las fotos de la procesión fúnebre que vi en el archivo, imágenes en blanco y negro - más blanco que negro- de cientos de miles de personas que, un enero de hace más de setenta años, avanzaban hacia el mausoleo primitivo, construido en madera. Vladímir Ílich murió el 21 de enero de 1924 y si esta mañana hace frío en Moscú, no quiero imaginar el frío que debió hacer ese día en una ciudad que recién salía de la guerra civil y donde faltaba de todo, desde alimentos hasta la madera. Ilyá Ehrenburg describió la escena: “Moscú -que, según el dicho, ‘no cree en lágrimas’- lloraba a lágrima viva”. La cola avanza y en la plaza nadie habla. Sólo se escucha el viento.

A la derecha, a un costado de los muros del Kremlin, está la tumba de Stalin, una simple lápida de granito rojo. Cuando Stalin murió en 1953, su cuerpo fue embalsamado y expuesto junto al de Lenin. Hasta 1961 permaneció ahí y durante todo ese tiempo el edificio llevó los dos nombres tallados en el mármol de la entrada: LENIN-STALIN. A los setenta y cuatro años de edad, Jósif Vissariónovich Dzhughashvili, como se llamaba Stalin, georgiano de origen, sufrió una parálisis en todo el lado derecho de su cuerpo debido a una hemorragia cerebral, posiblemente efecto de un envenenamiento. Su hija Svetlana contó que, pocos momentos antes de morir, su padre abrió los ojos y miró con odio a cada una de las personas que lo velaban. Fue una mirada terrible, dijo ella, “Stalin levantó su mano izquierda -el resto de su cuerpo estaba paralizado-, señaló hacia arriba y, haciendo un esfuerzo final, su espíritu se retiró de su carne”.

Lenin también había sufrido una parálisis poco antes de su muerte, pero del lado izquierdo. Como cuenta Gabriel García Márquez, “Lenin había sido operado para que le sacaran una bala que le quedó en el cuello del atentado de agosto de 1918 y el brazo izquierdo le quedó sin vida. Al año siguiente sufrió varias recaídas, perdió el habla, se redujo a la nada su fabulosa capacidad de trabajo y el 21 de enero de 1924 murió devastado por la arterioesclerosis cerebral. Su cerebro, extraído para embalsamar el cuerpo, tenía la consistencia árida de una piedra. La inutilidad del brazo izquierdo se notaba aun después de embalsamado y la erosión general del cadáver, que ya era evidente la primera vez que yo lo vi (en 1957) lo era mucho más la segunda, cuando ya habían transcurrido 55 años de la muerte”. Lenin y Stalin yacían juntos parcialmente paralizados, organizados de forma siniestra hasta en la muerte.

No quise ver fotos del cadáver de Lenin para dejar que la primera impresión fuera en persona. Existían rumores de que Lenin había sido suplantado por un muñeco de cera. Un sobrino de Stalin lo habría revelado en un libro que el KGB no le permitió publicar, pero una copia del manuscrito logró llegar a Israel de forma clandestina. Posiblemente eran intrigas propias de épocas soviéticas. Cuando García Márquez visitó el mausoleo en 1957 y más tarde en 1979, tuvo la impresión de que el cuerpo de Lenin estaba constituido de su ‘materia natural’, porque pudo observar la mala conservación del cadáver. En ningún caso le pareció una estatua de cera, entre otras cosas “porque la cera no tiene la buena virtud de envejecer”. A García Márquez le llamaron la atención sus manos delgadas y sensibles, que parecían de mujer.

Sobre la entrada, en la piedra de labradorita roja de la franja de pórfido negro que bordea todo el edificio, dice en grandes letras cirílicas: ЛЕНИН. Siento el frío y el silencio al entrar al mausoleo. A esta altura la cola es un animal de diferentes tonos de piel, un bicho peludo con cientos de patas que avanzan a paso lento. Giramos a la izquierda y bajamos por una escalera de una galería lateral. Cada metro y medio hay un soldado apostado contra la pared con una Kaláshnikov, preparado para disparar al menor movimiento. Ellos sí parecen de cera. Son altos,

fornidos, rusos que normalmente no se ven en la calle. Me dan ganas de tocarlos pero sigo en mi lugar en la cola, sin hacer nada salvo avanzar.

Entramos a una sala en una penumbra azulada y siento olor a formol. Estamos cerca de la cripta. La cola hace una curva alrededor de una caja de cristal y recién ahora puedo ver las caras de la gente, con los ojos bien abiertos. Los soldados de cera están más cerca, como a setenta centímetros de distancia. El piso se eleva y nos elevamos con él. Una persona se persigna, una y otra vez. Y entonces lo veo, a mi izquierda. Es Lenin, acostado; las manos pequeñas tías sobre una manta salen ajenas a su traje negro. Lenin tiene los ojos cerrados, no parece muerto sino dormido en un sueño eterno en su caja de cristal, en su pecera de vidrio antibalas. A la vista sólo está su cara y están sus manos. El resto quizás es relleno.

Estoy frente a Lenin, en el lugar donde todos se detienen por un instante y se persignan. Sasha me había dicho que los cristales de la cripta estaban especialmente tratados, tienen un grosor de cinco centímetros para evitar deformaciones ópticas. Veo a Lenin moverse, ondularse, como levitando sobre su lecho de sábanas almidonadas y manta a cuadros. Me muevo para ver si se trata de la deformación por el grosor del vidrio o es el efecto alucinógeno del formol en mi cabeza. Pero el que está detrás de mí me empuja para ubicarse él en el lugar privilegiado frente el cadáver. Avanzamos ahora más rápido, la cola nos empuja hacia otra sala iluminada con una luz blanca fluorescente y escucho una voz marcial, la primera voz desde hace dos horas cuando me sumé a la cola, que grita: *Dabái! Dabái!*

Y de repente estoy en la plaza, el aire fresco me devuelve a la realidad y al tiempo. La cola se desarma y todos respiramos aliviados. Tenía razón Sasha cuando decía que había que ver a Lenin, aunque estuviera ¿muerto?

PÁVEL, TRADUCTOR DE CRONOPIOS Y DE FAMAS

La entrevista a Pável empezó antes de que prendiera el grabador y lo escuchara hablar de su vida de poeta, traductor y dramaturgo, de que me contara sobre sus traducciones de los textos de Cortázar; empezó mucho antes de las preguntas que yo tenía preparadas y de sus respuestas, que me superaban. Yo recién empezaba a escribir para la agencia y ya era consciente de que tenía que sacar, dejar de lado, desechar la mayor parte de las impresiones, las emociones y las imágenes que podrían haber enriquecido la entrevista. Los artículos empezaban con un hecho concreto que abría y explicaba el tema, seguían casi siempre con una cita del entrevistado y después venían las preguntas y las respuestas, intercaladas en un texto que no podía superar las sesenta líneas. Yo escribía para una agencia de noticias y las noticias se basan en hechos, en certezas o en rumores respaldados por testigos presenciales, comentaristas, expertos en el tema o por inciertas ‘fuentes’ que a veces eran traducciones literales de textos de las agencias de noticias rusas ITAR TASS e INTERFAX. Pero la realidad no tiene un principio claro y mucho menos regala un final redondo. Había que “armar” la historia, darle un comienzo, un desarrollo lineal hasta llegar a un párrafo de cierre a veces tan ajeno a los hechos como una película al original de un libro. Bajo ningún concepto podía emitir algún tipo de opinión sobre los hechos, porque una agencia de noticias informa y no da opiniones.

La primera regla de oro era olvidarse del ‘yo’. En este tipo de periodismo la primera persona no existe. No fue difícil, más bien me pareció natural. A veces resulta un alivio olvidarse del propio “yo”, dejar que hable el otro. Con Pável ese “olvido de mí misma” no sólo fue fácil sino necesario.

El Cortázar que yo había leído de adolescente en Buenos Aires era muy distinto de ese Cortázar que él había traducido al ruso, porque los cronopios le hablaban a los rusos de una forma diferente que a la gente de Buenos Aires o de París. En Rusia, esos ‘personajes verdes y peludos’ -que en la *Enciclopedia de los Personajes Literarios*[3] Pável puso a convivir entre el costurero valiente de los hermanos Grimm y el Zar Saltán de Pushkin- le susurraban al oído a la gente: había cuestiones que no se podían decir en voz alta. Pável había convertido a esos seres inventados por Cortázar en personitas subversivas que hablan contra un sistema poderoso que pocos se animaban a enfrentar.

Conocí a Pável en una fiesta que hizo el embajador de México en Rusia. El mexicano, ebrio de solemnidad, presentaba un libro de poemas que él mismo había escrito. La presentación se hizo en el patio helado de la embajada bajo el aguanieve a diez grados bajo cero. Pável se sacó el abrigo

y lo puso encima de mis hombros. Intenté quejarme pero con una lógica fuera de discusión, Pável me dijo:

—Con este vinito chileno y tu acento porteño ya me siento bien abrigado.

Pável hablaba un español culto, era un placer escucharlo. Pero él me hacía hablar a mí para escuchar frases que arrullaran las ellas, para escuchar “el canto de Buenos Aires”. Me pidió que lo tuteara.

—Así no me haces sentir como un brontosuario, ¿brontosuario se dice?

—Me hacés sentir como un brontosaurio.

—Brontosaurio, usuario, dinosuario, dispensuario...

El embajador mexicano -anunció alguien en el micrófono- tendrá el agrado de recitarnos otra tanda de poemarios.

—Poemuarios bajo el aguanieve -me dijo Pável al oído.

El micrófono chirriaba y nos obligamos a la seriedad.

El amor son tus labios

Esperanza de rosas abiertas

Cielo de estrellas

Mares oscuros

Camas en penumbras

Tenebrosas cascadas

La nieve caía sobre el embajador mexicano y se iban formando montañitas sobre su pelada. Tomábamos rápido el vino para que no se aguachentara. Pável estaba en mangas de camisa, es muy alto, su espalda muy ancha. Veinte años atrás debió ser un hombre hermoso.

Cuando al fin el embajador mexicano terminó de recitar, Pável me contó que conoció a Cortázar. Entonces me enteré de que había traducido algunos de sus libros, además de la obra de Octavio Paz, de Góngora y de Borges, entre muchos otros. Quedamos en que iría a su casa y le haría una entrevista.

*

—Antes la calle Tvérskaia se llamaba Gorki -me explica Pável cuando me abre la puerta de su departamento-. “Gran Calle de Gorki”, pero desde hace unos años volvió a tener la vieja denominación de antes de la Revolución.

Caminamos por el pasillo hasta la cocina, donde está Masha, su mujer.

—Masha es ilustradora de libros para niños. Nuestra hija está en su habitación. Tiene siete años. Pero no nos molestará durante la entrevista -dice Pável y me hace sentar en una silla pegada a la pared.

La cocina es mínima. Pável se va y me deja con su mujer, que prepara té. Ella saca tazas y platos de una estantería y me dice con una risa nerviosa que le parece extraño escuchar a su marido hablando en un idioma que no entiende.

Masha no es muy alta y eso hace que el contraste con su marido sea todavía más grande. Es rubia, de un rubio natural que no conoce tinturas, ni peluquerías, ni cortes estafalarios. Su rostro

también es natural, saludable, su piel rosada está cubierta de una pelusa rubia casi imperceptible y suave. Es una piel gruesa la de Masha, una de esas pieles que, aunque muy claras, toman un color dorado en verano. No puedo imaginarme a Pável con su mujer y su hija en una playa. Él es un ser urbano, de calles y salones, de teatros, camarines y aulas de universidades.

Pável se asoma a la puerta de la cocina y le habla muy rápido a Masha, tan rápido que no entiendo bien lo que dice. La apura con el té. Pável baja el tono de voz, le habla como le hablaría un profesor a su alumna y no como un marido o un amante. Y a pesar de eso, no me da la sensación de que sea Pável quien domina a Masha, ella no parece dejarse dominar aunque muestre nerviosismo e inseguridad. Quizás sean la inseguridad y los celos los que dominan a Pável, que no sabe bien cómo manejarse con las emociones de su mujer que él acepta sólo a medias, como se aceptaría a un hijo joven y rebelde.

Tomo té y siento la tensión en el aire, es una tensión que viene de Masha y que está dirigida a su marido, a su vida actual, oculta o pasada, de la que ella no formó o no forma parte. Esa tensión se lleva mal con el tamaño acotado de la cocina, pero si esa tensión no existiera, Pável quizás no estaría tan vivo, tan al resguardo y al límite como si la edad de él fuera una ventaja y al mismo tiempo una desgracia, una catástrofe que, cuando ocurra, cambiará para siempre los roles en la pareja.

Pável me dice en español que podemos empezar con la entrevista. Cambia al ruso y le dice a Masha que no nos molesten, que nos dejen solos y que no deje entrar a la hija al escritorio, por ningún motivo. Veo una expresión de resignación en Masha y otra vez, como siempre me pasa, preferiría quedarme con ella, que me muestre sus ilustraciones, hablar de la vida mientras tomamos té y afuera cae la nieve, dejar la entrevista para otro día. Pero el trabajo es el trabajo, y tengo la sensación de que es más importante para Pável que para mí hacer esta nota.

El escritorio es una habitación relativamente chica pero repleta de libros de una pared a la otra y del piso al techo. Hay una vitrina donde Pável guarda sus libros más valiosos. En una mesa bajo la ventana que da a la *Tvérskaia* hay papeles y carpetas. Pável cierra la puerta y saco el walkman de la cartera.

Cortázar en la traducción al ruso de Pável Grushkó.

Moscú (dpa) - Recostado sobre un gran plano de Buenos Aires, Pável sigue el recorrido del colectivo 168. A la altura del barrio porteño de Chacarita, su dedo índice se detiene sobre el papel. El colectivo imaginario es parte del cuento "Ómnibus" de Julio Cortázar que ya circula por Moscú en forma de libro en la versión al ruso de su traductor Pável Grushkó.

En su escritorio lleno de libros, Grushkó imaginó en ruso las historias de Cortázar. "No soy fiel al original", dice con una sonrisa. Las reconstrucciones literales del traductor, conocido en su país como escritor y autor de obras de teatro, fueron leídas por cientos de miles de rusos, que pudieron así conocer el mundo secreto del autor argentino.

"Cuando traduzco a Cortázar, siempre cambio algo", dice. "Como en la literatura, se cambia para engañar, para reconstruir la naturalidad del texto". "Traducir no es un trabajo mecánico, sobre todo cuando aparecen metáforas y alusiones", agrega. Grushkó conoció a Cortázar a fines de la década del setenta, en un encuentro de escritores en Torún, Polonia. "Me impresionó", dice Pável. "Era enorme, un gigante, no sólo porque medía más de un metro noventa".

Grushkó acababa de reeditar su traducción del libro *Historias de cronopios y de famas*, que

en su momento tuvo una enorme repercusión en Rusia. “Gustó mucho a nuestros lectores”, cuenta Pável, “sobre todo entre los estudiantes, porque era una burla a la burocracia. Aquí se interpretó como una crítica al sistema represivo soviético”.

“Uno lee y no puede dejar de traducir”, dice Grushkó, profesor de literatura en el Instituto Maxim Gorki y en la Universidad Lomonosov de Moscú. Como escritor, reconoce la influencia del autor argentino en su propia obra: “Al principio tuve muchos problemas, ya que pensaba que estaba traduciendo lo que había leído”. “Pero esta es una idea equivocada, la traducción es una gran escuela, todo se aprende leyendo”, concluye.

Grushkó nunca estuvo en Argentina, pero conoce Buenos Aires y sus calles a través de los cuentos del escritor sudamericano. “Cortázar es algo que no me abandona”, dice Pável. En estos meses se publicaron en ruso cuatro tomos con la obra de Cortázar, y Grushkó continúa traduciendo sus primeros textos, en parte prohibidos en épocas soviéticas. La nueva *Enciclopedia rusa de los personajes de la literatura* incluye los cronopios y las famas de Cortázar. Ahora cualquiera puede leer en ruso la definición de Grushkó sobre las “personitas verdes, húmedas y peludas” que inventó Cortázar.

“Cortázar fue y sigue siendo una sensación en Rusia. Cuando lo traduje por primera vez en la década del setenta, traté de elegir los temas que faltaban aquí. La crítica al poder, a la burocracia, y los rasgos negativos y pequeñoburgueses de la gente están reflejados de forma muy fresca en su obra. En ese sentido, Cortázar fue un revolucionario”. Grushkó tuvo algunos problemas con la censura, en especial con una frase que dice: “no te dejes, es obvio que tratarán de comprar a todo poeta cuya obra influya en el panorama de su tiempo. Del escritor y sólo de él dependerá que ello no ocurra”.

El 12 de febrero de 1984, hace ahora quince años, Julio Cortázar murió en París. Muchos de sus cuentos siguen apareciendo en revistas de literatura rusas y sus libros pueden comprarse en cualquier librería de Moscú o San Petersburgo. No es raro encontrarse en el Metro moscovita con alguien concentrado en la lectura de un cuento de Cortázar, en la traducción llena de humor e ironía de Pável Grushkó.

lv - ro - moskau

ENTREVISTA A PÁVEL GRUSHKÓ: "CORTÁZAR NO ME ABANDONA"

¿Cómo fue tu encuentro con Cortázar?

Lo conocí en Torún, que es la patria de Copérnico, en Polonia, en un encuentro en defensa de la cultura chilena durante los tiempos de Pinochet a fines de los años setenta. Había escritores de diferentes países, y mucha gente de Chile. Estaban la viuda de Salvador Allende, de Letelier... Y estaba Cortázar. Para mí fue un choque.

¿Por qué?

Antes de este encuentro yo había traducido y publicado su *Vida de cronopios y de famas*, que fue una sensación para los estudiantes rusos. Todos tenemos algo de *Homo ludens* y quizás aquí gustó precisamente por eso, por el deseo de escapar de la brutal realidad de nuestro tiempo, de nuestro propio totalitarismo. Entonces, este espíritu de juego, esa idea de que la verdad está también más allá de lo material, esa verdad del pensamiento y de la fantasía que se expresa tan bien en la obra de Cortázar gustó mucho a nuestros lectores. Yo me sentí muy orgulloso cuando pude publicar ese libro.

¿Cuál fue tu impresión de Cortázar?

Me impresionó enormemente. Era un hombre alto, muy alto y muy robusto. Tenía una barba un poco parecida a la de Marx. Pero era muy ligero en sus movimientos. Recuerdo que a una mujer se le cayó un pañuelo al suelo. Y él, desde su altura, se inclinó mucho más rápido que todos los otros. Tenía una 'erre' afrancesada, gutural. No hay que olvidar que nació en Bruselas. Supongo que manejaba el francés mejor que los franceses.

Creo que sufría de 'frenillo', por eso el acento 'francés' al hablar español. ¿Hablaste con él?

Hablamos un poco. Le hice una pregunta algo banal. Yo había visto la película de Antonioni, *Blow Up*, que está basada en un cuento de él, "Las babas del diablo". Parece que se trata de algo que cae de algunos árboles, parecido a -con perdón- moco, algo como una pelusa de los árboles. En el cuento de Cortázar la acción se desarrolla en París, en uno de los parques: unos homosexuales están pescando o cazando -con la ayuda de una mujer- a un muchacho. En la película de Antonioni pescan -también por medio de una mujer- a un hombre que luego matan. El protagonista principal es un fotógrafo y en la película son impresionantes las imágenes de las

nubes, que se ven a través de lentes con diferentes diafragmas. Lo más fabuloso -y ahí Antonioni rescata de manera majestuosa la esencia de Cortázar- es que cuando al final vemos al fotógrafo, este no encuentra a nadie. El protagonista no sabe si en realidad mataron al hombre. Luego está esa metáfora del final de la película, cuando juegan al tenis sin la pelota e invitan al fotógrafo a hacer lo mismo. El fotógrafo juega, subiendo la pelota que no existe y la tira al aire. Esta escena es fabulosa y rescata justamente la esencia de Cortázar. Todo esto me interesaba mucho: la realidad no siempre es cuando uno puede agarrar algo con la mano. Bien, le pregunté sobre este cambio de argumento.

¿Y qué te contestó?

Cortázar me dijo que Antonioni lo había llamado para preguntarle si debía respetar el cuento o si podía usarlo como idea. Y eso es algo muy importante para el arte, la posibilidad de cambiar el original de alguna manera. Se cambia, pero no porque uno quiera cambiar el original. La literatura consiste en letras en el papel y el cine es otra cosa. El artista debe ganarse su libertad. Hay que hacer cambios. Este es un ejemplo entre dos grandes creadores, y que Cortázar haya comprendido tan bien que Antonioni no podía atarse a lo que decía el cuento es fantástico.

¿Seguís traduciendo a Cortázar?

Sigo, sí. Sobre todo los cuentos que tienen que ver con lo lúdico: “El último round”, “La vuelta al día en ochenta mundos” y más de cronopios y de famas. Tengo un proyecto, que no sé si llegaré a realizar, de hacer una recreación para el escenario de su famosa obra “El perseguidor”. Y para esto cuento con grandes músicos de jazz nuestros.

¿Charly Parker en ruso?

Sí. Muchas veces me pregunto de qué trata este cuento. Trata, creo yo, de alguien que persigue el tiempo, o una categoría diferente del tiempo. Como aquel que se mete en un túnel del Metro y aparece en otra estación, en otro tiempo. A mí me gustaría hacer esa recreación y que aparezca el mismo Cortázar. Él era un gran conocedor del jazz, escribió muchos artículos sobre jazz.

¿Cómo reaccionaron los lectores rusos ante el humor de Cortázar?

Las letras rusas siempre tuvieron ese contenido de sátira y de humor como el que se desprende de la obra de Cortázar. El gran satírico ruso Mijaíl Shaltikov-Shedrin, contemporáneo de Dostoiévski, siempre criticaba a la sociedad rusa. O los cuentistas como Mijaíl Zóshenko, que tuvo tantos problemas con nuestra *nomenklatura*, junto con Anna Ajmátova, fue expulsado de la Unión de Escritores luego del famoso proceso que hubo contra ellos. Los cuentos de Zóshenko fueron muy críticos: criticaba al poder, criticaba a la burocracia y a los rasgos negativos y medio burgueses en la gente.

¿Cómo fue recibida la obra de Cortázar en la Unión Soviética de los setenta?

Yo creo que algo como lo que escribió Cortázar nos estaba faltando en Rusia. Yo traducía entonces lo que yo entendía que nos estaba faltando. Por ejemplo, en esa época traduje completo el “Estravagario” de Pablo Neruda, que significó una bofetada al burocratismo soviético y comunista luego del XX Congreso del Partido Comunista de la URSS, cuando Krushov hizo

públicos los horrores del tiempo de Stalin. La gente gritaba “¡Hurra!” cuando nuestro actor Viatcheslav Sómov recitaba la obra de Neruda en la universidad.

¿Cómo lo viviste vos en esa época?

Yo fui joven y entendía que había que captar e introducir a nuestra cultura lo que nos estaba faltando. Y en las letras latinoamericanas siempre encontraba algo: el espíritu de motín, el espíritu de sublevarse. De esto está llena la literatura latinoamericana, y Cortázar es un completo revolucionario. A él no le gustaban muchas cosas que tampoco nos gustaban a nosotros.

¿Tuviste problemas?

Tuve, sí. Pero no tanto. Tuve problemas cuando traduje estas palabras de Cortázar (y ahora tengo que citarlo, aunque es una frase muy corta): “No te dejes. Es obvio que tratarán de comprar a todo poeta o narrador de ideología socialista cuya literatura influya en el panorama de su tiempo. No es menos obvio que del escritor y sólo de él dependerá que ello no ocurra”.

¿Cómo elegís los textos a traducir?

Muchos textos los elijo yo. Claro que esto te exige muchísimo tiempo y muchos temas quedan en la gaveta. Mi casa, como tú ves, está llena de material no publicado. Pero yo no sufro. Porque el acto de escoger es el primer paso de la traducción artística. En la traducción es muy importante escoger el tema. Es como si tú leyeras un texto en otro idioma, en ruso o en alemán, que te impactara por algún motivo y quisieras contárselo a un amigo. Tú no puedes contarle, tienes que traducirlo. Es la función social de la traducción: entregarle a tu amigo, al lector, a la gente, algo que ellos no pueden leer.

¿Tenés escritores preferidos para traducir?

Hay tantos que nunca tendré el tiempo de publicarlos. Muchas cosas quedarán esperando. ¿Me ayudarás a publicar después de que yo muera?

Uh...

Me gustaría traducir a un gran poeta cubano, Eliseo Diego, que murió hace tres años en México; Lezama Lima, yo lo conocí personalmente; Octavio Paz, que murió ahora, yo tengo toda su prosa traducida al ruso, todavía no publicada. Publiqué trescientos poemas de él y dos obras de teatro. Con Góngora hace treinta años que estoy trabajando. Ahora estoy traduciendo “Soledades”, gracias a una beca de la Fundación Rusa de Cultura.

¿Cómo hacés tanto?

Uno lee y no puede no traducir. Sigo con Cortázar, Borges, Bioy Casares, entre otros. Esa tríada es la de mis autores preferidos. También para leer.

Cortázar era traductor. ¿Lo notas en su obra?

No sé si fue traductor artístico. Él se gastó mucho trabajando en las oficinas de la Unesco. Y lo describe muy irónicamente. Hay cuentos donde describe los pasillos de los ministerios europeos. Ironiza su trabajo de traductor. Él tenía que ganarse la vida, ¿no? Cortázar escribió

algunos artículos fabulosos sobre la traducción. Yo mencioné su opinión sobre el arte de la traducción. Él no creía en la traducción. Y tenía plena razón.

¿Vos creés en la traducción?

Sí. Si nos basamos en una idea de nuestro Mijaíl Bajtin. Su idea era que, cuando nacemos, todos somos ajenos. Las primeras canciones de mamá, los cuentos infantiles, nos son ajenos. Pero poco a poco nos apropiamos de eso, que se convierte en algo que es, como dice Bajtin, ajeno-tuyo. Pensar que se puede clonificar en la traducción es erróneo. Nadie se clonifica en el arte. Es triste, pero es así. Nada puede ser clonizado, ni traducido cien por cien. La traducción no es un proceso mecánico. Sobre todo cuando aparecen metáforas y alusiones. La traducción técnica es posible: se traducen términos. Pero la literatura no consiste en términos. Humboldt dijo que los idiomas no son sinonímicos. Yo traduzco a Cortázar, y aunque sea fiel, lo más fiel posible, si cambio algo, yo cambio para engañar presentando la naturalidad del texto. El arte de la traducción es el arte de engañar. Pero no en la suma, en algunos porcentajes solamente. Esas partes más dificultosas, “intraducibles”, no pueden ser omitidas, hay que hacer algo. Traducir para otra mentalidad, para otro pueblo. No es nada triste, es así la vida, la cultura.

¿Cuándo se empezó a leer a Cortázar en Rusia? ¿Fue paralelamente a su publicación en Francia y Latinoamérica?

Fue un poquito después. Lo promovieron mucho los cubanos. Después del XX Congreso fue posible. No como Borges, que se publicó más tardíamente, por algunos malentendidos. Borges había dicho algo con respecto a Pinochet que se entendió como un apoyo a la dictadura. Pero él lo había dicho bromeando, un poco a lo rioplatense. Lo mismo pasó con Octavio Paz, que siempre expresaba su disgusto con la opresión en Rusia.

Se han hecho asociaciones del cuento “Casa tomada” con el surgimiento del peronismo en Argentina. Aparte de que eso sea discutible, ¿se podría entender el texto en la traducción rusa de una manera semejante con respecto al sistema soviético?

Yo no creo. Sí existen asociaciones con nuestra realidad en el libro *Un tal Lucas*.

¿Cuáles?

Por ejemplo, lo que vive una persona en una situación burocrática.

¿Se sigue leyendo Cortázar en Rusia?

Sí, mucho. Salieron cuatro tomos de sus obras hace poco. Esto es lo que yo estoy preparando, sus obras de los años sesenta. Yo tardo un poco, como tú sabes.

Vos también sos escritor. ¿Pensás que de alguna forma influyó tu trabajo de traductor en tu propia obra?

Sí. Mi contacto sagrado-maldito con las letras de habla hispana claro que influyó. Hay un complejo en los que traducen. Yo he escrito poesía toda mi vida y la publico. Y obras de teatro, ensayos. Fui hasta hace poco profesor del Instituto Maxim Gorki y de la Facultad de Lenguas Extranjeras de la Universidad Lomonósov de Moscú. Siempre enseñando a jóvenes que aprenden

el arte de la traducción artística. El que lee tanto en otros idiomas tiene que estar influenciado por estas obras. Antes yo tenía complejos, creía que yo traducía lo que otros habían escrito. Un punto de vista muy equivocado. La traducción es una gran escuela. Todo se aprende leyendo. Tú no solamente lees, sino que lees creativamente, masticando cada palabra. Yo estoy orgulloso de que en mi vida, en mi suerte, existan las letras del habla hispana.

¿Cómo hacés con los argentinismos? Borges es más neutro, pero Cortázar juega mucho con el idioma.

(Ríe) Yo tenía muchísimos problemas y sigo teniéndolos. Y tú lo sabes mejor que yo, que de vez en cuando me ayudas a entenderlos. Pero así es la riqueza de la lengua castellana. García Márquez contó de un maestro de español en Nueva York que pasa todo el tiempo traduciendo del español al español a sus alumnos latinoamericanos. Y también menciona que en Ecuador existen ciento cinco denominaciones para el miembro masculino. No sé si es verdad. Y no sé cuántas habrá en la Argentina.

No creo que sean tantas.

Cortázar usa muchas palabras que yo no entiendo. Tú me explicaste lo que significa “píantado”. Pues en Cuba dicen “tostado”. Cortázar era tan libre en su estilo, en su prosa, tan independiente, y muy apegado a algunas convenciones políticas que no son objetivas. Yo se lo reprocho.

Los más grandes escritores argentinos, Borges, Bioy, Cortázar, son cuentistas... ¿cómo se lee el cuento en Rusia?

En Rusia hacemos una división entre novela o cuento largo y lo que nosotros llamamos *roman*, que es para ustedes la novela propiamente dicha. Tenemos el género de cuento largo, intermediario entre el cuento corto y el *roman*.

Algunas novelas de Cortázar se han considerado como cuentos largos. ¿Cómo lo ves vos?

Me gustan más sus cuentos que sus novelas. Y más aún los cuentos de diez o quince líneas solamente. Muchas de sus novelas son cuentos, pequeños cuentos enhebrados. *Rayuela*, por ejemplo, es tan fragmentaria que parece que podría leerse separadamente, por partes. Yo diría que sí, Cortázar es un escritor de una brillante metáfora, pero es un novelista de muchas novedades. Algunos de sus cuentos están escritos sólo para sacar de ellos una prosodia fonética, como con la pareja que quiere comprar un pasaje y no recuerda el nombre de la ciudad adonde quiere ir, es un cuento que no se acaba nunca. O “La inmiscusión ferrupta”, entiendes por intuición de qué se trata, pero las palabras no existen. Algunos de sus primeros cuentos son un gran granero para las formas que habrían de surgir después. No hay que olvidar que Cortázar vivió la mayor parte de su vida en Francia, donde estaban otros grandes estructuralistas, experimentadores de la literatura moderna.

Hablaste del *Homo ludens* y de la relación de Cortázar con el juego. ¿Se puede jugar también en la traducción?

Hay que buscar el juego. Cronopios, esperanzas y famas, por ejemplo. He traducido al ruso *ironopios*, por la pronunciación rusa de Kronos (*ironos*), el Dios del tiempo. Para esperanzas

busqué la palabra *nadiengui* o “esperancitas”, conservando el concepto de estar esperando algo, ya que *esperanzi*, si bien existe en ruso, no significa gran cosa. El lector debe apoyarse en el sentido de la palabra. Famas es *famui* en ruso, una coincidencia fabulosa. Existe la palabra *jamui*, que significa maleducado, molesto. Entonces jugué con la combinación de esas dos palabras, *famui* y *jamui* e inventé el adjetivo *famuijátevui*, que no existe en ruso, pero que el lector asocia enseguida con una fama maleducada, insolente. Intento buscar siempre el equivalente, conservando el juego. Me gusta el juego de Cortázar y me gusta también poder inventar palabras nuevas.

¿Qué otros autores te interesan de Latinoamérica?

Me gusta mucho Leopoldo Lugones. Él tiene un libro dedicado a cosas menores, a minucias, escribe sobre una hormiga, por ejemplo. Es fabuloso. A veces son dos versos, para mí, un gran poema. También hubo un poeta, no sé si es conocido en Argentina: Indio Huasi. Un poeta casi popular, claro que cae dentro de la poesía política pero muy enraizado en lo indígena. Para mí uno de los grandes escritores es Antonio Porchia, que fue un pobre pintor de paredes, pero siempre llevó sus cuadernos donde apuntaba lo que él llamaba “Voces”. Tiene dos libros: *Voces* y *Nuevas voces*. Es mi sueño editar una revista sobre literatura y cultura latinoamericanas. En Rusia no sabemos, no tenemos idea de lo que sucede en ese continente. En épocas de la Unión Soviética, a pesar de la censura, sabíamos más. En ese entonces se publicaba mucho, bibliotecas con series completas de libros latinoamericanos. Ahora no. En estos diez o doce años desde la *perestroika*, a pesar de que la censura ya no existe, sí podemos hablar de una censura económica, porque no hay dinero para esas publicaciones. Una editora amiga me dijo hace poco: “los nombres españoles desaparecieron del mapa cultural ruso”. Existe ahora en Rusia una concentración increíble de nombres norteamericanos, franceses, alemanes. Está bien esa apertura, pero ese centrismo desde Norteamérica es para mí, un hispanista, muy triste.

Cortázar dijo: “Mi idea de lo fantástico está más próxima a lo que llamamos realidad”. ¿Cómo es tu relación con lo fantástico?

Cortázar contó que no es necesario fantasear demasiado para llegar a lo fantástico. Es suficiente con partir de una sola fantasía. [Grushkó se queda un rato en silencio y luego, como reflexionando consigo mismo, dice]: Cortázar es algo que no me abandona. Es muy importante para mí que él haya existido, yo tuve la suerte de haberlo visto y es por eso que lo siento muy cercano, no solo a su obra sino también a él como persona.

Pável M. Grushkó vive actualmente en Boston, Massachusetts. Tiene 85 años, escribe poesía y teatro, es actor y presidente de la Asociación de Traductores de la Federación Rusa.

LA CASA DE BULGÁKOV

—La hipotaxis tiene el riesgo del anacoluto[4] -dice Pável y me sonrío.

Estamos en el Metro, camino a la casa de Bulgákov y desde hace un rato trato de concentrar en una sola frase por qué creo que los rusos están locos. Pável me interrumpe una vez más, divertido:

—Hablas como buscando pecios, fragmentos hundidos en el agua de una nave que naufragó hace ya tiempo.

Tiene razón, junto cosas que no van juntas y me pierdo en la sintaxis. La frase era más o menos así: “Ustedes los rusos están un poco locos. No sólo son fanáticos de los personajes de la literatura y los creen más vivos que a los humanos, hasta el punto de hablar de ellos como si se tratara de parientes cercanos, sino que ni siquiera pueden desprenderse de sus preciados libros; salen a la calle con el texto de la novela preferida grabado en un CD y se lo cuelgan al cuello, para no estar nunca alejados de sus historias y personajes favoritos”. Un par de veces los vi, caminando por la calle, saliendo de un cine o en los túneles del Metro, chicos y chicas de veintipico, pero también algunos viejos con cara de alucinados, con carteras de cuero de las que asoman papeles desordenados y el CD que brilla entre los pliegues de la ropa, el abrigo siempre abierto. No son mayoría, pero que los hay, los hay.

—Es cierto que se trata de una exageración. Pero debes tener en cuenta que los libros no tienen el mismo significado en Rusia que en otros lugares. En Occidente, un escritor escribe un libro, que se publica, se vende y se lee para terminar, con suerte, en una biblioteca. En Rusia los libros tienen un nacimiento difícil, una vida de trabajos forzados, una adultez bajo prueba y una historia de escándalos y prohibiciones. Y no hablemos de los autores proscritos, postergados, perseguidos, maltratados, inducidos al suicidio, al alcoholicidio, o directamente asesinados por el régimen en la primera mitad del siglo XX, cuando una llamada telefónica de Stalin podía significar un arresto o un susto de por vida, como sucedió con Mandelstam, Pasternak o Bulgákov. Algunos escritores quedaron tartamudos luego de hablar con el Dictador del Proletariado. Recuerda el humillante final de nuestra Marina Tsvietáieva, a la que Stalin -después de asesinar al marido y encarcelar a la hija- hizo enviar a Yelabuga como directora de una *stalóbaia*, un comedor popular. Olga Ivínskaia, la amante de Pasternak, y la hija de Olga pagaron con cuatro años de Gulag el premio Nobel de Literatura. Si un libro -o un autor- han logrado sobrevivir a todo eso, es entendible -y hasta deseable- que los rusos nos identifiquemos con nuestros autores y con los personajes de los libros. Pero ahora soy yo el que corre el riesgo del anacoluto.

Me quedo en silencio esperando más, mientras el Metro avanza y las estaciones, como palacios del pueblo con sus esculturas, luces y ornatos, se suceden.

—En el siglo XIX -sigue contando Pável- la literatura rusa cumplió una tarea formadora de

ideas. Aunque a su pesar -porque no fue su intención- Gógol dismanteló la mentalidad de los burócratas zaristas y de los terratenientes arribistas que compraban ‘almas muertas’ a bajo precio para hacerse con títulos de propiedad baratos y así armarse de una dote para conseguir un buen partido en matrimonio. Pushkin y Lérmontov hicieron suspirar a todo un imperio con sus poemas y quedaron para siempre en el ideario popular debido en gran parte a sus muertes tempranas, ambos en duelos. Turguéiev mostró el vuelco generacional entre padres conservadores e hijos idealistas que ya anticipaban el cambio. Por las calles acusaban a Iván Serguéievich de instigador del incendio y las revueltas en Petersburgo y le gritaban: “¡Mire lo que hacen sus nihilistas!”. Los personajes de Tolstoi y Dostoievski, como ya sabes, inspiraron a varias generaciones de rusos, y Chéjov puso en boca de sus personajes la crítica social que él no podía expresar en voz alta para no caer presa de la censura. Para un ruso, un Raskólnikov es sinónimo de ‘oveja negra de la familia’ y un Chíchikov es un socio con el que mejor no hacer negocios.

—¿Y Bulgákov?

—Por su novela fetiche *Máster i Margarita*, (*El Maestro y Margarita*) Mijail Bulgákov, se podría decir, es el autor más popular entre los jóvenes. Aunque habrá alguien por ahí -Pável busca con la mirada entre los pasajeros del Metro- con otras preferencias. Alguno llevará *Morfina* encima, otro título del autor que, como Chéjov, era médico.

Bajamos en la estación Maiakóvskaja. En las escaleras mecánicas le confieso a Pável que intenté leer el libro de Bulgákov, pero no lo logré: la traducción y las innumerables referencias bíblicas me exasperaban y me adormilaban. Pável me resume el argumento de la novela y me cuenta el proceso de su escritura.

—Cuando en 1930 Bulgákov se enteró de que otra de sus obras, *Kábala Sviátosh* (*Cábala de santurrones*) había sido proscrita, cometió la desgracia de quemar en el horno la primera versión de *Máster i Margarita*. Se prohibió la representación de sus obras de teatro -había varias de Bulgákov en cartel- y las sacaron de cartelera. Luego de una larga depresión y como último recurso, Bulgákov le escribió una carta a Stalin rogándole que lo dejara emigrar de la Unión Soviética: en su país no podía hacer lo que él más deseaba, que era dedicarse a escribir. Stalin lo llamó por teléfono. Como a Pasternak (que le colgó el tubo a Stalin pensando que era un chiste de algún gracioso) a Bulgákov lo salvó su escritura. Stalin se había encariñado con una de sus obras de teatro y le perdonó la vida. Lo convenció de que se quedara, le dijo que un escritor ruso sólo podía escribir en Rusia. Debido al pánico que le ocasionó el llamado, Bulgákov se quedó mudo. Después de un tiempo, lo único que logró decir en voz alta fue la frase de Stalin: “Un escritor ruso sólo puede escribir en Rusia”. La repitió durante el resto de su vida como un perjurio o una cábala.

—¿Y después?

—Después de ese llamado Bulgákov recomenzó su vida. Se casó por tercera vez y encaró un segundo borrador de *El Maestro y Margarita*, que terminó de escribir en 1936. Un año más tarde rearmó esta novela, de complicada estructura, y escribió un tercer borrador. Hasta su muerte en 1940, y con la ayuda de su esposa, Yelena Shílovskaja, pulió un cuarto borrador. Fue ella la que lo terminó en 1941. La Shílovskaja había sido, además, la inspiración de Bulgákov para su personaje Margarita.

—Sólo en la literatura rusa se da el caso de que uno de los personajes termine de escribir el libro.

—¿Hay muchas historias deliciosas en la literatura rusa! Nadieshda Mándelstam, la esposa de

Ossip, al que Stalin mandó al Gulag por mofarse de él en un poema, había aprendido de memoria todos los versos de su marido, que guardó en su prodigiosa mente. Así, logró publicarlos en los sesenta. En sus memorias, que llamó *Contra toda esperanza*, haciendo un juego con su nombre - como tú sabes en ruso *Nadieshda* significa “esperanza” (como mis “*nadiengui*” cortazarianos)-, ella contó que cuando llegó la milicia a buscarlo, Mandelstam escondió las hojas de *El Quijote* en la parte interior de sus botas de fieltro, para no morir de frío en los campos y poder soportar, además, el aburrimiento. Mandelstam intentó suicidarse en una de las paradas del camino a Siberia, se tiró desde el segundo piso de una improvisada cárcel, pero tuvo la mala suerte de sobrevivir. Sí, en Rusia uno tiene la mala suerte de sobrevivir. La inconsolable viuda se quejaba de que ni siquiera habían dejado a su marido leer en paz su amado Quijote.

—¿Cuándo se publicó la novela de Bulgákov?

—Recién en 1967 la revista literaria *Maskvá* publicó una versión censurada de *El Maestro y Margarita*, pero las partes faltantes circulaban en *samizdat*. *Samizdat* viene de *samui*, ‘propio’, ‘de uno mismo’, y *dat* (que lleva un signo “blando” al final, convirtiendo la “t” en “tz”), que significa ‘dar’, ‘editar’. Esta era la forma mecanografiada de circulación clandestina de libros que pasaban de mano en mano en épocas soviéticas. Yo leí muchos libros en *samizdat* y te digo que el papel olía, tenía vida propia. Esos libros habían sido tocados por cientos de manos, tantas que parecía que en cualquier momento las cuartillas empezarían a hablar por sí solas. Fue recién en 1989 cuando una lingüista, nuestra gran Lidia Yanóvskaia, trabajó en la versión completa de los manuscritos. La edición final del libro de Bulgákov guarda una historia similar a la del *Doktor Shivago*, de Borís Pasternak, que sería larga de explicarte ahora. En otra ocasión nos dedicaremos a él, ¿sí? Lo interesante de estos dos libros es que son obras míticas de la literatura rusa del siglo XX que nunca han conocido una versión final hecha por el propio autor, porque los borradores iban y venían y sus avatares eran tan confusos como la propia trama de la novela. Como te decía antes: los libros aquí tienen una vida muy ajena a las intenciones de su autor.

—¿Y los personajes?

—Los personajes de Bulgákov son quizás los más fantasiosos y satíricos de la literatura rusa del siglo XX, sus nombres evocan personajes bíblicos y juegos de palabras que nosotros, los rusos, adoramos, porque nos divierte muchísimo. Te daré un ejemplo: los chicos rusos crecen escuchando las historias del “doctor *Aibali*”, que significa: “Ay, ¡me duele!”. O, como decía Nabókov de los nombres de los personajes de Gógol: “Los nombres que inventa Gógol son realmente apodos a los que sorprendemos en el camino de convertirse en apellidos; y una metamorfosis es siempre emocionante de observar”. El *Vóland* de Bulgákov es un misterioso mago, el mismo Satán que baja de los infiernos con su grupo de sicarios, entre los que se encuentra el maravilloso y antipático gato. Ellos bajan a esta tierra para crear caos, en especial en el sindicato de escritores de Moscú, cuyos directores van desapareciendo uno a uno. Una venganza literaria de Bulgákov, por supuesto. *Vóland* y sus socios conversan sobre sus diabólicos planes mientras caminan por el boulevard del Patriarca, donde estamos caminando nosotros ahora. De esas charlas es testigo Iván Biezdomi (el apellido *biés-domui* significa ‘Sin-casa’, un ‘sintecho’, como dicen en España). Iván es un joven poeta, y es el personaje desde cuya mirada están enfocados algunos capítulos de la novela, aunque esta está narrada en tercera persona. Iván corre a contarles a los del sindicato de escritores que se encontró con el diablo y con un gato que habla, que anda en dos patas y sube al tranvía sin pagar el pasaje. Los del sindicato llaman a la policía e Iván es internado en un manicomio. Es ahí donde se encuentra con el Maestro, un escritor

-alter ego de Bulgákov- frustrado. El Sindicato de Escritores de la Unión Soviética le había rechazado su novela por estar basada en una historia bíblica, como la misma obra de Bulgákov. Es interesante ese juego de referencias y espejos, ¿verdad? El Maestro (del que no sabemos el nombre) quemó su manuscrito -al igual que Bulgákov con la primera versión de su obra maestra- para después confinarse por decisión propia en una casa de locos, alejándose de la realidad y de su amada Margarita. Mientras tanto, en un teatro de variedades de Moscú, Vóland hace una representación en la que se burla de todos: de los nuevos ricos (un tema siempre actual en Rusia), de los mojigatos, de la mujeres que ansían vestirse con la moda de París y así. El mago viste a todas esas mujeres con vestidos que luego se desvanecen, y cientos de mujeres andan desnudas por las calles de Moscú, creando situaciones ridículas y escandalosas. El diablo y sus secuaces se mofan de los que sólo piensan en el dinero y en su propio provecho. Margarita es una mujer casada, una especie de Maga de Cortázar. Pero en esta versión rusa, la mujer adúltera es una soñadora burguesa a la que no le interesa el dinero. Aunque su marido la adora, decide abandonarlo e ir en busca del Maestro, el hombre al que ella verdaderamente ama. Claro que se trata de un eufemismo, Margarita es la representación de la pasión y lo que ella ama es la literatura, no al hombre, que ya está muy viejo y derrotado. Para lograr encontrarse con el Maestro, Margarita hace un pacto con el diablo, que la convierte, en la noche de *Valpurgis* o Viernes Santo, en una bruja con poderes sobrenaturales. La novela alterna pasajes de la crucifixión de Cristo en Jerusalén y escenas de una Moscú revolucionada por estos hechos sobrenaturales y escandalosos en los que el malvado gato tiene una misión especial. Lo interesante -y esta quizás es la razón por la que la novela tiene tantos fans- es que Bulgákov no inventó esos escenarios, sino que usó lugares que existen o existían en Moscú y los describió en detalle, como este boulevard o su casa de la *Balshaia Sadóvaia*, hacia donde vamos ahora. Toda novela debe ser verosímil y aunque se trate de pura invención (como que un gato hable y viaje en tranvía o que el dinero ganado se convierta en papel pintado de la noche a la mañana) la trama debe tener pies y cabeza. Bulgákov logró esto a la perfección y es por tal razón que su novela provoca alucinaciones en sus lectores.

—¿La casa de Bulgákov es un museo?

—Ojalá fuera así. Hay un litigio legal entre los sucesores y la municipalidad de Moscú. Su apartamento del quinto piso permanece todavía cerrado, aunque fue ocupado y devastado varias veces por lectores fanáticos. Ahora el apartamento está vallado. Pronto verás en qué se ha convertido el resto.

—¿El resto?

—Los fanáticos de Bulgákov celebran fiestas en las escaleras del edificio, sobre todo en el día de su cumpleaños, el 15 de mayo, aunque algunos empiezan a festejar antes, el 3 de mayo según el calendario juliano. Vienen cientos de jóvenes desde toda Rusia, con botellas de vodka, cerveza y velas de cumpleaños.

Llegamos al número 10 de la Balshaia Sadóvaia. Las paredes interiores están llenas de pintadas. Pero no son los tradicionales grafitis hechos con aerosoles.

Subimos por la escalera hasta el quinto piso, hay diez o quince chicos tirados en los escalones, dormidos o borrachos. En el último rellano, un chico punk abre un ojo.

—*Zigarét iést?* -si tenemos un cigarrillo, nos pregunta con voz ronca.

Pável le dice que no con la cabeza, pero yo saco mi bolsita de tabaco, le armo uno y se lo doy. El muchacho lo prende y nos invita con un trago de cerveza, que rechazamos.

En este rellano de la escalera hay latas de pintura vacías y las paredes están totalmente llenas de grafitis, chorreados y sobrepintados. Pável me cuenta que las leyendas son partes de la novela. Me recita algunos párrafos en ruso. La historia más repetida es la de los capítulos finales, cuando el gato anda por Moscú incendiando todo con una cocinita o *primus*.

Miro fascinada los grafitis de colores hechos a pincel, un texto encima del otro, una frase raspada sobre la pintura ya reseca y después una nueva frase en cirílico que tapa la frase anterior hasta que la pared adquiere una textura espesa, colorida, que semeja la corteza de un árbol.

Cuando viví en Moscú, la casa de Bulgákov no era todavía el museo en el que se convirtió en 2004, sino un territorio de okupas. Pável me había contado que la mayor parte de los visitantes de la casa eran fanáticos admiradores de Bulgákov, pero el escritor también tenía sus detractores. Mientras busco material para actualizar esta crónica, encuentro un artículo en un diario ruso. Es del año 2006: un tal Alexander Morozov que se autoproclamó ‘guardián de la herencia cultural rusa’, entró al museo y destruyó con fuego y con un hacha todo lo que tenía a su alcance por considerar la obra de Bulgákov *El Maestro y Margarita* como ‘satánica’. No sé si los rusos están locos, pero es indudable que se toman la ficción muy en serio.

EL ASTRONAUTA DEL GORKI PARK

Pablo recuerda aquella noche de julio de 1969 como si fuera hoy. Su padre, maquinista del ferrocarril General San Marín de la línea Mendoza-Buenos Aires, lo dejó quedarse despierto hasta tarde. Con un tono de voz misterioso que no le conocía de antes, le dijo:

—Este será un gran día para la humanidad.

Pablo y toda la ciudad de Mendoza esperaban ansiosamente frente a las pantallas de televisión. Fue la imagen en blanco y negro del pie de Neil Armstrong al pisar la luna lo que selló el destino de Pablo. Aunque no tenía más de cuatro años, Pablo decidió que sería astronauta. Veinticinco años más tarde estaba a sólo un paso de concretar su sueño.

—En la escuela siempre me decían que estaba en la luna -dice Pablo mientras comemos empanadas en mi casa-. Cómo iba a molestarme si eso era justamente lo que quería.

Katia, su mujer, lo mira con cara de aburrimiento. Al contrario de Pablo, ella parece tener los pies bien plantados en la tierra y conocer la historia de memoria. En la mesa estamos, además de Pablo y Katia, Jan, Florian -un amigo periodista- y yo. Uno de los platos está vacío: Silvia, corresponsal argentina que trabaja en la agencia de prensa española, está por venir. Silvia también es mendocina y no conoce a Pablo.

Pablo está cursando el último año del MATÍ -el Instituto Técnico Aeronáutico de Moscú, donde estudio ruso- y aunque todavía le faltan materias y hacer prácticas, todos vemos en él a un futuro Armstrong o a un Gagarin mendocino: el primer argentino que llegará al espacio.

Mientras pesca las pasas de uva de las empanadas y las deja a un costado del plato ante la mirada reprobatoria de su mujer, Pablo nos cuenta, con su pausada tonada mendocina, cómo llegó a Rusia.

—Mi padre no quería llevarme con él en el tren. Estaba totalmente en contra de mis planes. Yo quería hacer la mía y me escapé de casa. Hice dedo hasta Buenos Aires. Me acuerdo que tenía nada más que trece pesos en el bolsillo. Un camionero me tuvo lástima, era un camión que transportaba vino. En Capital hice todo tipo de trabajos y fui a las embajadas. En la de Estados Unidos me dijeron que los estudios allá eran pagos. Y que primero tenía que conseguir la *Green card*. Si no eran los yankees, tenían que ser los rusos, me dije. Y me fui al consulado ruso nomás, a averiguar. Me quedé hablando con el portero, que era ruso. Él me recomendó traer mucho abrigo y me regaló un gorro. Con ese gorro y en camisa llegué a Moscú. Hacía unos veinte grados bajo cero. Me fui del aeropuerto caminando hasta el centro, directamente al consulado argentino. Ahí se ve que les di lástima, porque me dieron un trabajo de medio día, como portero y telefonista. Después conocí a Katia, que no me deja salir solo ni a la esquina.

—¿Y cómo vas a hacer para viajar a la Luna si no te dejan salir solo ni a la esquina? -le

pregunta Florian.

Katia observa a su marido vigilando cada palabra que dice. No le hace gracia que la trate de celosa.

—Katia es psicóloga. Ella quiere que deje los estudios de aeronáutica y busque un trabajo más seguro.

—¿Es cierto que van a cerrar la estación Mir? -cambia el tema Florian viendo la incomodidad de Katia.

—No creo.

—¿Es verdad lo que se cuenta de Baikonur? -pregunta Jan.

Baikonur es la base aeroespacial de la Federación Rusa en Kazajstán, una ex república soviética. Hacía poco habían enviado al espacio el cohete no tripulado Sputnik 97 que explotó y cayó, hecho pedazos, sobre el Pacífico. Nadie podía explicar por qué había fracasado la misión. Pablo se ríe y dice:

—En la base no habían pagado la electricidad. Mientras los técnicos conectaban las partes de la cápsula con la tecnología más avanzada, unos ayudantes los alumbraban con velas.

Florian estalla en una carcajada. Pablo saca del bolsillo interior de su saco un papel envuelto en plástico y se lo da a Florian.

—¿Sabés qué es esto? -le pregunta.

Florian lo abre.

—Es una carta en inglés. De la NASA. La firma es de... -Florian se acerca el papel plastificado a los ojos y dice:- no veo nada sin anteojos.

—Neil Armstrong -dice Pablo orgulloso-. Es una carta de Armstrong. La llevo siempre encima, es mi amuleto de la suerte.

—¿Qué dice? -le pregunto.

—Le escribí a Armstrong sobre unas ideas que yo tenía. En la facultad cursamos una materia que se llama 'Legales' y a mí se me ocurrió que se podía proponer un estatuto de propiedad de tierras del espacio. Traduje mi propuesta al inglés y la mandé a la NASA. Nunca pensé que Armstrong me fuera a contestar.

—¿Y qué te dice?

—Se disculpa por no ser un experto en la materia. También le escribí al presidente argentino. Estaba por venir a Moscú en visita oficial y para que le llegara la carta robé el sello de "Reservado" de la embajada. Fue... bueno, un truco de mi parte. Funcionó. Le escribí que hasta ahora ningún argentino había estado en el espacio. Le expliqué que los rusos alquilaban lugares en la estación espacial. Era tan poca plata. ¿Qué es un millón de dólares para un país? El presidente me contestó. Me dijo que podía hacerse. Y cuando llegó a Rusia me dio una audiencia. Cuando el embajador se enteró me quería matar.

—¿Y qué pasó al final? -le pregunto.

—Al presidente le gustó la idea de convertir a nuestro país en una potencia espacial, de que la Argentina se involucrara en la conquista del espacio. La base aeroespacial estaría en Córdoba o en La Rioja y las naves iban a partir desde ahí hacia la estratósfera y después elegirían qué destino seguir. ¡En una hora y media se podría llegar desde Anillaco al Japón! Pero el presidente no fue reelegido y mis planes quedaron una vez más en el aire.

Suena el timbre. Es Silvia, la periodista mendocina. Voy a abrirle. Presento a Silvia pero ella,

callada, se queda mirando a Pablo fijamente, sin decir palabra. Después le pregunta, entrecerrando los ojos:

—¿Tú eres el que se quería ir a la Luna?

—Bueno, no exactamente -contesta Pablo.

La cara de Silvia se transforma, levanta amenazante una mano y se abalanza sobre Pablo:

—¡Te voy a matar!

Pablo se esconde detrás de su mujer. Jan le ofrece una copa de vino a Silvia y todos tratan de calmarla. Silvia se sienta a mi lado, lejos de Pablo.

—Si te agarro, ¡te mato!

Silvia toma un sorbo de vino. Florian -al que le encantan los escándalos- le pide una explicación. Silvia cuenta:

—Escribí un artículo que salió publicado en el periódico *Los Andes*, de Mendoza. Era una locura, pero como el presidente había hablado públicamente del proyecto, allá se lo tomaron en serio. Los mendocinos me llamaron por teléfono para que le hiciera una entrevista a este jovencito. Lo intenté ubicar pero no lo encontré. Pregunté en la embajada y nada. Me decían que estaba de vacaciones. Los del periódico querían sacar la nota antes de la reelección, así que había prisa. No hablaban de otra cosa. Imaginate: ¡Un mendocino en el espacio! Entonces, los muy pajueranos mandaron a una periodista joven, una muchacha que no hablaba ni ruso, ni inglés, nada hablaba. La mandaron a Moscú. Con la madre de este muchachito. Su madre viene a verlo a Rusia, ¡y este se va de vacaciones a las Islas Canarias!

—Pero... ¿por qué no me avisaron? -se defiende Pablo.

—Y tu madre, pobre mujer, estaba abrigada como para ir a Siberia, en pleno verano. La chica que mandaron del diario nunca en su vida había salido de Mendoza. Imagínate a esa pueblerina en Moscú. Tuve que organizarles todo: el hotel, la compra de ropa de verano, todo. Al final se quedaron en el hotel sin salir, del susto que tenían.

No ha pasado ni media hora desde que llegó, pero Silvia se levanta y me dice:

—Muy ricas las empanadas y el vino, pero yo voy a irme. Si me quedo aquí un rato más ¡lo mato!

Cuando llegamos a la puerta de entrada, Silvia me dice:

—Disculpá mi arrebato. Pero es más fuerte que yo.

Y cuando vuelvo a la mesa Katia, muy seria, se levanta y dice:

—Nosotros también nos vamos. Dejamos a la nena al cuidado de mi madre y pronto sale el último Metro. Tenemos una hora de viaje hasta casa.

*

Un mañana cruzaba el puente sobre el río Maskvá hasta el Gorki Park. En una especie de Luna Park astronómico habían construido simuladores de vuelo, centrifugadoras espaciales y cápsulas donde se podía experimentar la falta de gravedad. De una nave en tamaño natural salían, en todas las direcciones, brazos metálicos articulados con cápsulas individuales.

Bajo la nave plateada me pareció reconocer a Katia, la mujer de Pablo, sentada junto a una nena de cuatro o cinco años. Se las veía muy serias, concentradas, mirando hacia arriba. Levanté la vista y entonces lo vi, vestido con un traje blanco de cosmonauta, en una de las cápsulas sin

gravedad que se sacudía hacia arriba y hacia abajo por la acción de los brazos articulados. Era él, Pablo, el mendocino que soñaba con viajar a la Luna, practicando para futuros viajes espaciales, mientras las rusas vigilaban celosamente su vuelo de astronauta.

MOSCÚ NO CREE EN LÁGRIMAS

El sonido intermitente de un timbre llega de lejos, desde el horizonte de la playa extensa, del paisaje sonoro. A cada lado de la línea del mar hay agua, un mar sin límites. Estoy en el borde, pero no me caigo. Veo el paisaje ensancharse y me veo por fuera, pero el eco del timbre interrumpe la tranquilidad de las olas y rebota, rebota.

Abro los ojos.

Las imágenes de la playa se diluyen, ahora es sólo el ruido del timbre, ahora es el pasillo que se llena con el ruido del timbre.

En el despertador son las diez de la mañana. No espero a nadie a esta hora. Moscú está del otro lado de la puerta, de la reja, allá al fondo del pasillo. Me digo que no tengo por qué levantarme. Nunca nadie toca el timbre de mi casa sin avisar, no a esta hora. Me levanto. Camino por el pasillo, una nube blanca está suspendida sobre mi cabeza.

En el baño me pongo los lentes de contacto y miro una vez más hacia el pasillo: la nube sigue ahí y el timbre sigue sonando. Camino hasta la entrada, abro la reja que hizo instalar la dueña de casa, una paranoica que cree que la persiguen los servicios secretos y los mafiosos de Moscú, abro la puerta de madera con las dos cerraduras de seguridad. Uno de los obreros que trabaja en la renovación del departamento de al lado está parado en la puerta; detrás de él, una nube igual de blanca como la de mi pasillo sube por las escaleras. El obrero me dice, divertido:

—*Pashar* -y se va, desaparece en el departamento vecino.

Una voz interior me dice que *pashar* significa ‘incendio’, aunque nunca antes escuché esa palabra.

Camino de vuelta por el pasillo hacia el escritorio y con la mano temblando marco el número de la oficina. La voz de Sasha dice:

—Agencia de Prensa alemana, diga.

—Sash -le pregunto sin presentarme-, ¿qué significa *pashar*?

—*Pashar*, en ruso, significa ‘incendio’, Lili.

—Me imaginaba.

—¿Por qué me lo preguntas?

—Hay un incendio en el edificio.

Silencio. Después Sasha me dice, con voz nerviosa:

—¡Tranquila! Ante todo: ¡guardar la calma!

Quiero un café, quiero volver a la cama, a mi sueño, que todo siga como antes. Pero mi cabeza ya está haciendo la lista de lo imprescindible, lo que debería guardar sin falta en la mochila:

pasaportes, las fotos de mi madre, los papeles del doctorado.

—Poné todo lo de valor en un bolso y ya mismo te vas del edificio -me dice Sasha-. Ya mismo llamo a los bomberos. Antes de media hora estoy en tu casa.

—Gracias, Sash.

Sé que no debo perder tiempo, no tengo muchas ganas de salir a la calle, al frío, a la llovizna helada de octubre. Me digo en voz alta:

—Tranquila. Estoy tranquila.

Me visto, guardo todo en la mochila, paso por el baño para buscar toallitas y voy a la cocina. El corazón me late como un tambor, acelerado. Preparo mecánicamente la cafetera. Enciendo el fuego con la perilla eléctrica y se prende la llama. Todavía hay gas en las cañerías. O los rusos están locos o el incendio no puede ser tan grave. Sé que es una locura estar haciendo café, pero sin café y sin los labios pintados nunca salgo a la calle. Corro al baño y me pinto los labios. Después vuelvo a la cocina, apago la hornalla y cierro la llave de paso. El café es delicioso. Sobre la mesa de la cocina está el paquete de tabaco que también meto en la mochila. Qué pocas cosas son realmente importantes.

Cuando salgo al pasillo del séptimo piso escucho el ruido del ascensor, que está andando. Bajo corriendo dos pisos por la escalera y en el descanso del quinto veo a mis vecinos en pijama o camisón, observando cómo dos bomberos grandes como roperos hacen palanca con un fierro entre las puertas blindadas y acolchadas de un departamento. Tienen las caras rojas del esfuerzo. Y entonces, justo en el momento cuando trato de pasar entre los vecinos para seguir por la escalera hacia la calle, la puerta blindada se dobla con la fuerza de la palanca y se deforma haciendo una curva, los bomberos bajan las puertas con una patada y una ola de calor nos llega hasta el pasillo y nos calienta la cara. Los bomberos gritan, los dos al mismo tiempo:

—*Dabái!!!*

—¡Ah! -gritan los vecinos tapándose la boca con las manos.

Un paisaje anaranjado ondula ante nuestros ojos como una cortina al viento. Es el fuego, que con la presión del aire frío del pasillo baila un baile a ritmo frenético. Se escucha el ruido de maderas que se resquebrajan como leños en una chimenea y entonces, otra vez: "*Dabái!*". La gente se hace a un lado y los bomberos con caras de locos entran al infierno en llamas con sus mangueras. Sigo de largo y un rellano más abajo me choco con dos bomberos igual de grandotes que suben con más mangueras y con hachas que cuelgan de los cinturones de cuero.

Espuma blanca chorrea por los escalones. Apoyo bien las botas para no caerme. Bendigo el hecho de que los escalones sean tan bajos, las pedadas tan anchas. Moscú es una ciudad que -en gran parte- sigue estando construida en madera. Las fachadas son de ladrillo, pero las divisiones internas son tabiques de yeso armado con tablillas de madera y rellenos de paja, ideales para que se propague el fuego. Lo sé porque los obreros de al lado despellejaron varios tabiques, tiraron montones de paredes abajo y hasta hicieron un agujero en la pared que da a mi baño, sobre el inodoro. Antes los bomberos tiraban abajo todas las casitas de madera que estaban cerca o alrededor del incendio para impedir que se propagara el fuego y desde esa época las hachas son parte de sus uniformes.

Apuro el paso y en el palier del segundo piso siento los pasos de más bomberos que retumban en los escalones. Me hago a un lado para dejarlos pasar. Llevan uniformes azules. En la espalda una leyenda dice: NEW YORK FIRE POLICE. ¿Qué hacen los bomberos rusos con uniformes de los bomberos de Nueva York? Algo me dice que se trata de donaciones. O quizás esto también es

una pesadilla.

Al fin llego a la planta baja. La vereda y la calle están llenas de espuma. blanca Hay tres camiones cisterna y un bombero que ordena los rollos de las mangueras. Cruzo a la vereda de enfrente y me quedo ahí, parada, con la mochila a mi espalda. Levanto la vista y veo humo negro que sale desde la ventana del quinto piso. Mi apartamento está del otro lado, en el ala que mira al río, todavía a salvo. Ahí, en el séptimo piso están en mis cosas, mis libros, la tesis a medio trabajar en la computadora.

Sirenas. Un camión rojo brillante entra en contramano por la calle Ostóshenka en el Ftarói Obidénski Pereúlok donde vivo, donde hasta hace unos minutos vivía. Me quedo un rato mirando a la nueva dotación de bomberos que bajan del camión y entran al edificio. Con la excepción del bombero que ordena las mangueras soy la única que está en la calle.

Empiezo a sentir frío y me vienen ganas de fumar. Para hacer tiempo, armo un cigarrillo. Pero cuando lo quiero encender, me doy cuenta de que no tengo fuego. Olvidé los fósforos en la mesada de la cocina. Me acuerdo de que en ruso fósforo se dice *spíchki*. Hoy parece que entiendo todas las palabras, será que las situaciones extremas me agudizan la parte del cerebro que se ocupa de la gramática. Tengo que comprar *spíchki*, pero no hay cafés, ni kioskos, ni almacenes a doscientos metros a la redonda, sólo la iglesia con las abuelitas prendiendo velas y el bombero que ordena las mangueras. ¿Y si le pido fuego?

Una lluvia fina y fría cae sobre mi cabeza como cristales rotos. El auto de la redacción dobla por la esquina de la iglesia y segundos más tarde Sasha viene hacia mí caminando tranquilo. Me saluda como si nada y se queda parado al lado mío.

—Ya le avisé a Jan. Está en una conferencia de prensa. Vendrá ni bien termine.

—Sash -le digo, mostrándole el cigarrillo-. ¿Tenés fuego?

—Sabés que no fumo, Lili.

Miramos hacia arriba. Le señalo con la cabeza nuestro departamento, del que ahora sale una columna de humo gris oscuro.

—¿No es para largarse a llorar, Sash?

Sasha me mira y con su tranquilidad de siempre, me dice:

—Ah, querida Lílichka: Moscú no cree en lágrimas.

SEGUNDA PARTE: EN EL KUTÚSOWSKI PROSPEKT

LA IDEA DEL FRÍO

Veintisiete grados bajo cero. Leo el número con el menos adelante en la pantalla eléctrica frente al McDonald's, en la plaza Púshkinskaya. VEINTISIETE-GRADOS-BAJO-CERO, repite mi cabeza y convierte el número en palabras, las palabras no llegan a convertirse en concepto, no puedo hacerme una idea de tanto frío en mi cabeza, no sé qué parte de mi cabeza está aún en funcionamiento bajo estas condiciones extremas. Mi cabeza: no hay gorro ni abrigo que la abrigue de este frío que es materia, porque el aire a esta temperatura se convierte en materia pura, en algo que abraza con cientos de brazos de manos heladas, manos diminutas que se pegan a la cara, a los resquicios donde la lana, la tela, el cuero, la piel de algún animal convertida en gamulán no llega, no cubre. Soy un oso abrigado entre cientos de osos que a esta hora de la mañana caminan por la calle a ritmo de película en cámara lenta, de tarjeta postal navideña. A esta temperatura los rusos son más rusos y lo festejan con silencio, un silencio conforme, la constatación de que así debe ser, de que nada es seguro en esta vida salvo el invierno, que viene una y otra vez para recordar que el frío es ancestral a Rusia, que el mundo está en orden cuando la pantalla frente al McDonald's anuncia que la temperatura superó los veinte grados bajo cero, el límite a partir del cual los rusos se atreven a decir que hace frío. Hay más de cuarenta expresiones para definir la nieve en ruso, pero para el frío hay una sola. *Jóladna*, afirman con un movimiento de la cabeza. El idioma es menos exclamativo, es más directo. *Jóladna*, que puede traducirse como: ES frío, HAY frío, o simplemente frío. *Jóladna*, afirmación y después silencio.

Camino entre desconocidos que no se miran entre sí porque miran para adentro, como si el aire helado de la calle fuera el preámbulo de una misa, la ceremonia de ser rusos. Es frío este día después de la clase de ruso, hay frío mientras camino sobre una masa de hielo hacia la parada del tranvía, el crujido de la nieve bajo mis botas: botas de cuero revestidas interiormente con piel de oveja, medias de lana tres cuartos, medias bombacha, camiseta térmica, remera de lana, pullover, abrigo de cuero y piel, bufanda, gorro y orejera de polar. Debajo de todo eso estoy yo. No puedo dejar de sentirme un sándwich puro pan, soy el poco fiambre que queda de esa cosa en la que me convertí cuando vine a vivir a este país, a esta ciudad que con la primera nevada se transforma en un pueblo de calles sin asfalto, con veredas que son túneles entre montañas de nieve, cuando el aire es una masa en silencio y nadie habla en la calle. El único sonido es el chirrido del tranvía al hacer la curva, el freno, la gente que sube en silencio como en una procesión.

Hay lugar y asiento para todos en este día de invierno cuando el mundo está en orden, donde no hay borrachos, ni olores, ni calles sucias, grises calles de asfalto tirado como por olvido, un asfalto ahora inexistente bajo el manto de nieve, lo único que parece crear aquí un orden natural. Alientos de frío salen de las bocas de otros pasajeros, de mi boca, vapores de calor que se

condensan en el aire suben desde los kioscos de la plaza, de las chimeneas de las casas, como otros alientos de otras bocas, un concierto silencioso de vapores. Todo respira frío y tranquilidad esta mañana, la gente y las casas, los árboles y los objetos, todos y cada uno protagonistas del mismo aire.

Estoy sentada junto a la ventana, el tranvía avanza muy lentamente, como con cuidado, un cuidado nuevo, insólito. Los edificios bajo el cielo azul límpido parecen aún más limpios, contentos, sonrientes las ventanas reflejando el sol, que hace resaltar las superficies blancas, porque todo lo que está quieto es blanco. Siento calor en la cara, el sol entibia mi piel, es una caricia cálida en medio de tanto frío. Cierro los ojos.

Y cuando los abro, estoy en otro mundo, un mundo que es este mismo pero en otra escala, una escala aumentada de la realidad o enajenada por la irrealidad, porque empezó a nevar y los copos en el aire iluminado se separan en mínimas partículas que quedan suspendidas en el espacio, como el polvo en el reflejo del sol en una mañana de verano. Pero no es polvo, son partículas minúsculas de hielo perfectamente reconocibles, se acercan como ínfimos platos voladores, chocan contra el vidrio y desaparecen en puntos que no llegan a ser gotas. Me arrimo a la ventana y los miro de cerca, suspendidos ingravidos en el aire. Y entonces, aunque no pueda creer lo que ven mis ojos, los veo: son dibujos de nieve, uno, dos, cuatro, se multiplican y flotan sin peso en la masa fría y luminosa. Cada uno es un dibujo diferente, son infinitas las formas, son simétricas, translúcidas, cerradas en sí mismas, perfectas, tienen una vida que no dura nada, pero hasta la nada dura más tiempo en esta mañana bajo el sol de Moscú. Los veo y quisiera jugar con ellos, hacer dibujos en el aire, flores de hielo en la ventana, combinaciones de mandalas rusas, ornamentos orientales sin principio ni fin.

Pero me quedo sentada en mi asiento y no hago nada. Todo sigue igual, cada uno está en lo suyo: la abuelita con sus dos bolsos llenos de botellas de cerveza vacías dormita en su asiento individual, un hombre con un gorro de piel como un zorrino tiene la vista fija en un punto frente a él, una chica sonríe mientras lee un libro. El conductor, arropado con un abrigo grueso de guata azul, cambia la velocidad. Quiero decirles que miren los dibujos, es un espectáculo para los ojos, sólo hay que acercarse un poco. Pero no digo nada. Entonces, veo que soy la única que repara en ellos, quizás me fue otorgado por un rato el don de ver como a través de un lente especial, de meterme en una dimensión diferente. Entiendo y sonrío. Sé que es un regalo, un mensaje, un misterio. Y lo agradezco en silencio.

UNA PARED EN MOSCÚ

Jan mete la llave en la cerradura, la destraba con dos vueltas en la dirección del reloj, apoya su mano derecha sobre el pomo y con la izquierda le da un empujoncito a la puerta hasta abrirla del todo. Después se pone firme a un costado del marco, hace un gesto exagerado con el brazo, mezcla de director de ceremonias y mago que está a punto de sacar el conejo de una galera imaginaria y me dice, con voz triunfal:

—Ta tan ta taaan... ¡Bienvenida a la cueva somalí!

Entramos. Abro mucho los ojos para acostumbrarme a la oscuridad: un pasillo angosto de paredes empapeladas con un dibujo que semeja un muro de ladrillo a la vista, el papel despegado en las esquinas, restos de grasa en los marcos de las puertas, en las puertas, en los muebles de la cocina, en todo lo que es de madera. No está conectada la electricidad y el efecto de cueva del pasillo se intensifica con el olor a pescado frito, ahumado o desecado durante años, que permanece en el aire. Caminamos sobre una alfombra que alguna vez fue roja, que alguna vez quiso estar a juego con el color del ladrillo artificial de las paredes, caminamos hasta llegar a algo que podría llamarse cocina, pero que responde más a la idea que uno tiene de fogón, las paredes quemadas de hollín. Aquí vivieron tres familias somalíes, cada una con diez u once hijos, más los abuelos, los invitados y los conocidos. ¿Cuántas personas habrán dormido y comido aquí en total? ¿Treinta, cuarenta? Treinta o cuarenta personas en un departamento de tres ambientes dejan huellas.

Jan me mira un poco asustado, pero todavía hay esperanza en sus ojos. Miro el espacio, tratando de abstraerme de las paredes, de los colores, del olor, de una cucaracha inmensa que corre para esconderse debajo del mueble de la cocina, espantada con nuestra presencia. Miro y en mi cabeza se dibuja un plano. Entre la cocina y uno de los dormitorios hay un tabique fino, de apenas 10 centímetros de espesor. Se puede sacar y reemplazar por otro, corriéndolo para ampliar la cocina. La pared y la puerta de la cocina vuelan y ya está, el resto es limpieza y puesto a nuevo.

Del otro lado de la ventana de la cocina está el imponente edificio del hotel Ukraína, con sus torres coronadas por estrellas soviéticas, la torre principal desdibujada por una nube baja. En el Kutúsovski Prospekt, la avenida de doce carriles, corren los autos como en la corriente de un río. Y más allá está el puente, el río Maskvá que hace una curva. Justo en este momento el sol sale de las nubes y se refleja en el agua congelada, el cielo se tiñe de un rosa que se expande y unifica todo, como en una postal photoshopeada.

—¿Y? ¿Qué te parece? -me pregunta Jan.

Me doy vuelta y lo veo, con el paquete de cigarrillos en una mano, la otra en el bolsillo de la campera saca los *spíchki*. Prende el cigarrillo y el aroma a tabaco tapa el olor a pescado. Y como

aquella vez en Hamburgo cuando llegó a casa y de mi respuesta dependía si nos mudábamos a Moscú, ya sé que sí. Pero me doy tiempo. Quiero ver el resto del departamento.

El living es grande y da al patio con cientos de autos estacionados. Es el mismo patio al que da la oficina, que queda a menos de un minuto de distancia a pie. En el living hay suficiente lugar para los diecisiete brotes de jacarandá y palo borracho que crecieron de las semillas que traje de Buenos Aires.

Otra habitación mira hacia el mismo patio. Jan me dice que la puedo usar de escritorio. El dormitorio es cuadrado y está pegado a la cocina, también tiene vista al Kutu.

—Está bien -digo.

Jan me mira sorprendido y contento.

—¿En serio?

Le sonrío.

—Si te gusta firmamos hoy mismo el contrato. Los del Ministerio del Interior me prometieron una renovación a fondo.

—¿Se podrán conseguir los planos?

—Claro. ¿En serio te gusta?

—Es mucho mejor que vivir en un campamento incendiado.

Jan me abraza, me aprieta fuerte y me levanta en el aire hasta que mis botas quedan también en el aire, a medio metro del piso. Así, abrazados, nos miramos durante un rato en silencio. Ninguno de los dos se anima a poner en palabras nuestro fracaso, nuestra ingenua ilusión de haber intentado vivir “entre rusos”.

Desde el incendio, buscar otro piso se convirtió en una cuestión de supervivencia. Las paredes de nuestro departamento no llegaron a incendiarse, ni se llenaron de hollín como en los pisos de más abajo, pero el olor a quemado impregnaba todo. Para ventilar las habitaciones había que mantener abiertas las ventanas durante semanas, a pesar del frío; el ascensor dejó de funcionar definitivamente y la escalera se llenó de muebles en gran parte quemados. Evguenia, la dueña del piso, había bajado el alquiler, pero seguía siendo excesivamente caro. Lo único que hizo para remediar la situación fue venir un día con agua bendita -aunque es judía- y bendecir cada una de las habitaciones.

Nos dieron el plano del nuevo piso. El propietario es el mismísimo Ministerio del Interior de la Federación Rusa y el ingeniero Ivánov es el encargado de hacer el *remont*, como llaman a todo reciclaje en ruso. El edificio es una construcción de la época de Stalin y hay que respetar la distribución de los espacios. Cuando tuve listo el plano, se lo llevamos al ingeniero Ivánov. El hombre lo miró. Preguntó:

—¿Tirar un tabique para volverlo a construir a setenta y cinco centímetros de distancia? ¿Nada más?

—Nada más -le dije.

Ivánov levantó los brazos y después, sonriendo, nos dio la mano.

—Hecho. Mañana mismo empezamos la obra. Así se mudan cuanto antes.

La obra duró tres semanas y la pintura llevó una semana más. Fuimos a visitar el piso terminado. Me interesaba ver si el sol de la mañana llegaba desde la ventana del living hasta la cocina. El ingeniero nos recibió entusiasmado.

—¡Qué maravilla! -me dijo el ingeniero-. ¡Mire la luz que entra por todos lados! Y pensar que

son sólo setenta y cinco centímetros y un tramo de tabique menos.

El ingeniero se me acercó y me preguntó en voz baja:

—¿No va a registrar su diseño?

—¿Registrarlo? ¡No! ¿Con qué fin?

—¿Me permite que le robe la idea?

—Por favor. ¡Son sólo setenta y cinco centímetros!

—¡Fantástico! -me dijo-. Tengo unos cinco mil pisos con el mismo plano, ¡y nunca antes había llegado el sol a la cocina!

ESTO ES RUSIA

Vivimos en un gueto de extranjeros, mis vecinos son de la India y hasta aquí llega el aroma de su cocina de *currys* y pimientos. Los noruegos del otro ala del edificio dejan cada día tres botellas de vodka vacías en el piso del pasillo y en el ascensor se escucha italiano y sueco, turco y hebreo.

La ventana del living da a un patio con cientos de autos estacionados. Las alarmas suenan a cada rato y los chicos turcos del edificio aprovechan para subirse a los capots y hacer más barullo todavía. El cielo sobre el patio es un rectángulo cortado con tijeras desafiladas y apenas hay árboles. Me gusta más la vista desde la ventana de la cocina, que da a la avenida Kutúsovski. El cielo es mucho más amplio que el del patio, abarca todo el horizonte. Cada tarde el sol se esconde detrás de las torres del Hotel Ukraína, dejando su rastro amarillo sobre el agua congelada del río Maskvá, se despide de Moscú tiñendo las ventanas de reflejos color ámbar. El hotel Ukraína es uno de los siete monumentos de Stalin, una pirámide del siglo veinte, justo enfrente de mi casa.

Cada mañana escucho las sirenas de los autos que llevan al presidente ruso desde su residencia en las afueras de la ciudad hasta el Kremlin. Unos minutos antes de que pase la comitiva despejan la avenida de doce carriles, se hace un silencio y después vienen ellos, los que todo manejan, los dueños y señores de Rusia. La avenida es ancha y en este tramo no hay semáforos que interrumpan la corriente del tránsito, los peatones la cruzan por abajo, por los túneles donde viven los linyeras o un borracho toca la guitarra. Nadie se para a mirarlos, alguno les tira una moneda: los moscovitas son desconfiados y caminan rápido.

La avenida es tan ancha que sobre ella podrían aterrizar aviones. Stalin mandó a construir este *Prospékt*^[5] en los años treinta, para que el Ejército Rojo pudiera entrar a la ciudad en caso de ocupación o sublevaciones. Esta misma avenida estuvo una vez poblada de gente y de tanques, cuando las milicias bombardearon el edificio blanco de la Duma, el parlamento ruso, que también se alcanza a ver desde mi ventana. Dicen que todavía se notan las huellas de los tanques sobre el asfalto, pero nunca me animé a ir más allá de la vereda para comprobarlo.

Vivimos en el séptimo piso y a pesar de que las ventanas son de doble vidrio se escucha el murmullo permanente del tránsito, que sólo cambia de tono cuando llueve o cae la nieve. Por esos doce carriles pasa la vida, sucede la historia y de vez en cuando, también asoma la muerte. En el medio de la avenida hay un carril extra, es la vía rápida para los nuevos ricos, la mafia y los locos. Y para las ambulancias que, de vez en cuando, vienen a buscar a los accidentados. Pero en estos días fríos entre el año nuevo y la navidad rusa -que se celebra el siete de enero- todo está tranquilo. El presidente y las mafias están de vacaciones y los locos salen recién por la noche.

El ruido a locomotora vieja de la cafetera se mezcla con el murmullo silencioso de la calle. Me sirvo un café y me apoyo en la ventana sobre el Kutu. Afuera hace frío, temperaturas bajo

cero, el agua del río es una superficie blanca, pero no hay nieve en el aire. Dos columnas de vapor suben perezosas desde las chimeneas de las fábricas y se convierten en nubes de hielo. Es un enero helado y gris, sin nieve. Un invierno de freezer.

En Moscú la naturaleza está domada. Cuando celebran un acto público importante, un primero u ocho de mayo (el día de la Victoria) se decreta la “prohibición de la nieve”. En aviones especiales, los técnicos del Comité Estatal de Hidrometeorología y Control del Medio Ambiente inyectan iodos de plata y hielo seco en las formaciones de nubes alrededor de la ciudad, convirtiendo los estratos compuestos de las nubes en cristales de nieve e induciendo así su caída sobre el campo, liberando al cielo de Moscú de nubes y probables lluvias o nevadas, para que en los actos y las marchas del ejército la ciudad luzca un cielo azul límpido ideal para los fondos de las fotografías.

Camino con la taza de café en la mano hacia mi escritorio lleno de los libros de la tesis. Estoy en el pasillo cuando escucho un golpe, un choque de metales. Otro accidente de autos.

Sigo de largo hacia el escritorio, asombrada de mi fría reacción, mi nueva piel gruesa de moscovita. Y cuando estoy por sentarme al escritorio, escucho sirenas. Entonces sí, vuelvo a la cocina y me acerco a la ventana: en el medio del Kutu hay dos ambulancias, un auto de la policía y una grúa que se lleva dos autos con los capots completamente abollados. Fue un choque frontal y al parecer hay muertos.

La grúa se va, también las ambulancias y la policía. El tránsito vuelve a su ritmo habitual. Pero algo me llama la atención allá abajo. Me acerco más al vidrio de la ventana y lo veo, en la vereda frente a mi edificio: se han olvidado un muerto.

Hay un muerto en la vereda, ¿cómo es posible? Intento volver a mi trabajo, pero no puedo dejar de pensar en ese cuerpo desconocido que yace ahí abajo. Está solo, a la intemperie, ni siquiera lo han tapado con una manta.

Llamo a la redacción. Me atiende Sasha:

—¡Sash! ¡Hay un muerto en la vereda!

—Cómo un muerto -me pregunta Sasha sin signos de interrogación.

Así habla él, con tono cansado, como si la curiosidad o el asombro no tuviera cabida en su vida de periodista, de ruso acostumbrado a todo, a las calamidades de la política y a los problemas de todos los días.

—Hubo un accidente, vinieron con dos ambulancias -le explico- ¡pero dejaron un muerto!

—No hay que preocuparse -me tranquiliza Sasha-. Si está muerto no va a notar nada.

—Sash -le digo-, no se puede dejar un muerto en la vereda solo, sin custodia ni nada.

—¿Está cubierto con algo? -me pregunta.

Me arrimo otra vez contra el vidrio. Alguien puso un pañuelo sobre su cara.

—Hay que conseguir una manta, llamar a la policía, que manden otra ambulancia.

—Seguro era un mafioso. Al fin descansará en paz -dice Sasha, que odia a los nuevos ricos. Me imagino ahora a Sasha santiguándose cinco veces, a la manera ortodoxa.

—Pero ¿y la gente que pasa? ¡No pueden dejarlo ahí! -insisto.

Se hace un silencio al otro lado de la línea.

—Ahora llamo -dice Sasha-. Si eso te tranquiliza.

Hace unos días, unos campesinos dejaron un caballo muerto en la misma vereda. Pasó toda la noche a la intemperie y por la mañana, cuando me asomé para mirar, sólo quedaba la cabeza. Pero

el muerto, por más mafioso que haya sido en vida, es un ser humano.

Me quedo cerca de la ventana. El cuerpo sigue ahí, el pañuelo sobre la cara se voló con el viento. Suena el teléfono.

—Habla Sasha.

—¿Pudiste averiguar algo? -le pregunto.

—Las ambulancias pueden llevar hasta dos accidentados. O dos muertos. Hubo cinco. No hay más ambulancias por hoy. Es feriado.

—Pero...

—Te digo que no hay de qué preocuparse.

—Sasha. ¡Por ahí pasan niños!

Acostumbrado a mis exageraciones, a mis signos de admiración, Sasha me dice:

—Esto es Rusia, Lili.

“Esto es Rusia”. Cuando dicen esa frase no hay argumento que valga. Le agradezco el haberse molestado en llamar a la emergencia y cuelgo.

Por la vereda pasa una familia rusa: mamá, papá, nene y nena. Hoy es un día feriado, quizás salieron a dar un paseo o a comprar algo en el centro. Los cuatro se quedan mirando al muerto un rato y, después, siguen de largo.

LUDMILA Y EL CHE

Una garúa fina cae sin ganas, las gotas perezosas bailan en el aire y chocan contra mi cara. Espero bajo el alero del Cine Habana mientras los autos pasan a toda velocidad por el Prospekt Mira, salpicando la vereda con el caldo helado salpicando la vereda con el caldo helado de los charcos. No quiso darme su dirección por teléfono, me dijo en castellano perfecto con un leve acento ruso y clara dicción de profesora de idioma: “Tomas la línea roja del Metro hasta la Komsomólkaia. De ahí haces el cambio a la línea circular, hasta la estación Prospekt Mira. Subes las escaleras y doblas a la izquierda ¡sin cruzar la avenida! Verás el cartel del Cine Habana. Me esperas ahí. A las diez de la mañana”. Llegué diez minutos antes de las diez y me pregunto por qué me citó aquí, a la entrada de un cine cerrado, en una avenida desangelada, sin vida.

No hay un café ni nada que se le parezca a varios kilómetros a la redonda y si no fuera porque todo está húmedo me sentaría en los escalones de la entrada del cine. Pero en vez de ponerme cómoda me quedo parada, a la espera, con esa actitud tan rusa de intentar pasar desapercibida, no hablar, no moverse, no estar ni llamar la atención de nadie. Aunque la vereda esté vacía.

Prospekt Mira, dice el cartel. En ruso *Mir* significa ‘paz’ y también ‘mundo’. Avenida de la Paz o Avenida del Mundo. Pero el mundo parece estar bien lejos de aquí. Quizás me citó en este lugar para poder observarme de lejos, como en las películas de espías. Empiezo a divagar cuando veo a una mujer alta y rubia llegar caminando rápido por la vereda, el piloto de lluvia abierto, aleteando con el viento.

Nunca la he visto antes pero sé que es ella, Ludmila Makárova, la rusa que hace tres décadas conoció al Che Guevara.

La mujer se acerca, me da la mano y se presenta con el patronímico:

—Ludmila Alekséievna. Pero dime simplemente Lucía -me dice en español, con un tono más suave.

Me gustaría presentarme como los rusos: Liliana Mijaílovna, le diría. O mejor: Liliana Mijaílovna Ángelovna, ya que mi padre se llama Miguel Ángel. En alguna ocasión me presentaron como Liliana (que es un nombre de origen eslavo) Villánovna. Pero a Ludmila le digo:

—Soy Lili -y pienso en lo bobo suena mi nombre al lado de los nombres rusos. Suena a nombre de puta francesa.

Caminamos en silencio por la ancha vereda. Doblamos hacia la izquierda por una calle con bloques de viviendas de diez pisos, sin puertas de acceso. Las entradas de los edificios de viviendas en Moscú por lo general no dan a la calle. Las entradas de las casas están siempre en los patios.

Entramos a un patio. Todo es marrón, gris o de color negro. Ludmila se disculpa por el estado

en que se encuentran el edificio y sobre todo el ascensor. Ludmila mira hacia delante, callada y seria. No conviene hablar fuera de los ámbitos privados; en la calle, en los patios y en lugares públicos los moscovitas se mantienen callados y anónimos. Si fuera posible, se convertirían en invisibles.

El apartamento está en el cuarto piso, detrás de una puerta acolchada y blindada contra robos. Colgamos los abrigos de los ganchos del pasillo y dejamos las botas húmedas sobre la alfombra de plástico. Ludmila me da unas pantuflas finas bordadas con flores, orientales. Cuando uno entra en un departamento ruso tiene que dejar los zapatos en la entrada para no ensuciar pisos y la alfombra con la sopa sucia de la calle. Los rusos tienen colecciones de pantuflas de todo tipo que convierten a uno en un ser doméstico, amaestrado. Con las botas, uno deja algo de su individualidad en la entrada de las casas.

Al fondo del pasillo se abre una puerta. Un hombre delgado, algo mayor que Ludmila, se toma una mano con la otra, como disculpándose de su presencia. No dice nada, espera a que Ludmila lo presente.

—Mítia, mi marido -dice ella, extiende el brazo en su dirección y lo deja suspendido en el aire, sin fuerza, como si me estuviera señalando a su gato.

Le da un par de órdenes rápidas en ruso:

—Prepáranos un té. Y algo para acompañar. Hay *piragúí*. Segundo estante en la heladera.

Entramos al living y nos sentamos a una mesa con un mantel de flores y un arreglo floral en el centro, frente a una alfombra con motivos de flores que cuelga de la pared. Saco el grabador y mi block de notas. Es el aniversario de la muerte del Che Guevara y cualquier información sobre él es bien recibida en el servicio español. Igor fue quien me habló de ella, de ‘la Makárova’, me contó que Ludmila fue la ‘traductora’ del Che cuando él estuvo de visita en Moscú.

Ludmila habla sin esperar mis preguntas, como si estuviera acostumbrada a las entrevistas.

—Tienes que saber que a las muchachas no nos dejaban ni acercarnos al Che. Y debes entender que yo no fui la traductora oficial de Ernesto Guevara. El traductor oficial estaba enfermo y me pidieron a mí que lo reemplazara. Él vino a Moscú en calidad de ministro de Industria y Agricultura, para importar máquinas a Cuba. Fue en el año 1963. Yo estuve sólo algunas horas con él.

Sólo unas horas hace más de treinta años. Anoto la fecha en mi block, Ludmila apenas conoció al Che y yo tengo que hacer una nota con eso, una nota que tiene que estar lista para hoy a la noche.

Me da la sensación de que estoy en el lugar equivocado, con la persona equivocada, con las pantuflas equivocadas. Quizás debería disculparme, llamar a la redacción y pedirle a Sasha que me organice un encuentro con el traductor oficial del Che Guevara.

Como si me leyera el pensamiento, Ludmila dice:

—No creo que puedas hablar con su traductor oficial. Él es, bueno, era... miembro del Partido.

Mítia entra en la habitación con una bandeja. Deja una tetera y las tazas de té sobre la mesa. También apoya un plato con *piragúí*, las empanaditas rusas con más masa que relleno. Temo que mi entrevista también va a tener más masa que relleno.

Ludmila sirve té y dice:

—Voy a mostrarte el álbum de fotos.

Entonces pienso que cualquier foto inédita del Che Guevara puede ser interesante. Pero en el álbum no hay ni una foto del Che. En la primera página se la ve a Ludmila mucho más joven con ropa muy colorida, con vestidos de telas estampadas con flores grandes, posando en algún país soleado. Parecen fotos de vacaciones en el Caribe, si no fuera porque Fidel Castro abraza a una Ludmila joven y bella, el pelo rubio alto como una corona brillante sobre la cabeza. A su izquierda está Raúl Castro.

Ludmila tapa la foto con una mano y se disculpa, coqueta:

—Estaba un poco gorda.

Hay muchas fotos de Raúl Castro. Para volver al tema le pregunto por el Che. Ludmila me explica:

—El Che era inalcanzable. A las muchachas no nos dejaban ni acercarnos a él. Pero yo tuve mucha suerte. Fue una gran experiencia. En la *Pravda* y en todos los periódicos de Rusia anunciaron con letras enormes: EL CHE EN MOSCÚ. Yo llamé al periódico para decirles que no se llamaba Che, que su nombre era Ernesto Guevara. Pero no me hicieron caso. Todos lo llamaban así. Yo era muy joven, tenía poca experiencia en encuentros internacionales. El Che era muy serio, muy sencillo. No le gustaba llamar la atención. En las conferencias se sentaba siempre en la última fila, a un costado. No hacía discursos, solamente si se lo pedían. Él siempre estaba tomando apuntes. Escuchaba antes de hablar. Una vez, en el estadio Lúshniki, se enteraron de su presencia y todos empezaron a aplaudir, miles y miles de personas se levantaron para aplaudirlo. Fue impresionante. Eran otras épocas. Era un hombre hermoso, realmente. Las rusas estaban locas por él. Aunque no era muy alto. ¡Yo le llevaba una cabeza! Y, como te dije, no hablaba mucho. Yo creo que temía contactos con mujeres.

En el álbum sólo hay fotografías de Cuba. Nada, ni una imagen del Che. Ni siquiera una foto del periódico.

—El Che era fácil de traducir. No como los cubanos, con ese hablar cruzado que tienen ellos. Su castellano era correcto, práctico. En 1964 viajé por primera vez a Cuba con la delegación soviética. En una reunión estaban presentes Fidel y Raúl Castro. Yo debía traducir lo que decía Raúl. Estaba tan nerviosa. Era muy joven. En la primera reunión, Raúl Castro hablaba y hablaba y la delegación rusa me miraba. Esperaban la traducción. Castro seguía hablando y yo no traducía. Yo no había entendido nada de lo que había dicho. Nunca antes había escuchado hablar en cubano. Me puse a llorar. Y cuando Raúl Castro me vio llorar, se acercó y me abrazó. Le expliqué que hablaba tan rápido que no le entendía y él me prometió que hablaría más claro. Lo intentó, pero para mí fue un bochorno. Los soviéticos no querían quedar mal ante los cubanos. Pero los cubanos no son tan formales. Al final, todo salió bien. No sé cómo, pero terminé entendiéndoles. Mira, aquí en esta foto estoy yo.

Se la ve espléndida. Ludmila sonrío.

—Fueron pocas horas las que trabajé con el Che. Pero fueron horas inolvidables. Llenas de emoción. Al otro día el intérprete oficial ya se había recuperado. Yo creo que el propio Che no quería que una rusa estuviera tan cerca. Ahora doy clases de español. Es terrible, pero la mayoría de mis alumnos no sabe quién fue el Che. No les enseñan en la escuela. Pero yo les cuento. Aunque a ellos no les interese. Estos muchachos de ahora están siempre pensando en otra cosa. Viven en otro mundo. Ya no les importa nada la solidaridad, la lucha. A veces me siento muy vieja. Muy cansada.

Tomamos té calladas. Me doy cuenta de que es el fin de la entrevista. Ludmila se levanta de la

silla, toma un libro de la biblioteca y me lo da. Es *El diario* del Che Guevara, en la primera edición cubana.

—Te lo presto, puedes guardarlo el tiempo que quieras.

Escribí la nota, que se publicó en varios periódicos de Latinoamérica. Pero como en muchas otras entrevistas, salí de la casa de Ludmila con un sentimiento de fracaso, pensando que ahí había otra historia, una historia de vida que ella no se atrevería nunca a contar a una periodista y que ningún diario estaría dispuesto a publicar.

NIEVE DE AYER

No hay nada más fresco, más puro que la nieve. Cuando cae por primera vez es una novedad y una sorpresa, dan ganas de salir a la calle, abrir la boca y atrapar los copos que se deshacen con el calor del cuerpo. Con esa primera nieve que chispea, centellea y brilla como el cristal, comienza la estación que en Rusia llaman el “invierno de diamante”, cuando llega el frío y ya no hay marcha atrás durante meses. Cuando nieva así, por primera vez, uno se vuelve otra vez un chico, dan ganas de jugar a tirar bolas de nieve y hacer muñecos con nariz de zanahoria, deslizarse en trineo por las montañas que se van juntando en las veredas y olvidarse por un rato de que es grande. Pero un día más tarde la nieve no asombra a nadie, cambia de color y se vuelve de un blanco esponjoso o gris, queda quieta y sucia en la vereda y pierde su consistencia de algodón para convertirse en hielo, del que hay que cuidarse para no caer. La novedad de ayer es ahora una molestia húmeda y peligrosa.

En alemán, a las noticias publicadas en los periódicos se las llama *Schnee von Gestern*, “nieve de ayer”. Desde que trabajo para una agencia de noticias soy consciente de que lo que produzco debe tener la consistencia de esa nieve primera: la agencia es el primer estadio de la noticia, donde se fabrica la nota desde la misma realidad, a través de entrevistas, conferencias de prensa o desde las agencias del país de origen. El periodista de una agencia de noticias es traductor, editor y, en el mejor de los casos, testigo directo de lo que pasa en el mundo.

Cuando me di cuenta del poder que tenía en mis manos, de que al teclear una oración estaba empezando a tejer un entramado de hilos llamado ‘cadena de información’ que llega a los cientos de clientes de la agencia y a los millones de lectores de los diarios de Latinoamérica y España, sentí vértigo. Al mismo tiempo, mi carnet de periodista me permitía hablar con quien quisiera y cada día me asombraba como la chica que ve nieve por primera vez.

Mi jefe en Buenos Aires me había dicho que podía escribir de todo, exceptuando política y economía. Me dediqué a los temas “coloridos” como el de unos pingüinos chilenos, las prostitutas de la avenida Tvérskaia o el boliche gay recién inaugurado en un antiguo centro de la Juventud Comunista donde cada noche dos bailarines semidesnudos bailaban una danza erótica en un acuario sin peces. Escribí sobre Ludmila, la ‘intérprete’ del Che, sobre Solshenitsyn e hice crónicas de mis viajes a Armenia y Georgia, a Uzbekistán y a Irán. Sobre la política armenia o iraní podía escribir, también sobre los refugiados de Abjacia en Tiflis y sobre Gori, la ciudad en Georgia donde nació Stalin, pero no podía escribir sobre política o economía rusas, algo que no me molestaba: en el océano de la tumultuosa Rusia, esa limitación era como nadar con el salvavidas puesto. Y sin embargo, también en los temas ‘menos serios’ de los que me ocupaba me sentía una impostora, con excepción del momento en que me sentaba a escribir. Cómo me habría

gustado haber conocido antes a María Esther Gilio, la gran dama del periodismo rioplatense. Fue María Esther la que me dijo la frase: “El periodismo tiene la extensión de un océano y la profundidad de un charco”.

Un día recibí un cable urgente de Buenos Aires: ***URGENTE*** MANDAR NOTA ECONOMÍA RUSIA.

En 1998 Rusia estaba sufriendo la peor crisis económica desde el derrumbe de la Unión Soviética. Los colegas en Buenos Aires y Madrid venían traduciendo y editando las noticias que enviaba el servicio alemán y el corresponsal inglés en Moscú y ahora querían nieve fresca, en español y con mi nombre, es decir, artículos de autor. En Rusia no había servicio español, yo iba a la oficina únicamente para teclear mis notas, visitar a Jan o buscar material del archivo. En los últimos tiempos, cuando estaban desbordados de trabajo, mis colegas alemanes me mandaban a las conferencias de prensa.

Sonó el teléfono de mi casa. Mi jefe -a quien no conocía personalmente- me pedía que escribiera una nota sobre la crisis económica rusa. El ministro de Economía argentino estaba volando a Moscú para integrar el gabinete de crisis junto a un norteamericano ex director del FMI y un experto alemán. Los tres se reunirían en Moscú para encontrar la fórmula que salvara a los rusos de la avalancha imparable que se les estaba viniendo encima desde que el rublo había perdido dos tercios de su valor de mercado, mil quinientos de los tres mil bancos rusos se habían declarado en quiebra y eso parecía ser sólo el principio.

El ministro argentino estaba llegando al día siguiente en la mañana de Moscú y la agencia quería tener información de primera mano. Eventualmente tendría que entrevistarlo.

Me negué.

—No sé nada de economía. Soy arquitecta -le dije.

—Dale. Vos vas a poder.

—No. Sería poco ético.

Se rio.

—¿A quién le importa la ética? Esto es periodismo.

—Pero...

—Margarita te va a enviar todo lo que necesites. Confío en vos.

Y el muy hijo de puta cortó.

Margarita Monastirski era una argentina de ascendencia rusa que siempre me hacía las devoluciones a mis notas y me enviaba la lista de “impactos” de prensa: guardaba los recortes de las notas más publicadas en los diarios de Latinoamérica en sobres que me mandaba con el correo interno de la agencia. A mí me gustaba la resonancia de los nombres: *El Sol* de Tampico, *El Excelsior* de México, el *Diario del Sur* de Colombia, *El Universal* de Panamá.

Fui corriendo a la agencia. Jan y Sasha ya sabían del llamado y me esperaban con los fax que Margarita había enviado desde Buenos Aires con la información de los diarios de Buenos Aires. Cuando vi la importancia que para los argentinos tenía que su ministro fuera invitado a “salvar a Rusia del caos”, sentí lo que debe sentir una vaca antes de entrar al matadero.

—No te preocupes -me tranquilizó Jan-. No es tan difícil. Si querés, te edito yo la nota.

Llevé el material a casa y me puse a trabajar. Cuando por la noche llegó Jan de la oficina, yo todavía no había empezado a escribir el texto. Tenía a mi favor la diferencia horaria, pero también pesaba sobre mi cabeza la presión de la espera: el inconsciente de mi jefe y Margarita estaban

esperando la nota hasta el cierre del servicio, para editarla en caso necesario.

Jan preparó la cenay me la trajo a mi mesa con una copa de vino. Me dijo que cuando terminara me traería otra copa. A las cuatro menos diez de la mañana (las once menos diez de la noche en Buenos Aires) tenía el artículo listo: un mix de metáforas al tono: ‘tormentas económicas’, ‘avalanchas sin control’, ‘el gigante ruso’ y otras expresiones horribles por el estilo, además de datos duros sacados de las agencias de noticias, citas de filósofos rusos: “los hijos de los nuevos ricos van a pensar que fueron sus padres los que inventaron el capitalismo”, algo de historia pos-soviética sobre ‘mafias criminales’ y “*sobornost*”, definiciones arriesgadas ‘el Zar de las finanzas’ y para cerrar ‘Moscú no cree en lágrimas’. Mandé el texto al servicio con la sensación de que estaba cometiendo un delito grave y me fui a dormir.

A la mañana siguiente me despertó la musiquita del teléfono. Era Jan.

—Voy a dejar mi trabajo de corresponsal.

—¡¿Qué?!

—Desde ahora vas a trabajar vos. Te leo lo que me escribe Hendrick, (el corresponsal alemán en Buenos Aires): “El artículo de tu mujer salió con nombre y apellido y las señas de la agencia en primera plana de *La Nación*, al lado de la caída de la bolsa de Wall Street. Nunca antes había sucedido algo así en la historia de la agencia. Te felicito”.

Reprimí la vergüenza, al tiempo que me molestó que no me llamara por mi nombren y que, encima, lo felicitara a él por mi texto.

Unos días más tarde, me llamaron desde París. Radio Francia Internacional necesitaba un nuevo corresponsal en Rusia.

—¿Yo? ¿Con esta voz de boluda? ¿Hablar por la radio? ¡Ni loca!

—Vamos a hacer una prueba -me dijo del otro lado el jefe del servicio español de *RFI*, un uruguayo. Me pedía corresponsalías sobre economía y política. De un minuto de duración.

—¿Un minuto? ¿No es muy poco?

Se rio.

—Un minuto en la radio es una barbaridad, ya vas a ver.

Muy pronto aprendí que un minuto es una carilla y media a doble espacio, línea más, línea menos. Acostumbrada a los textos largos, escribí más de dos carillas. En la prueba hablé muy rápido, para que entrara todo el texto en un minuto al aire.

El uruguayo se rio otra vez.

—El trabajo es tuyo. Pero tienes que hablar más pausado.

Hicimos otra prueba que anduvo mejor y que sacaron al aire en ese mismo momento. Yo no podía creer que fuera tan fácil. Volví a repetirle que yo no era periodista.

—Son destinos -me dijo mi nuevo jefe en París. Y otra vez escuché la frase-: Bienvenida al club.

Desde ese día empecé a chapotear en las aguas poco profundas del periodismo.

TOMATES DE CHERNÓBIL

Es de noche, la ventana es un rectángulo oscuro y hacia el marco se forman pequeñas flores de hielo. Escucho la llave en la puerta de entrada del departamento. Es Jan que llega de la oficina. Me saluda desde el pasillo, se saca las botas y se va a la cocina. Unos minutos más tarde llega hasta mi escritorio el olor a café recién hecho. Y un grito:

—¡No hay leche!

Escucho pasos que se acercan. Ahora la cabeza de Jan se refleja en el rectángulo oscuro de la ventana, con el fondo amarillo de la luz del pasillo. Vuelvo la vista a la pantalla desde donde me mira el texto de mi tesis, la frase por la mitad, el cursor brilla tintineando intermitente, exigiendo que la complete.

—No hay leche -repite Jan en voz baja, amenazante.

—Ajá.

Tecleo el resto de la frase que quedó en el aire, intentando no perder la concentración. Estoy cerrando un capítulo y no me gusta la conclusión: es repetitiva, explicativa y poco precisa.

—¿Me escuchaste?

Empujo mi silla de rueditas con el pie, giro ciento ochenta grados y me quedo mirándolo sin decirle nada. Es un momento crítico. Él espera que le diga algo, pero no se me ocurre qué. Repite:

—No hay leche en la heladera.

Me mira impaciente y mira su reloj. Yo miro de reojo en la pantalla de la computadora. Son las nueve y media de la noche. Se me fue el día: hice una corresponsalía para la radio, mandé el artículo sobre economía que me pidieron de la agencia y no terminé el capítulo de la tesis.

—No hay leche y ya cerró el supermercado -dice Jan, como si yo no lo supiera.

—Ya me lo dijiste. Ya sé.

Levanta los brazos al cielo:

—¡Estoy todo el santo día trabajando, llego a mi casa y no puedo tomar un café con leche!

—¿Por qué no tomás un vino?

Silencio. Piensa. Después suelta la verdad, como si un caudal de agua se desparramara entre los dos cuando él abre las compuertas:

—¡No tomo vino porque ni siquiera está la comida preparada!

—¿Qué comida?

Me mira como si estuviera loca.

—¿Qué comida? ¿Cómo qué comida? ¡La comida!

—Yo no tengo hambre -le digo, aunque sé que esa no es una explicación lógica.

—¡Pero yo sí! ¡Soy hombre! ¡Los hombres vienen con hambre del trabajo!

Estoy a punto de decirle: “Chocolate por la noticia”, pero me contengo y no le digo nada, porque me va a preguntar: “¿qué tiene que ver el chocolate con la noticia?”. Ahora su cara es la de un cavernícola hambriento que salió a cazar y volvió sin su presa. No se puede llamar al delivery de pizzas como en Berlín o en Buenos Aires, acá no hay delivery de pizza. Y desde la crisis económica, hacer compras es mucho más complicado, se tarda el doble y faltan productos. Me acuerdo de eso y me pongo de mal humor.

—Hacer compras en este país es un parto -le digo.

—¡Este país! ¡Este país! ¡Cuando no tenés argumentos porque no fuiste a comprar leche, le echás la culpa a Rusia!

—¿Y por qué tengo que ir a comprar leche? Yo no tomo leche. Y no me paso todo el ‘santo día’ pensando en la leche.

—Pero podrías pensar en mí -me dice con voz triste.

—Claro que pienso en vos, ¡pero no te relaciono con un sachet de leche! Además, se supone que tengo que concentrarme en mi tesis. Estoy once horas por día traduciendo el texto al alemán, vos mismo me insistís en que no deje las cosas por la mitad.

Jan se queda callado, mirando el piso, los brazos cayendo sin fuerza a los costados del cuerpo. Vencido, vuelve a la cocina. Intento terminar la frase que quedó pendiente pero ya sé que no podré lograrlo. ¿Por qué no se habrá casado con una chica de campo, con un ama de casa que lo espera cada noche con la comida lista, con cinco chicos de mejillas rosadas que gritan y saltan de contentos para que él, el padre y marido perfecto, los lleve a la cama?

Me levanto. Peso dos toneladas, aunque no comí nada en todo el día. Me arrastro hasta la cocina sin ganas. Jan está sentado a la mesa, su cuerpo también le pesa, la mano apoyada como una grúa inmóvil sobre la superficie de madera, al lado de una copa de vino tinto medio llena, medio vacía.

—Quería tomar un café con leche. Nada más que eso -me dice con toda la tristeza de la que parece ser capaz.

Saco una copa de la estantería y me sirvo un vino. Tengo la sensación -sé- que el problema no es la leche. Es otra cosa. No discutimos muy seguido, pero a veces. No es fácil la vida en Rusia. No voy a decir esa obviedad, porque sonaría a excusa.

—Tengo la regla -le digo.

—Ya sé. Eso también me pone mal.

Hace seis años que queremos embarazarnos. Ya fui a tres médicos alemanes que nos cobraron una fortuna, viajé ocho veces a Berlín para que me inyectaran hormonas y vacunas, para que me sacaran sangre y me hicieran estudios. Aunque no pregunten, Jan le cuenta a los colegas que estamos en eso, y las mujeres de los colegas me hablan de *ñañas* rusas, las mejores del mundo. Dejé el stress de Berlín y las clases en la Facultad en Darmstadt para lograr la tranquilidad necesaria y embarazarnos. Pero no pasa nada, los médicos alemanes dicen que soy sana, que tenga calma y paciencia. Y pague. Me tomo la temperatura, hago planos con las curvas de las hormonas y tengo paciencia. Más calma no puedo estar: ya no se incendian los edificios, tengo dos trabajos, me pagan bien, hacemos viajes interesantes a Irán y a Uzbekistán.

Jan se acaricia la piel de un dedo. Otra vez se le abrió la piel hasta la carne. Desde que estuvo en Chernóbil, en ese viaje a Ucrania cuando era un practicante en la agencia, mucho antes de que

imagináramos la posibilidad de venir a vivir algún día a Rusia, se le abre la piel de las manos. Jan estuvo adentro de la planta atómica y hasta fumó un cigarrillo. Cuando quiso apagarlo buscó un cenicero y una empleada de limpieza le dio un cenicero de cartón prensado. Jan se negó a aplastar la colilla sobre el cartón, a ver si encima provocaba una nueva catástrofe atómica con su cigarrillo. Abrió la canilla de agua y mojó la colilla, después la sopló y comprobó que no quedara ni un recuerdo de la brasa. La empleada ucraniana levantó los hombros, qué le importaba a ella el cigarrillo de un alemán con la vida de mierda que ella tenía. A la vuelta de ese viaje se le empezó a abrir la piel. Fue al instituto Max Planck de Hamburgo, donde están los mejores especialistas. Pero no supieron qué decirle. Contagioso no es, no se conoce ninguna enfermedad que produzca esos quiebres en la carne de las manos -únicamente en las manos- y que viene y desaparece porque sí. Él dice que debe ser una alergia desconocida, algo en la comida. Pero yo estoy segura de que fue por lo que respiró o tocó o comió en ese viaje a Chernóbil. Y desde entonces tengo un miedo muy profundo a quedarme embarazada y que nazca un bebé con una cabeza inmensa, ciego o sin brazos.

Busco en el botiquín del baño la crema para la piel que le recetaron y se la dejo sobre la mesa de la cocina. Nunca le toco las manos cuando la piel se le abre.

—Lo que pasa es que vos no querés tener hijos -me dice Jan mirando fijo a la crema, sin tocarla- es por eso que no funciona.

Es lo único que faltaba, ahora la culpa la tengo yo. Yo, que estoy harta de que me pinchen por todos lados, de que me pongan vacunas contra la rubeola, que encima tuve que ir a comprar a la farmacia porque no tenían en la clínica, harta de hacer viajes a Berlín y, cuando llego puntual a la cita, una enfermera con un collar de perlas rojas enormes como óvulos fecundados me diga que el renombrado médico “justo tuvo que irse a una conferencia en Nueva York” y que me va a atender ella.

Sin poder contenerme, le grito:

—¡Lo que pasa es que vos comiste tomates de Chernóbil! ¿Cómo se te ocurre comer tomates de Chernóbil?

Jan me mira asustado.

—¡No podía decir que no! La pobre viejecita nos ofreció los tomates de su huerta. Era tan amable. ¡Si la hubiera rechazado se habría ofendido!

—¡Claro! ¡El señorito tan bien educado piensa en las pobrecitas viejecitas que sirven tomates atómicos de las huertas más contaminadas del planeta y no piensa en que su mujer puede quedar embarazada y parir un monstruo!

—¡Cómo decís eso! ¡Cómo!

Mi ataque no da lugar a ninguna defensa de su parte y eso es lo que más le ofende, el no encontrar una explicación racional a mis argumentos. Y cuando se queda sin argumentos corre el peligro de que yo tenga razón y todos sus intentos sean en vano, su sueño de tener hijos inútil, el destino que se había imaginado, perdido para siempre. No debí ofenderlo así, ni acusarlo así, pero mi ira tiene raíces muy profundas que se alimentan de mis miedos.

Jan se levanta, camina de un lado al otro como una fiera enjaulada. Está subiendo la temperatura de la discusión y tengo ganas de vomitar. Se acerca a la heladera, la abre, su mano izquierda queda colgada en el aire en un movimiento mecánico para buscar leche. Pero él o su mano se acuerdan de que no hay leche. Se agacha y busca algo entre los *tuppers* y los plásticos con quesos.

—¡Ni siquiera hay crema! -me grita.

—La usé para el pescado de anoche.

—¿Qué pescado?

—El pescado al pil pil. Lleva salsa de crema. Tu mamá me dijo que si quería que funcionara el matrimonio te cocinara comidas con salsas.

Jan cierra la puerta de la heladera de un golpe. Es cierto que él no puede vivir sin su bendita leche: creció en una estancia llena de vacas, donde siempre había leche, leche entera y cremosa de cien vacas lecheras Holstein bien alimentadas. Pero estamos en Moscú, no hay lugar para una vaca en el departamento, hay crisis económica y él comió tomates de Chernóbil. Y yo no me quedo embarazada.

Jan se apoya en la heladera. Que haga cualquier cosa, pero que no lllore, eso no lo soporto. Entonces, levanta el puño en el aire y lo descarga con toda su fuerza en la esquina de la heladera. Jan tiene mucha fuerza.

Me levanto y me acerco: con el golpe le hizo un bollo a la carcasa metálica.

—¿Ahora vas a romper todo porque no hay leche?

Me mira con odio. Camina hacia el pasillo de entrada, se pone la campera, la bufanda, los guantes y el gorro. Abre la puerta y sale. Da un portazo que resuena en todo el piso. Yo también estoy ofendida, yo también quiero irme al carajo. ¿Por qué no se me ocurrió irme a mí primera?

En contra de toda lógica, me pongo el abrigo y el gorro. Tengo mucho calor y me olvido de los guantes y de la bufanda. Salgo al pasillo y llamo al ascensor. Pero me falta algo. No puedo irme como si nada. Vuelvo a abrir la puerta del departamento, espero unos segundos y la cierro de un portazo que retumba en todo el piso, en nuestro departamento vacío, en la noche fría.

Ahora sí, ahora me puedo ir.

La calle está oscura y corre un viento helado. Debe haber quince o diecinueve grados bajo cero. En los carteles del otro lado del Kutu los números rojos se prenden y se apagan, la cotización del rublo centellea a la baja. Me levanto el cuello del abrigo y camino por la vereda a favor del viento, que me empuja hacia delante. Mi abrigo se infla como una nave con las velas desplegadas en el aire oscuro, un mar de tinieblas. Mi pensamiento también está negro.

Llego a la pizzería de la esquina del Kutúsowski y la avenida Kiévskaja. La pizzería se llama Il Pomodoro. ¿Por qué le habrán puesto ese nombre? Malditos tomates de Chernóbil. En el local hay parejas con chicos comiendo pizza, los padres charlan y toman cerveza, los chicos se ríen y yo estoy triste. Camino, casi corriendo, para alejarme de la felicidad de los otros. Ojalá pudiera salir de mi propio cuerpo e irme bien lejos, salir de esta persona en la que me convertí viniendo a vivir a Rusia. Pienso en nuestro departamento que el ingeniero Ivánov arregló tan lindo, tan nido. Ahora está vacío. Tengo ganas de llorar. Pero soy fuerte. No voy a llorar en la calle.

No puedo ir lejos, no es recomendable para una chica sola andar por las calles oscuras de Moscú a esta hora. Jan ya debe estar de vuelta en el departamento. Seguramente salió a comprar cigarrillos, quizás en el kiosko hasta le vendieron un litro de leche larga duración. Ahora se está calentando el café, pensando en la inutilidad de la discusión. Ahora debe estar preocupado porque no estoy y siente culpa: me gritó y encima le hizo un bollo a la heladera. ¿Habrá service en Moscú para esa marca de heladera? ¿Qué me importa la heladera? ¿Por qué tengo que pensar ahora en esas estupideces?

Doblo por la avenida Kiévskaja que corre paralela a la estación de Kíev. Kíev es la capital de

Ucrania, Chernóbil está en Ucrania y su sombra me persigue como una nube tóxica: *pomodoros* de Chernóbil. Hay sombras en la vereda, muchas sombras. Apuro el paso. De día esta avenida se convierte en un mercado negro, está llena de tipos que cambian 'divisas'. ¿Qué hacen a esta hora? ¿Vivirán en la calle? ¿Será un mercado de esclavos o de trata? ¿Por qué se me acercan? ¿Qué buscan?

Veo una película de terror en la que soy protagonista: uno de estos tipos grandotes me agarra del cuello y me lleva al parque frente a la estación de trenes, me viola y después de unas semanas me doy cuenta de que me quedé embarazada. No le digo nada a Jan, un aborto no está en mis planes, a una amiga alemana un médico ruso le sacó los ovarios para 'limpiarla' de un embarazo. Pero yo no iré a un hospital de Moscú, ni volveré a ver a la enfermera con el collar de óvulos fecundados, de mi cuerpo nacerá un bebé rubio con rulos y cara de astronauta, y Jan será un padre feliz. Pero yo no podré querer a ese hijo producto de una violación. Mi bebé tendrá cara de Iván Petróvich y hablará solamente ruso, se negará a la dureza del alemán y a las suavidades del español. Nos obligará a que lo llamemos con el patronímico: "Iván Jánovich -tendré que decirle cada vez que me dirija a él-, ¿has terminado de comer la papilla?".

Estoy llegando al parque y está todo oscuro. Las luces de los autos reproducen las sombras, que se mueven enloquecidas en todas direcciones. Camino rápido y cuando estoy por doblar hacia el parque alguien, una sombra que se me acerca. Y cuando estoy a punto de gritar me ponen algo encima, una manta o una tela de lana, me la enroscan al cuello como para ahorcarme.

Pero la tela es suave, y escucho la voz cálida de Jan que me dice:

—Nena, ¿cómo salís a la calle con este frío y sin bufanda?

SINA

Sina es tártara, habla ruso y *tatarski*, que no se entiende nada. Tampoco se le entiende mucho cuando habla ruso y ella tampoco nos entiende a nosotros. Jan me pregunta en español cómo se dice ‘balde’ en ruso. Le digo que no tengo la más mínima idea. Entonces Sina dice, o creemos que nos dice:

—Ustedes no entiendo. Alemán no hablo.

Jan le explica que no habló en alemán, sino en español de Buenos Aires, que es diferente al español de España.

Sina nos mira en silencio, primero mira a Jan, después a mí y otra vez a Jan. Nos mira con un ojo solo, con el marrón, porque el otro, que es de un color azul verdoso se le va un poco para el costado. Quizás nos mira así porque piensa que estamos un poquito locos.

Una y otra vez me pasa, nos pasa, que nos sentimos un poco idiotas cuando hablamos con la gente en Moscú. En las clases nos enseñan únicamente un ruso elevado, más propio para hacer ensayos o discursos. Ninguna profesora me enseñará jamás a expresarme con el lenguaje simple de todos los días. En la última clase con Olga aprendí cómo se dice ‘comer’ en ruso. Se dice *paiést*, pero comer sin dejar nada en el plato es *siést*, comer suficiente es *naiést* y comer una cosa después de otra *saiést*. Si se come entre comidas o restos hay que decir *padiést*. Comer fuera de casa es *biést* y comer demasiado *rasiédát*. Pero vamos a un restaurante y el mozo no usa ninguna de esas acepciones del verbo. Un mozo pregunta “¿Qué va a ser?”.

Hay todavía más formas para el simple acto de comer y es cierto que en la historia rusa es un verbo importante y hasta el pan es un sustantivo ‘con vida’, que hay que declinar como a las personas y a los animales y no como a un objeto. Para morirse los rusos tienen una forma inmediata y otra permanente, una pasiva y otra activa, como si se pudiera seguir estando vivo después de la muerte. Sólo a partir de una gramática tan complicada como la rusa se entiende cuando Tolstoi aclaró, para que nadie tuviera dudas: “Y murió para siempre”.

Aprendo ese tipo de cosas y las formas del verbo comer, pero no sé cómo se dice ‘balde’ en ruso, ni ‘lavandina’ ni ‘trapo’. Y Jan, que ya habla bastante porque trabaja todo el día con las noticias de las agencias rusas, tampoco sabe cómo hablar en el idioma simple de todos los días y hace el gesto de pasarle el trapo al piso. Sina lo mira, sin entender qué queremos de ella y nosotros estamos aquí parados como dos bobos, hablando con señas.

Es la primera vez que viene Sina a casa. Un rayo de sol invernal entra por el balcón dibujando una línea amarilla que la ilumina y la atraviesa, extendiendo su sombra transparente hasta la cocina. Cuando ya no sabemos qué decirle, su mirada se queda fija en el oso polar sentado en el sofá de cuero azul. El peluche es blanco y suave como la nieve, de formas redondeadas y del

tamaño de un bebé prematuro. Sina lo mira con tristeza. Para nosotros es un recuerdo de un viaje a Cracovia, quizás ella piensa que está puesto en un lugar donde un niño nunca lo dejaría.

Sina limpia la redacción todos los días. Con ese trabajo mantiene a su marido, que hace más de veinte años está jubilado por un accidente, además a su única hija que después de que le dieran la licencia de embarazo perdió su puesto en la fábrica. El yerno también vive con ella, es desempleado. Desde la crisis el sueldo de Sina no alcanza para mantener a toda la familia, y es por este motivo que tuvo que sumar horas de limpieza para elevar sus ingresos. “Menos mal madre mía murió justo antes de crisis. Si no, no poder pagar el entierro”, nos contó cuando llegó a casa.

Sina se agacha, acaricia el piso con la mano y nos muestra la mano limpia. Dice, o entendemos que dice:

—Para mí trabajo no hay.

Estuvimos dos días limpiando todo, los pisos, las superficies de los muebles, los vidrios de las ventanas, los estantes de la biblioteca, las tapas de los libros. El departamento quedó perfecto, como cuando esperamos visitas.

—¿Cómo dijo, Sina? -le pregunta Jan.

—Todo limpio está -contesta ella señalando el espacio, los pisos, los muebles-. Yo a mi casa voy.

Queremos pagarle las horas que habíamos convenido, pero ella se niega.

—No trabajo, no dinero.

Al final Jan le mete la plata en el bolsillo y Sina se pone colorada. Cuando se despide nos dice:

—Más ustedes no limpiar -y después agrega, por si no entendimos-: Todo así como ahora está. Una semana más, vengo yo y tará tará tará -hace un gesto con la mano, moviendo el brazo como si sostuviera un trapo.

Una semana más tarde, Sina vuelve con regalos: un auto soviético que unos suizos dejaron en el balcón, una maceta de cerámica para mis plantas y frascos de conservas. Trabajó durante cuatro horas y limpió todo. Por la noche, Jan y yo comimos las salsas picantes de Sina sintiendo el olor a fresco, mirando el piso reluciente. Algo había cambiado en nuestras vidas: teníamos una empleada por primera vez. Una empleada es lo más parecido a una madre que uno puede tener en Rusia. ¿Cómo no habíamos contratado a Irina, la empleada de Lars que planchaba todo, desde los pantalones, las camisas, las cortinas, hasta los soquetes, que ordenaba los frascos de perfume simétricamente y en perspectiva sobre la repisa del botiquín del baño, de menor a mayor, como una avenida estalinista?

“Tenemos mucama pero todavía no tenemos departamento”, había escrito yo en una carta a mi padre después de ese primer viaje. También le escribí a Luise, la mamá de Jan, en otra carta. A Luise le gustaban mis cartas de ocho y diez páginas que le enviaba por fax despertando al gato, que dormía siempre sobre el aparato. Luise llama a sus hijas, toman café con tortas que ella prepara y después la familia se sienta en el ala Oeste de la casa, donde el último rayo de sol ilumina la salita con los sillones bajos y el viento del Mar del Norte pasa de costado, haciendo temblar los vidrios de las ventanas. Luise lee en voz alta, mientras su marido Uwe sirve más jerez en las copitas y todos comen cuadraditos de mazapán de Lübeck bañado en chocolate. Así, ellos tienen la sensación de que no estamos tan lejos.

Mi padre hace lo mismo en Buenos Aires. Llama a un par de amigos y en un café de la avenida Corrientes, cerca del estudio, piden un coñac mientras papá lee mis crónicas de los viajes a Irán y a Uzbekistán. O ese viaje a Armenia que le gustó tanto al amigo Kalpakian, que lloró de la emoción al escuchar los nombres de las ciudades de la ruta a Stepanakert, en el Alto Karabaj. A papá le encantó la descripción que hice de la casa natal de Stalin, en Gori, y sobre todo la historia de la visita al mausoleo de Lenin, porque después se armó una discusión linda con los amigos. Al final a Irina no la contratamos, les cuento en las cartas, pero ahora sí, ahora tenemos a una señora tártara que viene a casa una vez a la semana. Y cuando se va, todo está limpio y en orden. “¡Tártara!”, escribe mi padre, ¿cómo es tener una mucama tártara?”. “¿Una tártara?”, pregunta Luise en sus cartas, “pero si los tártaros son nómades, ¿quedan tártaros en Rusia?”.

Un día Sina ve que en el armario de las cosas de limpieza, donde Jan guarda las aspiradoras soviéticas, hay una ducha rusa mecánica todavía en su envoltorio original de papel madera. Una ducha rusa consta de una base plana de goma de color rosa, muy gruesa pero flexible, como un corsé con dos tetas redondas en uno de los extremos. Las lolas contienen aire y hay que pararse arriba de ellas, un pie en cada lola, provocando succión en un tubo conectado a un balde con agua. Del otro lado de la base sale otro tubo que termina en un pomo de ducha, de donde sale agua esporádicamente al ritmo de las pisadas.

Sina entiende que nos gustan los aparatos soviéticos inútiles, porque desde entonces nos trae regalos insólitos. Además del auto de los suizos, un día llega con una sillita soviética de madera para chicos, con una tapa sobre otra placa con un agujero, bajo el que se pone una pelela. La había probado con su nieta, pero la nena se negó a usarla. Sólo se inspiró con una sillita italiana de plástico, con dibujos de ositos y superficies suaves y redondeadas.

—Generación nieta mía capitalista -dijo Sina.

En un viaje a la Argentina para ‘acortar’ el tiempo en Moscú (mecanismos para domar la melancolía) traje semillas de jacarandá y palo borracho, los puse a germinar y en el intenso calor del gas natural de Siberia que convierte el departamento en un vivero de plantas exóticas, los palos borrachos y los jacarandás crecen y crecen. Ya se convirtieron en árboles de más de dos metros de altura, que rozan el cielorraso. Sina me trae tierra negra, muy fértil, y verduras de su *dacha*. Yo cambio los árboles a macetas más grandes y ellos siguen creciendo a un ritmo imparable.

Sentía tanta curiosidad por el origen tártaro de Sina que un día me animé y le pregunté de dónde venía exactamente su familia.

—¡Oh! Origen familia mía amplio. Historia Tartaria complicada. Musulmana yo.

Antes de venir a Rusia compré el libro *Rusia como reino multiétnico*[6]. El primer párrafo dice así:

El desmembramiento de la Unión Soviética, que tuvo lugar en el último decenio del Siglo XX no debe entenderse únicamente como el fin del imperio comunista multinacional sino además como el acto final de cuatrocientos años del reino multiétnico que representa Rusia. Por este motivo, las teorías que reducen la caída de la URSS a la crisis del sistema socialista son insuficientes, debido a que no toman en cuenta la larga herencia étnica del Imperio Ruso. Desde una perspectiva más amplia, la descomposición del sistema soviético debe entenderse como parte de un proceso universal más general, el de la ruptura de los imperios poliétnicos y su fragmentación en Estados nacionales, lo que en Europa pudo verse con el ejemplo del reino Otomano y el imperio de los Habsburgo en el siglo XIX y principios del siglo XX, cuyo proceso

significó, además, la descolonización de amplios sectores en gran parte ajenos al territorio europeo. Desde tal perspectiva, la Revolución de Octubre y el régimen soviético significaron para este proceso histórico una ralentización de algunas décadas.

Al final del libro hay largas tablas que ocupan varias hojas con las listas de las etnias y los porcentajes de habitantes según la región y el año (faltan datos más actuales desde la disolución de la URSS). Los primeros de la lista son los eslavos del Este: rusos, ucranianos y bielorrusos (o rusos blancos). Después hay cuadros que separan las etnias según su ubicación geográfica. Con la salvedad de los lapones, nunca había escuchado antes estas otras denominaciones de las etnias del Norte: karelios, ishoros, vepsos, sirianos y samovitas; en las regiones del Volga y los Urales están los tártaros del Volga, los chubacos, los mordvianos, cheremisos, votiacos, bashkiros y tepiaros. En la región de Siberia otra vez aparecen los tártaros, además de los ostiakos, vogules, chacosos, altaios, buriatos, tungusos, yakutos, tchukchos y algunos más. En la estepa también hay tártaros de Crimea, además de kalmukos y nogaios. Hay más nombres, de una musicalidad que recuerda al libro de Alexandre Dumas: *Viaje Peligroso al Cáucaso Salvaje*: georgianos, armenios, azeríes, kurdos, abjasos y “otros grupos étnicos de Transcaucasia”, además de chechenos, avaros, osetas, lesgios, kabardinios, darginos, kulmukos, ingusetios, cherkesos y balkaros. Recuerdo la gente de apariencia salvaje esperando en la sala del aeropuerto cuando hicimos el viaje a Uzbekistán: cientos de personas que esperaban ahí sentadas en los bancos y en el piso, quizás desde hacía días o semanas, personajes que parecían extras de una película de Nikita Mijailkov, con sus abrigo de pieles y sus gorras inmensas de piel de oveja salvaje, acarreando bultos y jaulas con animales. Recuerdo a un señor con un abrigo de astracán largo hasta los talones que viajaba con su cabra y una chiva. Los nombres de las líneas aéreas también podrían ser parte de un estudio etnográfico: Aerokaukás, Uzbek-Airlines y así. Los imaginé libres, cabalgando sobre sus caballos sin sillas de montar en las estepas mongolas y en los desiertos del Asia Central: kasakos, kirguisos, uzbekos, tachikos, turkmenos, karakalpacos, uguiuren y otras etnias que ni sé nombrar.

Cuando limpia los pisos, Sina abre todas las ventanas, no importa si hay menos veinte grados bajo cero o treinta y siete de calor. En invierno, pareciera que el parquet en vez de secarse se congela, sobre la madera se forma una imperceptible capa de hielo como el rocío sobre el campo a la mañana. A mí me gusta ese choque de temperaturas pero los jacarandás y los palos borrachos tiemblan de frío cuando Sina deja las puertas y ventanas abiertas.

Quizás con “origen amplio de la familia”, Sina quiso decirme que sus parientes eran nómades, descendientes de los tártaros de Siberia, del Volga o de Crimea, que llegaron a Rusia en el siglo V con las primeras hordas de tártaros de Mongolia.

A fines del siglo XX vivían en Rusia y en las ex repúblicas soviéticas diez millones de tártaros, en su mayor parte musulmanes sunitas. Pero las costumbres en Rusia están mezcladas. Aunque Sina es musulmana, festeja la navidad ortodoxa cristiana. Cada siete de enero, según el calendario juliano, ella llega con una bolsa llena de conservas, alfombritas para el baño que tejió su hija o una taza grande de té decorada con imágenes de personajes a caballo y mujeres con vestimentas y tocados exóticos. Son tazas hechas en la China, pero los personajes bien podrían pasar por héroes de leyendas mongolas.

LA HIJA DE STALIN

Dimitri me habla al oído. No entiendo nada de lo que dice: tan alto es el ruido de la fiesta. Me acerco más a él y le pregunto a los gritos qué fue lo que me dijo. En una especie de gimnasia de idas y vueltas entre su oreja y la mía, él me mira a los ojos, vuelve a acercarse a mi oreja y me susurra algo que se pierde otra vez en el ruido de la música, en las conversaciones a gritos. La gente baila, entra a la cocina con un vaso vacío y sale con una copa llena, cargando un plato de plástico que se curva con la ensalada de fideos y mayonesa, con las empanaditas que prepara Anke, mientras Andréi sirve vodka con frambuesa a los que recién llegan. Tiene una botella en cada mano, está contento o borracho o las dos cosas y detrás de él distingo la mirada de odio de Klavdia, que habla con Jan en el pasillo. Klavdia es la novia de Dimitri y no nos pierde de vista.

Dimitri susurra otra vez algo en mi oreja y me doy cuenta de que no tengo ni la más remota idea de en qué idioma estábamos hablando. Quizás sería mejor dejar a Dimitri aquí, ir a la cocina y estar a salvo de las miradas de Klavdia, como antes de que llegara toda esta gente que no conozco, cuando Andréi recién empezaba a emborracharse y Anke ponía las empanaditas crudas en una fuente de horno. Pero la cocina ahora está llena, igual que el living, no hay lugar ni para estar parado y, más por inercia que por otra cosa, sigo entablando con Dimitri esta conversación de sordos y de locos.

El timbre suena, amortiguado por la música y los gritos. Andréi abre la puerta con las dos botellas en las manos, no sé cómo hace para abrazar a Steve y después a Yael. Andréi se agacha porque Yael es bajita, y como un mago saca de no sé dónde dos vasos y les sirve a los recién llegados, como para que se emborrachen enseguida con el jugo alcohólico rosado. Yael toma un sorbo del brebaje y pone cara de asco. Entonces me ve, desde el otro lado del living, y me saluda dando saltitos. Entre nosotras hay un río de gente que salta como poseída por los diversos demonios de la música y de la mezcla de bebidas espirituosas. La corriente de la fiesta nos separa y el volumen de la música nos une. Nos gritamos algo al mismo tiempo, frases que se pierden en el ruido. Quizás si dejara este lado de la costa, si me atreviera a cruzar, Yael sería un salvavidas para librarme de las miradas asesinas de Klavdia. El humo de los cigarrillos crea nubes que se colorean con las luces rojas, azules y amarillas, las nubes se mueven con la corriente de aire helado que entra por las ventanas. ¿A quién se le ocurre abrir las ventanas con este frío? Afuera, a esta hora de la noche, debe haber veinte grados bajo cero. Afuera cae la nieve blanca, blanca, ajena a los colores, los ruidos, los humos de la fiesta.

Es la primera vez que veo a la novia alemana de Dimitri, pero no es la primera vez que lo veo a él. Ahora, como si estuviéramos cambiados a ambos lados de un espejo, Klavdia se acerca a la oreja de Jan y le dice algo sin dejar de mirarme, de controlarme.

Yael me dice con señas que después nos vemos y desaparece en la cocina con un regalo de casamiento para Andréi y Anke. Esta es la segunda fiesta que hacen, la primera fue en Berlín, ante la mirada asustada de los padres de Anke, que habían conocido a Andréi unos días antes. En esa fiesta, que quería ser más formal, Andréi se emborrachó, se subió a una silla e hizo discursos interminables en ruso para sus amigos de Moscú, y en inglés con acento ruso para el resto de los invitados. La familia no entendió nada, tampoco entendió por qué, al final del discurso, Andréi tomó el champagne de su copa de cristal y la tiró por el aire para después caerse él mismo al piso, provocándole espanto a su nueva suegra, que enseguida fue a buscar una pala y un cepillo de mano para juntar los restos de cristal y lograr una especie de orden en la fiesta, mientras Andréi dormía en el piso y sus amigos de Moscú tiraban bengalas iluminando el cielo azul Prusia de Berlín. Cada vez que se escucha un estruendo en Alemania, la gente dice: *Die Russen kommen*. “Vienen los rusos”.

Anke me contó cómo se conocieron. Un día Andréi fue a la casa de su ex mujer para visitar a su hija. Cuando vio a Anke en la cocina lavando los platos se quedó paralizado en el pasillo, como estaqueado por una fuerza superior que le impedía moverse. Esa mujer rubia, alta y flaca le sonreía. Anke alquilaba una habitación en la casa de la ex de Andréi. Todavía sin poder decidir qué hacer, le preguntó a su hija quién era esa mujer y la nena le dijo, haciendo un gesto como restándole importancia:

—Nada interesante: una alemana.

A Andréi Anke le pareció muy interesante. Después de algunos meses se casaron. Y ahora estamos aquí, celebrando por segunda vez, con más ruido, más vodka casero y mucho más frío.

Me distraigo y no escucho lo que dice Dimitri, que me sigue susurrando al oído. Le digo, *da, da, kaniéshna*, sí, sí, claro, *panimaio*, entiendo. De repente, justo en el momento en que la novia de Dimitri entra en la cocina, él me agarra un mechón del pelo y me hace un rulo con el dedo. Siento calor en las mejillas, Dimitri se ríe porque seguramente acabo de ponerme colorada. Le quiero decir en ruso que hace mucho calor pero me confundo y digo que “hace mucho ruido”. Él me mira y me dice:

—¿El ruido te colorea las mejillas?

Dimitri tiene rizos dorados, muy cortos. Si no estuvieran enroscados calculo que serían de un centímetro y medio de largo. No puedo dejar de mirárselos. No sé por qué, pero no puedo tomar en serio a un hombre con rizos dorados. Los rizos dorados pertenecen al repertorio de un bebé, de un ángel o al ornamento de un palacio de San Petersburgo. Quizás cuando era bebé Dimitri era adorable, pero con treinta años un hombre no debería tener esos rulos de angelical inocencia. Dimitri tiene algo de ángel y de bebé, habla suave y mira suave, no parece un ruso de este siglo, sino un poeta del siglo XIX. Quizás me está susurrando un poema de Púshkin o de Lérmontov, *Iá dumal, siérze pasabuila...*, me dice, *Yo creía que el corazón olvidaba la belleza...* Pero Dimitri no es poeta, es ingeniero. Lo imagino en la obra de un acueducto con un casco que le tapa los rizos, con un aspecto más profesional. Si ahora tuviera el casco puesto, quizás podría tomarlo más en serio. Pero ¿en serio para qué?

Le pregunto por su trabajo, si está haciendo alguna obra interesante. Odio la palabra ‘interesante’ pero no se me ocurre otra y menos en ruso. Él pone cara de cansancio.

—El trabajo es aburrido. Hablemos de otras cosas.

¿De qué voy a hablar con Dimitri? ¿Del tiempo?, ¿del ornamento de los palacios del Zar?, ¿de su novia?

En el departamento hace mucho calor, a pesar de las bajas temperaturas de la calle. Tengo puesto un vestido de tela finita y breteles finitos y no puedo sacarme más ropa: mis dos pulóveres y el abrigo de piel están en la habitación de Andréi y Anke. Saco mi abanico de la cartera y me abanico la cara para que se me vaya el calor de las mejillas. Dimitri dice:

—¡Qué bello! ¡Una verdadera española!

Le explico que no soy española, aunque él ya lo sabe. En realidad al abanico lo uso de libreta de direcciones: en cada tablita de madera anoto un nombre y un número de teléfono. Le muestro las tablitas. Dimitri me saca el abanico de las manos lentamente, con mucho cuidado, en sus dedos tiene vello rubio que refleja las luces de colores que cuelgan del techo. Sus manos abren y cierran el abanico y Dimitri lo mira de ambos lados, la tela negra del derecho y el revés de tablitas color madera, los números y los nombres, que lee en voz baja, como para sí mismo, eleva el abanico por encima de su cabeza, de sus rulos y lo mira desde abajo como si se tratara de la complicada estructura de un puente. Después lo cierra y me mira con ternura.

La novia alemana de Dimitri se debe estar comiendo todas las empanaditas de Anke, se debe estar tomando todo el vodka de Andréi, ya totalmente borracha, lo está abordando a Jan. Klavdia viola a Jan enfrente de los invitados de la fiesta, y los invitados aplauden y piden más. Después deja a Jan tirado por ahí y ahora ella está afilando los cuchillos de la cocina para tirármelos y clavármelos en el cuerpo con extrema puntería desde el pasillo de entrada, evitando que Dimitri salga herido, mientras la gente deja de bailar y grita de espanto.

Dimitri, ajeno a mis divagaciones, mira el abanico y me mira, como si pensara explicarme un problema de estática, mientras su novia en cualquier momento llega y me mata.

—¿A qué se dedica tu novia? -le pregunto.

Su cara se ensombrece, hasta pareciera que los rizos se oscurecen y pasan del dorado al beige oscuro.

—Es viajante de comercio.

—Qué interesante -digo sin entusiasmo y tomo un sorbo de mi copa.

—Viaja por toda Rusia -dice Dimitri, pero por su tono de voz más bien parecería decir: ‘me ahogo’.

—¿Y qué vende? -le pregunto.

—Ah, qué vende, qué vende -dice Dimitri sin contestar a mi pregunta.

Yael sale de la cocina, cruza entre la gente que baila y llega hasta nosotros. Anke la sigue y también llega a nuestra costa. Nos muestra una especie de cuadro, angosto y alargado, un lienzo blanco enmarcando objetos: caracolas y paquetitos de tela y papel; cada uno es un deseo. Es el regalo de Yael.

Dimitri se queda en silencio y nos mira, a Anke, la alemana que acaba de casarse con un ruso, a Yael, la israelí que está por volver a Londres, donde vive con Steve, y a mí. Las tres somos amigas, las tres arquitectas, nos entendemos en idiomas diversos: en alemán, en inglés y un poco de hebreo. Frustrada con las clases de ruso, desde hace un tiempo estudio hebreo sola, con un libro y dos CDs. Es un poco loco, pero avanzo con las clases y eso me ayuda a pensar que no soy del todo una idiota a la que no le entran las declinaciones.

Anke dice en inglés que le encanta el regalo de Yael. Dimitri no habla inglés y se lo traduzco al ruso. Él le dice a Anke en perfecto alemán que el regalo es muy lindo y yo le traduzco al inglés a Yael. Yael lo traduce al hebreo, para que yo aprenda nuevas palabras: *Hine mah tov umah*

na'im!, "¡Qué bueno!, ¡qué maravilloso!".

Andréi, del otro lado del río de gente, pide silencio. Propone en dos idiomas seguir la fiesta en la Plaza Roja. Una parte de la gente dice que no, otros saltan y dicen:

—¡Sí! ¡Vamos a la plaza!

Entonces Dimitri cuenta en alemán:

—¿Leyeron el libro de Venedikt Yeroféiev, *El viaje a Petushki*? Yeroféiev era moscovita, pero nunca llegó a conocer la Plaza Roja.

Le traduzco a Yael lo que cuenta Dimitri.

—¿Por qué no llegó a la plaza? -pregunta ella.

—Porque siempre se emborrachaba en el camino -dice él-. Es una historia real. Yeroféiev salió de su casa con una valijita. ¿Saben lo que había en la valijita?

—¿Qué había? -pregunta Yael.

—Ya me imagino -dice Anke y se va.

—Estaba llena de todo tipo de botellas de alcohol de diferente gradación: ginebra, ron, vodka, vino de Georgia, coñac de Armenia, alcohol medicinal, perfume soviético, por si acaso se le acababa el alcohol por el camino.

A Yael no le interesa la historia. Dice "otra historia rusa" y se va detrás de Anke. Dimitri sigue contando, sólo para mí.

—Yeroféiev era un borracho irreversible. Nunca llegó a la plaza. Se dice que es el libro con mayor contenido alcohólico de toda la literatura rusa.

Una señora mayor se nos acerca y pregunta:

—¿Y cómo sigue la novela rusa?

—Cómo sigue, cómo sigue... -dice Dimitri, sin contestar a la pregunta.

Entonces es ella la que me cuenta la historia, en inglés con fuerte acento norteamericano:

—La novela es un viaje en tren. Pero el protagonista nunca llega a su destino. Petushki se llama el lugar donde lo espera su amada, una prostituta de pueblo. En el libro hay recetas de cómo hacer tragos a partir de perfumes soviéticos, dentífrico, alcohol etílico.

La mujer se ríe. Dimitri la mira confundido. Me devuelve el abanico y se va en dirección a la cocina. Jan me mira del otro lado del río de gente y me saluda con la mano. Está vivo y a salvo, charlando con Yael. Me quedo sola con la mujer.

Le pregunto si es norteamericana. Ella se ríe.

—¿Norteamericana? ¿Yo? Soy rusa, pero vivo fuera de Rusia desde hace algunas décadas.

La miro interesada.

—Para un ruso es un horror vivir lejos de la patria. Pero algunas veces no hay otra salida. Por las circunstancias.

—¿Está de visita en Moscú? -le pregunto.

—Podría decirse. Lo cierto es que no me siento en casa en ningún lugar. Soy lo que se llama una apátrida, una soviética errante. ¿Cómo te llamas? -me pregunta.

Le digo mi nombre, que ella, como toda la gente aquí, transforma en la versión rusa.

—Lília, encantada. Me llamo Svetlana. Puedes decirme Sviéta.

La mujer me da la mano y después, como arrepintiéndose de algo que no debió haber dicho se va, desaparece entre la gente. Jan viene en mi dirección. Me trae los dos pullovers, el abrigo de

piel, el gorro, la bufanda y los guantes. Al parecer, la decisión está tomada: vamos todos a la Plaza Roja.

Son sólo diez minutos desde Kitái Górad, donde viven Anke y Andréi, hasta la Plaza Roja. Pero un grupo de veinticinco personas borrachas caminando por las calles congeladas de Moscú y con veinte grados bajo cero necesita el doble de tiempo. Camino lenta, a pasos cortos. Yael me toma del brazo. Steve camina adelante, fumando con Jan.

A la altura de la Lubiánka, alguien pregunta:

—¿Por qué hacemos un desvío?

Se escucha la voz de Andréi desde más adelante:

—¡Tour gratis por Moscú!

—Me parece que Andréi está bastante perdido -dice Steve.

Dimitri camina al lado de su novia. Entre la gente también veo a Sveta, la mujer mayor, caminando sola. Andréi camina hacia atrás y llega hasta donde estamos. Le pregunto, haciendo un gesto con la cabeza hacia donde está Sveta:

—¿Esa señora, Sveta, es familiar tuya?

—Svetlana es la hija de Stalin.

—¿La hija de Stalin?!

Alguien llama a Andréi desde adelante y él se va, patinando sobre el hielo, a punto de caerse en cualquier momento. Yael mira concentrada la punta de sus botas. No parece haber escuchado lo que dijo Andréi y se va al lado de Steve.

Cuando llegamos al Teatro Bolshói el grupo es menos numeroso. Camino sola. Dimitri se acerca. Me dice, con tono melancólico:

—La fiesta se acaba. Mi novia está embarazada.

Caminamos en silencio. La luna alumbra la nieve y sólo se escuchan nuestros pasos. Al llegar al Ajótni Riád sólo quedan doce o quince personas. Entramos a la Plaza Roja y a la altura de la tumba de Stalin, a unos metros de los muros del Kremlin, veo que Sveta se santigua un par de veces.

En las juntas de los adoquines hay esquirlas de hielo. Un grupo de amigos de Andréi canta canciones de borrachos en ruso. Caminamos a paso lento frente al mausoleo de Lenin y cuando llegamos a la iglesia de San Basilio, Andréi saca dos botellas de champagne de adentro de su abrigo y propone un nuevo brindis.

—¡Por el amor! -grita, y su voz retumba en la noche.

Le da un beso a Anke con tanto impulso que casi la tira al piso y todos brindamos. Después, los borrachos se separan del grupo y se van patinando sobre el hielo, lejos del grupo. Desde aquí se escuchan las arcadas, las risas, los gritos y otra vez las arcadas.

Escucho una carcajada en el vacío de la plaza. Es la hija de Stalin, que dice:

—¡Precioso! ¡Al fin estoy en casa!

Svetlana Alilúyeva o Svetlana Iósifovna Stáлина nació en 1926 y fue la hija del dictador soviético con su segunda esposa Nadiéshda Alilúyeva, una bolchevique que se suicidó en 1932, en plena época de purgas. La historia de Svetlana es larga y complicada: se casó cuatro veces con extranjeros que su padre rechazaba, se convirtió en budista y más tarde en católica, emigró varias veces a diferentes países -su llegada a Estados Unidos en plena Guerra Fría causó una crisis de

Estado- y entró una y otra vez clandestinamente a Rusia. Nunca sabré si esa mujer que conocí en una fiesta y con la que intercambié sólo algunas frases en 1999 era realmente la 'hija de Stalin'. La verdadera murió en Wisconsin en 2011.

SÚZDAL, LA MISTERIOSA

Según una antigua creencia rusa, las mujeres que desean tener hijos y no lo logran deben viajar a Súzdal y tocar la cripta de Salomónia Sabúrova: en menos de un año quedarán embarazadas. En 1526 el Gran Príncipe Vasili III encerró detrás de los muros del convento de Súzdal a su primera esposa Salomónia Yúrievna Sabúrova, a quien acusó de estéril, incapaz de darle un heredero al trono de Rusia. Ya libre, Vasili se casó con su amante, la bella Yelena Glínskaia, hija de una princesa serbia. Mientras en todo el Imperio se festejaban las segundas nupcias reales, a más de doscientos kilómetros al Este de Moscú, Salomónia dio a luz a un bebé varón, sucesor legítimo al trono. Salomónia permaneció el resto de su vida en el convento de la Intercesión de María en Súzdal, una pequeña ciudad del ‘anillo de oro’ que rodea la capital rusa.

La Glínskaia se enteró del nacimiento del bebé y lo adoptó secretamente. Las dos mujeres idearon un plan secreto: para proteger la vida del legítimo heredero, simulaban su muerte con la complicidad de los monjes, que enterraron un muñeco de trapo en una cripta del monasterio. El bebé, fuerte, sano y rozagante, creció oculto y protegido detrás de los muros del convento. El niño supo de su origen real desde el principio y acumuló odio y resentimiento contra su padre. Cuando Salomónia murió, su cuerpo fue enterrado en la cripta al lado del muñeco. El niño creció y se convirtió en un temeroso ladrón conocido como Kudayar, que con su banda asoló a las ciudades del anillo de oro que rodean la capital, cobrando con cada uno de sus crímenes el destierro de su madre y toda una vida de injusticias.

Mientras tanto en Moscú había nacido un nuevo heredero al trono, hijo de la Glínskaia y del Príncipe Vasili. Este medio hermano de Kudayar -al que llamaron Iván- fue coronado con sólo tres añitos como Gran Príncipe de Moscovia. Desde su más tierna infancia, Iván tuvo que soportar levantamientos, guerras y la presión de los boyardos, pasando largos períodos encerrado detrás de los muros del Kremlin. También Iván acumuló odio y resentimiento; por su carácter despiadado y sus innumerables crímenes, Iván IV pasó a la historia como Iván el Terrible, el primer Zar de Rusia.

El misterio de Kudayar -el Billy the Kid ruso- salió a la luz recién en 1934. Antropólogos soviéticos desenterraron cuidadosamente los restos de la desdichada Duquesa Salomónia y a su lado encontraron el muñeco del tamaño de un bebé totalmente recubierto en sedas. Fueron también los soviéticos los que transformaron el monasterio de Súzdal en un hotel, adonde venimos cada vez que queremos tomarnos un respiro de Moscú.

Nuestra cabañita de madera del Convento de María, o Pokrovski Monastir está a sólo veinte metros de la cripta de Salomónia y su muñeco de trapo y sedas, que otra vez descansan de la turbulenta historia rusa bajo lajas de grafito blanco. En las torres de la muralla del convento hay

nidos de cigüeñas, los pájaros van y vienen con ramitas que le roban a los árboles y los patos graznan ajenos a los hitos de la historia y a las miserias de los hombres. Jan y yo tomamos café en unas reposeras frente a la huerta con forma de cruz, donde crecen lechugas, pepinos, morrones, cerezas y plantas de tomates que se enredan en sus cañas.

Los monjes caminan por los senderos con la vista fija en las piedras, ajenos a los turistas, como también habrán caminado en tiempos de Salomónia. Dos mujeres rusas con minifaldas y tacos altísimos van en dirección al restaurante detrás de sus maridos y un grupito de monjas vestidas con hábitos de telas floreadas y pañoletas blancas juntan verdura en canastos.

Súzdal es la joya más brillante del ‘anillo dorado’ que, como una media luna oriental, rodea a Moscú por el Este: Vladímir, Ivánovo, Serguéiev Posad, Pereslav Saleski, Yaroslavl y Rostov Vieliki. Cada vez que se cumplía una promesa, los ricos donaban a las ciudades una iglesia. Sólo en Súzdal hay más de cuatrocientas. Hay tantas que hasta la estatua de Lenin de la plaza principal está escoltada simétricamente por iglesias. El resto de la ciudad está compuesto por *isbas*, casitas de madera pintadas con todos los colores de la paleta campesina. Cuando cae la tarde, el sol enciende el dorado de las estrellas pintadas sobre la superficie azul de las cúpulas del Kremlin y cientos de gatos pasean por los techos como si fueran ellos los verdaderos dueños de la ciudad.

Jan fuma un cigarrillo en la terracita bajo el cielo azul oscuro de la tarde. La luna es enorme, ilumina la huerta como una lámpara de techo. Salgo a caminar y llego a la iglesia. La puerta está abierta, los íconos iluminados por velas flacas, largas y amarillas. Camino por el espacio vacío, sin bancos. Entre las baldosas del piso hay un rectángulo blanco. Es la cripta de Salomónia.

Me arrodillo y mi mano se desliza hacia la laja de grafito. Está fría, pero siento que se me encienden las mejillas. Siento pasos.

Es una de las rusas. Se me acerca sin mirarme ni decir nada, se saca los zapatos de tacos altos y los deja a un costado. Se pone en cuatro patas y murmura un rezo con los ojos cerrados.

Me quedo ahí un rato, en la penumbra color ámbar de las velas hasta que la mujer abre los ojos, me sonrío y se levanta. Después se va por el sendero de piedra, con los zapatos en la mano, caminando descalza bajo el cielo de estrellas.

CONVERSACIÓN CON NATASHA

Natasha mira el reflejo de su ceja izquierda en el espejito de aumento bajo el rayo amarillo de la lámpara, la pinza preparada en la mano, al acecho, dispuesta para el próximo ataque. La superficie del párpado está levemente irritada. Natasha acerca la pinza y con un movimiento rápido saca otro pelo. Las pupilas se dilatan, se fuerzan a la luz, como si un nuevo invasor sobresaliera de la línea curva impuesta por ella, ese dibujo abstracto a lo Marlene Dietrich que la hace parecer permanentemente asombrada. Ataca con la pinza y saca otro pelo, después se mira a los ojos y como si no me hablara a mí sino a la Natasha del espejo, dice con un suspiro:

—¡Aj, Lílichka! ¡Ya no quedan hombres en Rusia!

Estamos en la cocinita del departamento donde vive con sus padres hasta que pueda mudarse al monoambiente con el que sueña desde hace años. En la cocina hay apenas lugar para la mesa, que ocupa todo el espacio de una pared a la otra. Estoy sentada en una banqueta, tengo un toallón en la cabeza y otro alrededor del cuerpo, mi pelo está mojado y la piel todavía húmeda de la ducha, y en mis pies las pantuflas de peluche color rosa chicle de Natasha me quedan chicas. Una vez al año cortan el suministro de agua caliente por sectores, limpian las cañerías del sarro y los residuos que se juntan. En esas dos o tres semanas que dura el proceso, medio Moscú calienta agua en cacerolas o va a ducharse a un club, a los baños públicos o a la casa de familiares o amigos al otro lado de la ciudad, en casa de los afortunados que todavía tienen agua caliente.

—Siempre hay que ver el aspecto positivo de las cosas -me dijo Natasha-. Vas a la casa de un conocido y lo que empieza con una ducha puede terminar en romance.

Natasha me mostró varias veces en el Metro a algún moscovita que vuelve de ducharse, con pelo húmedo y olor a limpio, el bolso medio abierto para que se seque la toalla.

—Nací demasiado tarde -dice Natasha atacando su otra ceja-. Demasiado tarde y en el país equivocado.

Tomo un sorbo de té negro y observo un poco preocupada cómo mi amiga se saca uno por uno los pelos de las cejas, hasta que no queda ni la sombra de lo fueron. ¿Por qué se tortura de esa manera, según qué canon de belleza?

La tetera está apoyada sobre una estufita de cerámica donde una vela arde y parpadea. Mi amiga levanta la vista del espejo y dice:

—Después vamos a ver una película soviética. ¡Es fantástica! Cada vez que estoy deprimida la veo.

Natasha se ha empeñado en mostrarme lo último del cine ruso. Cada semana vamos a un cine diferente, una vieja sala de barrio o algún club escondido que sólo conocen sus miembros. Muchos cines no tienen calefacción, la gente se queda con el abrigo puesto y en el aire helado de

las salas se elevan las columnas de vapor que salen de las bocas, creando una atmósfera realista que se suma a las imágenes de las películas.

Natasha me contó la trágica historia de Serguéi Bódrov, el actor que “todas las madres de Rusia hubieran querido adoptar como hijo. O como amante” y que protagonizó la película *El prisionero del Cáucaso*. Bódrov -hijo del director de cine del mismo nombre- murió en una avalancha de nieve en la montaña. “Todas las mujeres lo lloramos”, me dijo Natasha.

El cine despierta en los rusos un fervor parecido al de la literatura. Vimos la película de una directora de Odessa que antes fue modelo, una loca que mide como dos metros y hace películas donde mujeres hermosas torturan a hombres malos. Natasha me hace reseñas de la vida de los actores con pelos y señales, con partes clínicos y prontuarios y después vamos a algún cafecito que acaba de descubrir en el túnel bajo la Plaza Pushkin o en la habitación de una casa privada.

Natasha se levanta de la silla y sale al pasillo. La heladera soviética ocupa la mitad del espacio y hace tanto ruido como un auto al que le cuesta arrancar. Vuelve a la cocina con dos *sirkí*, bombones de ricota cubiertos de chocolate y relleno de dulce de leche y frambuesa.

—Cuando yo era chica -cuenta Natasha- quería ser cosmonauta. No era muy original. ¡Todos los chicos de la Unión Soviética soñaban con ser cosmonautas!

Natasha extiende un brazo, abre una puerta de la estantería, saca la azucarera y dos cucharitas de alpaca de un cajón bajo la mesa, y con esos movimientos estudiados, medidos y controlados, ejercitados cientos de veces, convierte la cocina en una cápsula espacial.

—Mi sueño es viajar. París, Roma, Ámsterdam... ¿Ya te conté lo que me pasó cuando volví de mi viaje a Holanda?

Sin esperar respuesta, Natasha me cuenta:

—Recién llegaba de Ámsterdam, de visitar a unos amigos. Quiero abrir la puerta del departamento pero no encuentro la llave. La busco en la cartera: nada. Abro la valija: tampoco. Yo pensaba, ¿me la habré olvidado en Holanda? En eso veo que se abre la puerta de mi vecino del pasillo. Me pregunta:

—¿De dónde venís, Natasha?

—De Holanda.

—¡Holanda! -me dice-, ¿vos también estuviste en la cárcel?

—¡En la cárcel! ¿Cómo se le ocurre?

Entonces, mientras abro la valija para seguir buscando, el vecino me cuenta la historia de un amigo que estuvo en Holanda. Conoció a una chica punk con la que vivía en una casa ocupada. Le gustó y se fue quedando. Pero un día se venció la visa y decidió hacer el trámite para quedarse. Fue al registro y le dijo a la mujer de la recepción: “Vengo para regularizar mi situación”. La mujer le sonrió muy amable y le pidió el pasaporte. Después le dijo que tomara asiento. A los pocos minutos llegaron dos policías. Le pidieron -también muy amablemente- que los acompañara. Lo llevaron a la cárcel. Estuvo un par de meses encerrado. Tenía una celda individual con televisor y todas las mañanas venía un guarda y le preguntaba: “¿El señor va a tomar el desayuno en la celda o en el comedor?”. Hacía deporte, le daban dos comidas calientes y hasta hizo un curso de carpintería. Pero todo lo bueno tiene un final y un día lo subieron a un avión de KLM. Lo mandaron ¡en primera clase! Con dos escoltas. El único problema fue que cuando le devolvieron el pasaporte, los holandeses habían sellado cada una de las páginas, prohibiéndole la entrada al espacio Schengen por diez años. Igualmente él soñaba con volver a la cárcel de

Ámsterdam; a mi vecino le dijo: “El paraíso está en Holanda”.

—¿Y encontraste la llave? -le pregunté a Natasha.

—¿La llave? ¿Qué llave? Ah, sí, ¡la llave! La encontré, claro. ¿Cómo no la iba a encontrar?

Natasha se mira en el espejito. No le queda ni un pelo en las cejas. Se levanta de la banqueta y me dice:

—Lílichka, ahora voy a mostrarte el paraíso de la mujer rusa.

Antes de salir, Natasha se pone unos anteojos de sol inmensos que le tapan la mitad de la cara. Caminamos por la Miasnítskaia (la calle de los carniceros) hasta la Sadóvaia, cruzamos la gran avenida y entramos a un supermercado muy iluminado. Un gran cartel dice en cirílico: TODO PARA LA BELLEZA DE LA MUJER RUSA.

Caminamos entre góndolas de lápices de labios en todos los tonos imaginables del rosa al rojo, del verde al azul pasando por el turquesa, amarillos y beiges, a la derecha tarros y tarritos, frascos y frasquitos de cremas demaquillantes. Otra góndola ofrece pestañas postizas, lunares postizos, uñas postizas. Pósters con fotos de bellezas rusas cuelgan sobre las góndolas promocionando cremas, tinturas para el pelo, perfumes. Es como un Free shop multiplicado por cien.

Natasha le pregunta a una vendedora:

—¿Dónde encuentro un lápiz para mis cejas?

La vendedora, que también tiene las cejas muy depiladas la mira con alegría, como si la hubiera estado esperando. La seguimos entre las góndolas con esponjitas, peines de todo tipo, color y tamaño, espejitos con y sin aumento, pincetas, peines para pestañas postizas, pinzas y demás instrumentos de tortura. Llegamos a una estantería de cuatro metros de largo. Está llena de lápices de todos los colores de la paleta y aún más, si eso es posible. Ni en librerías artísticas he visto tantos lápices en esa variedad de tonos y colores. Hay como treinta tipos de azul, cuarenta tipos de verde, cientos de tonos marrones. La oferta me marea.

Natasha se saca los anteojos, le muestra su cara sin cejas a la empleada, que la observa con ojo crítico. La mujer inclina la cabeza a un costado y al otro, indecisa. Se acerca otra, que resulta ser la especialista de la góndola.

—¡Vérushka! -le dice la primera-, a ver si nos das una mano con esto.

Vérushka toma un mechón de pelo de Natasha y comprueba con ojo clínico qué tipo de marrón es.

—Mmm, ¿marrón tierra?

—¿Tierra? -pregunta la primera. Se acerca a Natasha, que cierra los ojos. La mujer le toma otro mechoncito de pelo y dice-: Yo creo que es marrón perlado, tirando a ardilla.

Después eligen algunos lápices en tonos marrón y hacen rayitas de un centímetro de largo en la mano de Natasha, llevan la mano de Natasha a su cabeza y comparan el color del lápiz con el del pelo. Natasha las deja hacer, a esta altura parece una muñeca, su cara una máscara. La especialista en lápices de cejas dice “el marrón es el color de la seguridad, de la constancia y la fiabilidad”.

—No es un color compulsivo -dice la otra-. ¡Todo lo contrario!

—La mujer que elige marrón sabe negociar, se trata de una persona que rechaza todo tipo de impulsividad. Son personas reflexivas.

Natasha pone cara reflexiva. Me sorprende la pasividad de mi amiga, tan impropia de ella. Me pregunto por qué las mujeres se depilan las cejas y después se las pintan, no entiendo cómo hacen

para que les salgan perfectas. ¿Tendrán shablonos para cejas? ¿Cómo se llamarán? ¿Cejómetros?

Natasha se decide al fin por un lápiz color Tierra de Siena herrumboso. Cuando salimos a la calle ya es de noche, pero Natasha todavía tiene los anteojos de sol puestos. Con la voz un poco angustiada, me pregunta:

—¿Será el color de mis cejas?

Cuando llegamos al departamento, Natasha me propone ver su película soviética favorita. Ella la vio cientos de veces, pero no se cansa de volver a verla. Se trata de una historia de guerra, hombres enormes de cuerpos esculturales manejan tanques en campos embarrados. Se ve mucho músculo y heroísmo. No hay ni un personaje femenino en toda la película.

Natasha me dice:

—¡Esos eran hombres!

Mientras van apareciendo en la pantalla, me cuenta:

—Nikita Vladimírovich: cáncer de estómago. Serguéi Andréievich: cáncer de hígado. Vasili Shukshin: murió en un accidente. Andréi Serguéievich: caído en la guerra de Afganistán. Andréi Rostotski: murió a los cuarenta y cinco años durante una filmación. Leonid Utiósov es el único del reparto que se murió de viejo. Aj, Lílichka, ¡ya no quedan hombres en Rusia!

EN LA DACHA DE GALINA

—Estamos en el corazón de Rusia -dice Galina, la voz devastada por el cigarrillo- este camino separa el pueblo del *koljós* -la granja colectiva- y del barrio de los nuevos ricos. ¿Ves más allá? -sus dedos teñidos de nicotina señalan al horizonte-, ese es el nuevo castillo de Chernomyrdin. Víktor Stepánovich, hijo de un conductor de ómnibuses, operador de máquinas y miembro del Partido Comunista de la Unión Soviética, es el primer ministro de nuestra nueva democracia, amo del gas en Rusia y multibillonario. ¡Nuestro más famoso vecino!

Galina larga el humo por un costado de la boca y se queda callada mirando el camino de tierra, con esa mirada interior de los que toman mucho o fuman demasiado. La piel de su cara es lisa, de un dorado parejo y sin arrugas. No usa pañuelo ‘a la rusa’ y aún parece una mujer joven, si no fuera porque su voz y su cinismo la delatan. Su nieta de diez años, Shénia, salta y baila unos metros más adelante de nosotras, jugando a una rayuela imaginaria sobre el camino de tierra. La nena es rubia como su abuela y como su madre, Olga, mi profesora de ruso. Las tres mujeres viven con tres gatos castrados en Stróguino, un barrio en los confines de Moscú. Galina es la viuda de un conocido músico del teatro Balshói y da clases de piano.

Shénia salta y corre con los brazos abiertos por el camino de tierra negra, como si quisiera atrapar todo el aire que le falta en la ciudad durante la semana. Canta a los gritos y hace escalas de notas.

—Do-re-mi-fa-sol-la-si-doooo.

Galina sonrío.

Llegamos a la *dacha* temprano por la mañana: Jan, el viejo Christian y yo. Cuando bajamos del auto con las canastas llenas de frutas, las botellas de vino chileno y los dos kilos de pechugas de pollo, Galina, Olga y Shénia ya estaban despiertas, juntando ramas y armando montoncitos para el fuego. En la cocina de la *dacha*, Galina cortó las pechugas en cuadrados, los puso a adobar en aceite, limón, menta y otras yerbas del jardín y después salimos todos al bosque a buscar hongos y champiñones. En los caminos entre los árboles había mucha gente, familias enteras. En algunos sectores del bosque se formaban hileras de personas cargando canastos, buscando hongos. Olga me dijo:

—No es normal. En otras épocas te encuentras con suerte con uno o dos vecinos. Pero toda esta gente viene desde Moscú. Es por la crisis.

Galina y Olga pueden reconocer hasta cien tipos diferentes de hongos y Shénia es una especialista en encontrarlos. Volvimos a la *dacha* con las canastas llenas. Galina se sentó en los escalones de entrada a la *dacha* fumando sin parar y cocinando sin pausa. Preparó pepinos, tomates, champiñones y morrones verdes y rojos para ensaladas. Como si no fuera suficiente con

toda esa comida, Galina dijo que faltaban choclos. Y ahora estamos aquí, bajo este cielo celeste límpido, enceguecidas por la luz del domingo, yendo a comprar choclos.

En el jardín de la *dacha* cuidando del asado quedaron Olga, Jan y Christian, el corresponsal del diario suizo *NZZ* que se jubila y que Olga también acaba de jubilar como alumno. Antes de irse de Rusia, Christian le regaló a Olga una cabañita de madera importada de Canadá que construyeron a un costado de la vieja *dacha*.

El humo de las brasas se eleva como una columna en el aire caliente y el olor a asado llega hasta aquí, caliente y fresco con aroma a menta.

Shénia da vueltas en el camino de tierra, juega a pararse en diferentes posiciones de ballet. Con su carita cuadrada, el pelo rubio y lacio, los pantalones amarillos y la campera de jean, bien podría pasar por una nena norteamericana, si no fuera porque en la cabeza tiene un pañuelo blanco con flores rojas. Así parece una trabajadora del pueblo o una *bábushka* joven y en miniatura. No pregunté dónde está la verdulería del *koljós*, pero no debe quedar tan lejos.

Galina prende otro cigarrillo con la colilla del anterior. A la izquierda está el pueblo de casitas de madera tapadas por las copas frondosas de los árboles. De las chimeneas de algunas *isbas* sale humo, pero muchas puertas están selladas con tablas clavadas en cruz. Galina nota mi mirada.

—Cuando yo era chica este era un pueblo de verdad, con gente que vivía todo el año. En las *isbas* convivían varias generaciones y los vecinos se conocían desde siempre. Ahora apenas quedan un par de familias que viven de forma permanente. Poco a poco la gente fue abandonando el pueblo para ir a Moscú a vivir hacinados en viviendas colectivas. Nosotras pasamos los fines de semana en este pequeño paraíso perdido. Mis abuelas sólo dejaban el pueblo para algún acontecimiento importante.

Galina habla en la forma femenina, como si en su vida no existiera el género masculino, con la excepción de los tres gatos castrados. Jan dice que la tres mujeres se reprodujeron por clonación.

A la derecha la plantación de maíz llega hasta el horizonte. Y más allá se ven las cúpulas acebolladas y las torres del castillo de Chernomyrdin. Escucho la vocecita de Shénia pero no la veo, desapareció entre los tallos altos de la plantación, que la tapan por completo.

—En los años veinte -dice Galina- durante la NEP, la Nueva Política Económica implementada por Lenin, a los campesinos se les permitía poseer un caballo o una vaca. La ‘vaca privada’ la llamaban. Pero esa gente que trabajaba de la mañana a la noche hace décadas que ya no existe, fue reemplazada por empleados de granjas colectivas que todavía subsisten. Las leyes de privatización del campo que impulsó Yeltsin siguen bloqueadas en el parlamento que, como sabes, tiene mayoría comunista. El día de pago los hombres compran vodka, se emborrachan y siguen bebiendo durante días, se quedan tirados inconscientes semanas enteras. Esos hombres cumplen un horario y cuando vuelven a casa no están dispuestos a cosechar su propia huerta. Desde generaciones, esta gente ya no sabe cómo hacer para que crezca algo en la tierra.

—Pensé que el alcohol era un problema urbano.

—El alcohol hace estragos también en el campo. Aquí, por ejemplo, el procurador del pueblo destruyó la iglesia ladrillo por ladrillo, que intercambié por vodka. Cien ladrillos por una botella. El hombre se llenó de alcohol hasta morir. Lo encontraron congelado en su cabaña, con la cabeza apoyada sobre una montaña de botellas vacías. Al *delirium tremens* provocado por la intoxicación alcohólica le llamamos en Rusia ‘la fiebre blanca’. Los marxistas veían al campesino como a un reaccionario y a un vago. Por eso la agricultura fue organizada como un sistema militar.

Imagínate: en épocas de la revolución, los campesinos formaban el 86% de la población y todos esos millones de personas pasaron a ser empleados del Estado. Pero este proceso es aún anterior a la revolución, comenzó mucho antes de la abolición de la servidumbre. ¿Sabes cómo se llama al personaje típico de los cuentos rusos?

—¿Cómo?

—Emilio. *Emelia*, en ruso, significa ‘pereza’.

Escucho interesada lo que dice Galina, pero me preocupa Shénia. ¿Dónde se metió la nena?

—¿Y Shénia? -le pregunto a Galina.

Ella se ríe con voz ronca.

—No te preocupes por Shénia. Esa niña va a ser libre. Es lo que más deseo en el mundo.

Galina camina tranquila y fuma.

—¿Te interesa la historia rusa? -me pregunta con su voz ronca.

—¡Muchísimo! Me apasiona todo lo que tenga que ver con la servidumbre. Estoy leyendo *Almas muertas*.

Hasta el siglo XIX la venta de tierras incluía a las “almas”, las personas que vivían en ellas, como si se tratara de ganado. Cuando un terrateniente ponía a la venta sus inmensos campos, en las escrituras incluían listas de pueblos completos: sus habitantes pasaban de dueño en dueño. Cada cinco años se hacía un censo en todo el imperio ruso. En el libro de Gógol, Chíchikov es un empleado estatal arribista que compra ‘almas’ de siervos muertos -que siguen figurando como si estuvieran vivos hasta el próximo censo- a bajo precio. Así, se convierte en un terrateniente dueño de una cantidad importante de siervos, logrando mayor estatus social, necesario como dote para casamiento. La novela está llena de detalles y de la vida de los pueblos a principios del siglo XIX. Muchos se preguntaron si podía considerarse inmoral comprar hombres muertos en un país donde era legítimo comprar y empeñar a hombres vivos.

—La servidumbre en Rusia -cuenta Galina- comenzó en 1480, con Iván III. Fue él quien expulsó a los mongoles de Rusia y se nombró a sí mismo zar, una palabra que viene de ‘César’. Los nobles, o *dvorianie*, estaban sometidos al zar, que los obligaba a prestar servicios militares. A ellos les asignó tierras, las *poméstiye*, que seguían a disposición del zar y recién algo más tarde fueron hereditarias. En un principio, los campesinos eran considerados independientes, tenían ciertas obligaciones hacia los *dvorianie*. Hasta fines del siglo XVII el campesino podía elegir el lugar donde quería vivir, se le permitía mudarse sólo una vez al año, en la semana anterior y posterior al día del Santo Yuri, el 26 de noviembre. Esa restricción respondía a la necesidad de asegurar que hubiera mano de obra para las cosechas. Los campesinos con movilidad limitada eligieron a los terratenientes más ricos y a las mejores tierras, así los *dvorianie* con peores tierras se vieron relegados y sin hombres para cumplir el servicio militar que imponía el zar. En 1580, Borís Godunov, que fue el hombre fuerte detrás del zar Fiódor Ivánovich, emitió un decreto por el cual los campesinos estaban ‘atados’ a las tierras donde trabajaban. Con ese decreto comenzaron trescientos años de servidumbre.

—¡Trescientos años!

—Sí, mi querida Lílchka. Hasta 1861 tuvimos servidumbre en Rusia. Aunque digan que la forma más profunda y completa de servidumbre es cuando el amo es capaz de movilizar a sus siervos según su gusto y placer, desterrándolos, intercambiándolos por ganado. La palabra “siervo” se usó para las personas que estaban atadas al suelo. Eso conlleva siempre un fondo

económico. La Rusia moderna tiene una herencia rural muy fuerte y trescientos años de servidumbre es una herida que no sana tan rápido en la conciencia moral de un pueblo.

—¿Stalin era hijo de un siervo, verdad?

—Así es. El padre de Stalin, un zapatero georgiano, compró su libertad, se convirtió en un hombre libre. También el abuelo de Chéjov fue siervo.

—Ahora entiendo porqué sus historias de los personajes de los pueblos son tan diferentes a las de Tolstói o a las de Dostoiévski...

—...que eran aristócratas. Los terratenientes rusos fueron ampliando sus derechos. Con el paso de los siglos adquirieron todo tipo de libertades y privilegios, muy al contrario de lo que ocurría con los señores feudales europeos que habían ganado sus tierras en batallas y eran, por derecho propio, dueños y señores de sus tierras. Los caballeros feudales europeos debían constantemente negociar sus privilegios con el soberano, pero en Rusia el terrateniente era nombrado por decreto y por herencia. Los pocos derechos que tuvieron los siervos se esfumaron, hasta convertirse en propiedad absoluta de los terratenientes. El sentido original de ‘siervo’ es que este ‘sirve’ a su señor y el señor ‘sirve’ al zar, una jerarquía ascendente de la que nadie escapa. Lo más bajo de la pirámide era el campesino y el siervo, muerto para la ley. ¿Conoces el cuento de Turguéniev “Mu-Mu”?

—Sí, es terrible.

El cuento de Turguéniev narra la historia de Guerásim, un gigante sordomudo siervo que encuentra un cachorrito, lo adopta y lo cuida. Lo llama *Mu Mu*, el único sonido que el sordomudo es capaz de emitir. La dueña de las tierras, una mujer aburrida, caprichosa y cruel -como Bárbara Petrovna, la madre de Turguéniev, que era dueña de miles de siervos-, se entera de que uno de sus siervos posee un perro y ordena que se lo expropien: sólo a ella le es dado poseer tierras y todo lo que crezca o viva en ellas. Cuando Guerásim se entera de que van a arrebatarse el perrito, lo ahoga en el río. La simbología de la escena es devastadora: el grandote prefiere la muerte de su ser más querido antes de que se lo saquen. El cuento es una alegoría de la Rusia esclavista, representada por la ama cruel y el enorme campesinado, sordo, mudo y falto de derechos, simbolizado por Guerásim.

—Iván Turguéniev nació en una familia de terratenientes, pero pasó gran parte de su vida en Europa. Fue uno de los pocos escritores rusos que pudo ver con claridad el sistema arcaico y jerárquico en el que vivía. Turguéniev escribió contra su propia casta -Galina recita de memoria:- “Los terratenientes rusos no tienen derechos inherentes. No tienen castillos fortificados, ni en el sentido físico ni en el moral de la palabra. Sólo sirven al poder”.

Al final de la calle de barro, un muro de superficie rosa almohadillada imita las piedras antiguas de los palacios renacentistas. La muralla termina en almenas. Detrás del muro del castillo, entre las cúpulas revestidas de cobre, unas grúas modernas se mueven como patas de insectos gigantes, suben y bajan cargadas con pallets de placas de baldosas color rosa. Es domingo, pero los obreros están trabajando. ¿Estará el ministro en su castillo controlando las obras? ¿No nos estaremos acercando demasiado? ¿Y si la nena se fue corriendo y se cayó en el foso?

—¿Dónde se metió Shénia? -insisto.

—Ahora vas a ver dónde se metió -me dice sonriendo.

Galina tira la colilla del cigarrillo a la tierra, la pisa y me toma del brazo. Entramos a la plantación de maíz, mis sandalias se hunden en la tierra blanda. Avanzamos entre plantas de tallos

furiosamente verdes, más altos que nosotras. Las hojas ásperas se me pegan a la ropa, a la cara. ¿Dónde estará la bendita verdulería? ¿Iremos por acá para acortar camino? Galina sigue hablando.

—El campo ruso nunca fue un modelo a seguir. Aquí el desarrollo no surgió de la necesidad ni del trabajo, sino de la incompetencia. Para los terratenientes, la propiedad de la tierra era una fuente de ingresos y de provisiones, además de un pasatiempo de verano. Así surgieron los *boyardos*, los nobles del siglo XVII que con los ingresos del campo construyeron sus palacios en las ciudades. Pasaban los inviernos en Moscú o en San Petersburgo y en verano venían a sus residencias, como hace Chernomyrdin. Y como Chernomyrdin, los boyardos eran más propietarios que estancieros. ¿Sabes cómo los llamó Turguéniev?

—¿Cómo?

—“Hombres superfluos”. Los hijos de los amos gastaban fortunas en París, vivían de la inercia basada en la esclavitud para celebrar la inactividad, expresada en términos de borracheras. Llevaban una vida sin ambiciones, indolente, fácil, perezosa, como nuestro Emilio de los cuentos. La tiranía rusa era el único motor de su propia inmoral: ciegos, sordos y débiles ante la cultura europea, dueños de tierras esclavizadas. Iban a Europa a jugar a ser caballeros y príncipes y volvían a Rusia para convertirse en déspotas asiáticos, obligando a sus siervos a transformarse en sus payasos. Inventaron una cultura grotesca que los divertía: por la noche, cuando los campesinos terminaban su trabajo, les exigían que se convirtieran en pintores, escultores o poetas. Algunos de ellos fueron realmente verdaderos artistas.

De repente, dos manitos húmedas me tapan los ojos.

—¡Priviét! -es Shénia, muerta de risa.

Me doy vuelta y la veo. Shénia levanta de la tierra cinco maíces enormes que arrancó de las plantas.

—¡Shénia! -le digo un poco escandalizada.

Galina y Shénia se ríen.

—¿Eso no es un robo? -pregunto.

—¿Un robo? -dice Galina mientras arranca tres maíces más de las plantas-. Los que realmente han robado aquí ya se lo han llevado todo.

Salimos a la calle de tierra y cuando estamos llegando a la *dacha*, Shenia grita:

—¡Chernomyrdin! ¡Vino Chernomyrdin!

Miro para todos lados, esperando que en cualquier momento aparezcan los guardas de seguridad apuntándonos con sus Kaláshnikovs por haber robado los choclos del *koljós*. Pero no hay nadie. Solamente un perro de color beige que se acerca a Shénia moviendo la cola de contento. La nena se agacha y lo abraza, le da besitos en la trompa oscura, casi negra.

—Le decimos Chernomyrdin -me explica Galina-: *Chórnaia mórda*, significa “trompa negra” en ruso.

LA AUTOPISTA A MOSCÚ

Desde la parrilla llega el olor al choclo asado, las brochetas de pollo ya están listas y los champiñones del bosque ahora están en platos con salsas de vinagre, mucho ajo y pedacitos de morrón grillado. Montones de platos y platitos llenan la mesa tapando casi totalmente el mantel floreado. Cuando estamos por empezar a comer se escucha un estruendo de bocinas. Chernomyrdin se despierta ladrando y sale corriendo hacia el camino de tierra. Es Julian, que viene de Moscú en el Moskvich blanco que acaba de comprarse.

Julian, Marian y Paul bajan del auto. Marian trae un ramito de flores silvestres, pero en vez de dárselo a las rusas se lo pone en el pelo y pone cara de cómic japonés. Julian le da un beso en la frente y Paul saca de su mochila dos botellas de vino tinto.

Comemos y tomamos vino y hablamos de la crisis económica. Cada día, desde la redacción en Buenos Aires me piden artículos sobre la situación en Rusia. Estoy rodeada de campos de maíz y castillos feudales, de amigos que comen brochettes de pollo, ensaladas rusas y toman buen vino, y me pregunto si estoy capacitada para escribir sobre el tema.

La tarde empieza a caer en el pueblo de *dachas*, el vino nos vuelve lentos y tenemos que organizar cómo volver a Moscú. Somos nueve personas para dos autos. Jan se ofrece a llevar a las rusas y a Christian, así que a mí me toca el Moskvich de Julian. Ayudamos a Olga a guardar todo, a cerrar puertas y ventanas. Galina me llena el canasto de tomates, pepinos y papas de la huerta y agrega dos frascos con champiñones en salmuera. El domingo me pesa, presiento que la vuelta se me va a hacer larga.

Julian se sienta al volante del Moskvich. A su lado, Marian está fresca como una rosa. Me siento detrás de Julian, al lado de Paul y, a pocos kilómetros de salir del pueblo, cuando el auto entra en la ruta, me duermo.

Me despierto con la cabeza apoyada en el vidrio frío y húmedo de la ventanilla. Los tres alemanes toman cerveza y cantan. Los ruidos mecánicos del auto se mezclan con las canciones desafinadas. Noto que están un poco borrachos. Perdimos de vista el Ford y afuera todo está oscuro. Julian me mira por el espejo retrovisor y me dice:

—Van a llegar antes que nosotros. Mi Moskvich es más lento y la ruta está llena de baches.

Julian me ofrece una botella de cerveza, pero la rechazo. Lo que necesito es un café y volver a casa.

Marian se sienta mirando hacia atrás, sin el cinturón de seguridad. Habla con Paul y sutilmente se baja un poco la remera en sí escotada para que se le vea el inicio de las tetas. Pero Paul no la mira. Me contó Julian que está enamorado de la corresponsal española, que no le da bola. Toma cerveza y mira hacia algún punto indeterminado de la ruta.

Julian baja la velocidad. Un cartel enorme iluminado por focos anuncia: AUTOPISTA A MOSCÚ - HOMBRES TRABAJANDO.

Julian dice:

—¿Y si tomamos la autopista?

—¡Sí! ¡Sí! -dice Marian y gira en su asiento mirando hacia delante.

—Estás loco -dice Paul-. Está en construcción.

—Podemos ver qué tan avanzados están.

—Pero está sin terminar -insiste Paul.

Salimos de la ruta y Julian dice, como convenciéndose a sí mismo:

—Hay carteles. Si hay carteles significa que ya está casi lista.

Julian hace un par de maniobras bruscas sobre el terreno en obras y después entramos a una ruta de asfalto nuevo y reluciente.

—¡Me encanta! -grita Marian. Se lleva las manos a la cara y dice, con voz dulce-: ¡Te amo!

El amor de Marian hace que el pie de Julian se apoye en el acelerador, el Moskvich carraspea y avanzamos a gran velocidad por la ruta nueva. Pero a los cien metros una valla con un cartel nos cierra el paso: *OPÓSNÓ*, ‘peligro’. Julian frena y estaciona el auto frente a una garita iluminada por los focos del Moskvich.

De la garita sale un guarda con una Kaláshnikov. El soldado viene hacia nosotros pero no puede ver nada, enceguecido por la luz. Se pone una mano sobre los ojos y grita:

—*Shto tam?* -¿quién anda por ahí?

Julian apaga las luces y sale del auto. Pareciera que disfruta de la situación. Viajó a Chechenia y a Afganistán, ¿por qué iría a tenerle miedo a un guarda medio dormido? Julian habla con el soldado y hace gestos. El soldado baja el arma mientras Julian gesticula, saca algo del bolsillo y se lo da al guarda, que se acerca a la valla y la levanta. Marian se come las uñas y Julian vuelve triunfal al auto.

—¿Me merezco un beso? -le pregunta Julian a su novia.

Marian lo besa y Julian arranca. Un cartel anuncia: MOSCÚ 140 KM. Paul y yo nos miramos. Julian acelera, abre la ventanilla y grita, como un enloquecido:

—¡Já! ¡Já! ¡Já!

El viento me revolotea el pelo y me despierta del todo. Julian está de buen humor: el asfalto es suave, las líneas blancas brillantes que separan los carriles están recién pintadas. Julian toma cerveza, acelera y la carrocería tiembla, todos temblamos y el pelo me tapa la cara. La ruta es lo único que vemos porque el resto del mundo está oscuro, como si nada más que nosotros existiera en este planeta de una perfección rara, ajena a Rusia. Julian acelera y canta:

—¡Somos los viajeros de la noche, los cosmonautas de la autopista a Moscú!

Marian ríe a carcajadas, acerca su botella de cerveza a la boca de Julian y le da de beber como si fuera una mamadera. Julian se ríe y juega a hacer gárgaras de cerveza, mientras Paul sonrío, mira hacia delante y toma cerveza.

Yo también tendría ganas de reírme, si no fuera porque hace un rato la autopista se convirtió en una alfombra negra sin señalizaciones, ni líneas de demarcación, ni luces. Desde hace cinco kilómetros lo único que parece tener vida en este planeta abandonado es el Moskvich, con sus faros que iluminan el asfalto fresco. Frente a nosotros se extiende la noche cerrada, silenciosa y húmeda como un túnel.

Le toco el hombro a Julian.

—No vayas tan rápido.

Julian pone el pie en el freno, se da vuelta y me pregunta si me siento mal.

—No. No es por eso.

Julian vuelve la vista y su cuerpo hacia adelante y, de repente, grita. Grita y se escucha el eco de su grito que viene de alguna parte, desde la oscuridad.

El auto se para con el chillido de los frenos. El motor todavía tiembla cuando salimos del auto y sólo se escucha el ruido del ventilador. Saltamos a la autopista, o lo que era una autopista, como náufragos de un barco. Caminamos sobre el asfalto frío, un poco mareados y borrachos por la velocidad a la que estaban acostumbrados nuestros cuerpos. Unos diez metros más adelante, apenas iluminado por los focos, el asfalto se corta abruptamente. La autopista termina en seco sobre un enorme vacío negro.

Nos sentamos al final de la ruta, un poco ebrios, sin decir una palabra, asombrados de estar con vida. Paul me alcanza su cerveza y ahora sí, tomo un trago largo. Siento el líquido frío en la garganta mientras las luces de Moscú iluminan el horizonte de un cielo sin estrellas.

LA MÚSICA DE BORGES

—¿Tienes algo que hacer el martes 24 de agosto a las 19:30? -me pregunta Pável al teléfono.

Me fijo en mi agenda. Ese día voy a estar volviendo de un viaje a Siberia. Pável me cuenta que se celebra el centenario de Borges y que organizó un encuentro en una galería de arte.

—Quería pedirte que leyeras algunos de sus poemas que traduje al ruso -me explica.

—¿Poemas de Borges? ¿En ruso?

—En español. Yo leeré en ruso y luego tú en español. Quiero que los rusos escuchen la música de Borges.

—¿La música de Borges?

—Sí. El canto porteño, el idioma que habló Borges. Elije dos o tres poemas. Me dices cuáles y los traduciré al ruso.

¿Leer poemas de Borges frente a un público ruso? Qué responsabilidad. Le expreso mis dudas a Pável, pero él confía en que va a salir bien.

Ni bien cuelgo voy corriendo hasta la biblioteca. Pongo *La cifra*, *Textos recobrados* y *Biblioteca personal* en la valija y unos días más tarde estoy en el avión de Aeroflot que atraviesa cinco husos horarios hacia el Este, hacia el corazón del Asia.

La sombra del avión avanza sobre el paisaje verde y plano. Desde esta altura todo es verde, hasta el color de los ríos que surcan la tierra como las venas de un organismo vivo. El sol se refleja en el agua, el resplandor llega hasta mi ventana y me ciega. Los Urales son una cicatriz que divide Europa del Asia. A partir de ahí el paisaje es monótono y durante miles de kilómetros la geografía de Siberia se repite, como si Dios se hubiera dormido durante la creación del mundo.

Abro *La cifra*. Leo:

Acaso un dios me ha condenado al tiempo, esa larga ilusión.

He soñado los mapas y los reinos...

He soñado el día de ayer

Tengo siete años, aprendí la poesía de memoria y la maestra me hace pasar al frente. Estoy nerviosa cuando camino entre los bancos hacia el frente, cuando me paro en posición de firme ante la clase, cierro los ojos y empiezo a recitar:

“El grillo”, de Conrado Nalé Roxlo.

Silencio. La maestra, desde el escritorio, me corrige:

—El *Grillo*.

—El grillo -vuelvo a decir.

Estoy programada como un loro para recitar el verso entero pero la maestra se levanta del escritorio, se acerca y se agacha hasta mi altura. Me mira a los ojos y dice:

—Decí: *gri-yo*.

Repito ‘grillo’, pero pronuncio ‘grilio’, como en España. Mis abuelas era españolas, emigraron a la Argentina desde un pueblito de León llamado Velilla de la Reina. Eduviges, mi tía abuela, le enseñaba dicción a los niños de la familia Rocamora. Hasta los años veinte, en las clases de las escuelas de Buenos Aires se hablaba como en España, con el ‘vosotros’ y las ‘elles’. Yo no hablaba como ella, pero por alguna razón su *elle* española se me quedó pegada en la palabra ‘grillo’.

Estoy frente a la clase y digo, por tercera vez y sin entender qué está pasando:

—El *grilio*, de Conrado Nalé Roxlo.

Las chicas se ríen y la maestra me grita:

—¡Gri-yo!, ¡gri-yo!

Ahora toda la clase grita “Gri-yo”.

Y yo no entiendo qué les pasa ¿Me habré equivocado en el nombre de Roxlo, tan difícil de pronunciar como un trabalenguas?

—Conrado Na-lé Rox-lo -digo, pensando que dije algo mal.

La maestra revolea los ojos y me dice:

—A ver, seguí con la poesía.

Tengo todo el texto en la cabeza y lo largo: *Música-porque-sí, música-vana como-la-vana-música-del-grillo, mi-corazón-es-lógico-y-sencillo, me-he-despertado-grillo-esta-mañana. Este-cielo-azul de-porcelana...*

El avión vuela sobre Siberia en un cielo azul de porcelana hacia Irkútsk y leo del libro de Borges el “Prólogo a Dostoiévski”, donde la estepa es una “inútil copia del alma”.

Y unos días más tarde, en el balcón de nuestra cabañita de madera frente al Lago Baikal retomo la lectura: *He nacido en otra ciudad que también se llamaba Buenos Aires*. Pável quería que los rusos escucharan el idioma de Buenos Aires, pero los porteños nunca dicen “he nacido” sino “nací en una ciudad”.

Hay olor a madera quemada. Jan me dice que se va a la *baña*, la sauna rusa, una cabañita de madera a pocos metros de la nuestra. Lo acompaño y en unos minutos estamos transpirando a más de cuarenta grados de temperatura. Nos enrollamos con los grandes toallones del hotel y cruzamos la ruta hacia la costa del lago. El agua está a diez grados centígrados y la piel reacciona al instante a la diferencia de temperatura, se pone roja. El sol de la tarde se acuesta en el horizonte y también el agua se tiñe de rojo. Hasta nosotros llega el olor a pescado ahumado de los puestitos del mercado. Qué ganas de quedarse aquí para siempre, qué fácil puede ser la vida en una cabaña de Siberia.

Cuando oscurece, Jan me trae cerveza que compró en el pueblo y yo vuelvo a los libros de Borges.

Montevideo

Resbalo por tu tarde como el cansancio por la piedad de un declive.

La noche nueva es como un ala sobre tus azoteas.

Eres el Buenos Aires que tuvimos, el que en los años se alejó quietamente.

*Eres nuestra y fiestera, como la estrella que duplican las aguas.
Puerta falsa en el tiempo, tus calles miran al pasado más leve.
Claror de donde la mañana nos llega, sobre las dulces aguas turbias.
Antes de iluminar mi celosía tu bajo sol bienaventura tus quintas.
Ciudad que se oye como un verso.
Calles con luz de patio.*

Después llamo por teléfono a Pável y le paso los títulos de los poemas.

Unos días más tarde llegamos a Moscú con cinco horas de *jet lag* en la cabeza y la piel tostada por el sol de Siberia. Jan pasa por la oficina y yo voy directo a casa, tiro mi bolso en el pasillo, me saco la ropa con olor a pescado ahumado y me doy una ducha.

Llego a la galería en menos de diez minutos. Por suerte está cerca, enfrente del hotel Ukraína, a dos minutos de mi casa. La galería está llena de gente y Pável, alto y con una sonrisa, me espera. En las paredes hay cuadros muy parecidos a las obras de Escher, podrían ser tapas para libros de Borges.

Pável me presenta a varias personas y enseguida la directora de la galería hace un discurso micrófono en mano. Después Pável invita a la gente a otra sala donde hay sillas preparadas como para una conferencia. Pável y yo nos sentamos frente al grupo de cincuenta o setenta personas.

Pável lee la traducción de los poemas de Borges. El ruso tiene para mí un efecto adormecedor pero extrañamente estoy muy despierta, aunque en mi reloj interno son las cuatro de la noche. Pável me presenta. Explica que leeré algunos poemas en el 'idioma de Buenos Aires'. Es extraño leer frente a tanta gente y que no me entiendan. Muchos rusos cierran los ojos, como si escucharan un concierto de música. Y entonces me doy cuenta de que, aunque esté algo nerviosa por hablar en público, estoy hablando en porteño, pronunciando las 'elles' de Buenos Aires, en ese idioma tan diferente al de mis abuelas.

EL HIELO VIVE: UN VIAJE A SIBERIA

—El hielo vive -dice Vladímir Fiódorovich mirando hacia adelante, hacia el movimiento continuo e hipnótico de las olas, del agua helada. Pareciera que no me hablara a mí sino al lago, a este espejo líquido inmenso que brilla bajo el cielo del Asia.

Una niebla blanquecina y húmeda, tan poco compacta que sus mínimas gotas quedan suspendidas bailoteando en el aire, nos acompaña desde que abandonamos la costa, rodea el barco y se asienta sobre la superficie del lago provocando el efecto de pequeños arcoíris que aparecen y desaparecen sobre las olas. A trescientos sesenta grados a la redonda sólo hay agua, nada más que agua, debajo de la quilla del *Mirásh* hay un abismo líquido de 1.700 metros de profundidad y no se ve ni un atisbo de la costa, el destino sin nombre del otro lado del lago hacia donde vamos.

Estamos en medio del Lago Baikal, el más profundo del planeta, un lago de ‘fisura joven’ que se ensancha dos centímetros al año sobre una falla sísmica activa, con fuentes termales y cientos de terremotos que pasan inadvertidos para el ojo humano y, como un gigante paciente, va cambiando de a poco la fisonomía del planeta. Es difícil pensar que una vez al año esta masa inabarcable de agua se convierte en un único cubo de hielo inimaginablemente grande. Y más todavía cuesta pensar que en los inviernos helados, cuando el hielo llegaba a su punto de congelamiento máximo, los rusos tiraban sobre la superficie los rieles del Transiberiano, continuando así el trayecto hacia el Este en línea recta y ahorrando al viajero algunos cientos de kilómetros del desvío que significa bordear las aguas por el Sur-Sudoeste hacia Ulan-Ude o por el tramo del Baikal-Amur de las costas inhabitadas del norte, hasta Vladivostok.

—En noviembre el Baikal comienza a helarse. A fines de enero la capa de hielo ya mide un metro -me explica Vladímir, mientras enciende un *papirosi* con una sola mano-. En invierno dejo el barco en el muelle. Son largos los inviernos en Siberia.

Vladímir habla pausado, no parece una persona de hablar mucho y me siento testigo de una confesión. En cualquier momento se quedará callado y sólo se escuchará el eco de sus palabras, los ruidos del barco y el agua que golpea en el casco.

—En invierno hacen demarcaciones sobre el hielo, rutas para ir en auto. Hasta camiones andan por aquí. Bajo la superficie pasan corrientes de aguas cálidas que afinan la capa de hielo. El peso de los autos produce rajaduras y el que no respeta al Baikal cae al agua helada. Este lago es un enorme cementerio.

No veo la brújula en el mando de cabina, ni tampoco vi demarcaciones ni boyas de ningún tipo en el agua desde que partimos. Hace rato perdí la noción de lugar, si se puede hablar de ‘lugar’ en medio de tanta agua. Me habría gustado venir en otoño y no verano, ver el proceso del agua que

comienza a helarse, como cuando era chica y mi madre preparaba helado de frutilla y a cada rato mi hermano y yo, impacientes, abríamos el congelador y tocábamos con el dedo la superficie rosa para ver si ya se había solidificado. Cómo me gustaría caminar sobre la superficie congelada del lago, escuchar el crujir de la nieve sobre la superficie, ver astillarse el hielo como cuando levantaba la palanca de la cubetera metálica y saltaban pequeñas esquirlas como vidrios afilados.

Jan está en la cubierta de babor, charlando y fumando un cigarrillo con Maxím, el hijo de Vladímir. Hace pocos minutos yo estaba también con ellos en la cubierta y todavía siento en las mejillas el dulzor fresco del agua. Es dulce el agua del Baikal, aunque cualquiera pensaría que tamaña masa de agua, con sus corrientes y mareas, es salada como el agua del mar.

Hace poco vi un video de un grupo de músicos haciendo un concierto de hielo sobre el lago: usaban grandes cubos congelados a modo de tambores y al final tiraban placas finas de hielo que se rompían con estruendo de platillos sobre la superficie.

—Esta tierra y estas aguas ya son nuestras (*nashe*) -dice Vladímir-. Llegué con mis padres hace tres décadas. Ellos eran del Volga pero mis hijos son siberianos.

En el muelle quedó Dima, el hijo menor de Vladímir. Nos despidió haciendo señas con la mano, con el fondo de las columnas de humo de los puestos de *omúl*, el pescado de carne sabrosa y blanca. Con Dima quedó uno de los teléfonos de radio, el segundo radioteléfono cuelga del cuello de Vladímir, que fuma el *papirosi* y calla.

Me siento segura en la cabina mientras Vladímir habla, ni siquiera tengo mareos como siempre me pasa en barcos chicos, aunque el *Mirásh* no es tan chico, es un *Kutter* de quince metros de eslora. Ahora el *Mirásh* es un punto que avanza hacia algún lugar sobre un abismo de agua. Vladímir, su hijo Maxím, Jan y yo somos una pequeña familia en medio del lago y nada malo va a pasarnos. Pero si algo sucediera, si las aguas enloquecieran o las olas se congelaran y el *Mirash* quedara incrustado en una fisura del hielo, sobreviviríamos sin problema. Vladímir conoce las aguas y respeta al hielo. Él dará órdenes a su hijo, llegará la noche y Vladímir nos contará leyendas de los pueblos buriatos y tártaros que viven en la zona y yo transcribiré a mi libreta las historias que Vladímir cuenta con su voz grave y lenta.

En ruso el lago se llama *Ósiero Baikal*, que deriva del tártaro *Bai-Kul*, ‘lago rico’. La gente lo llama el ‘ojo azul de Siberia’, donde la Tierra “mira a Dios directamente a los ojos”. Dios nos mirará directamente a los ojos y cuando todo sea silencio, caminaremos sobre las aguas congeladas y sólo se escuchará el crujido del hielo.

Vladímir fuma otro *papirosi* y se queda un rato en silencio. No tomé nota de las frases que dijo y estoy segura de que me voy a olvidar de todo. Pero no importa.

Levanta la mano izquierda del timón y la mira. Después me mira por primera vez desde que entré a la cabina y me dice:

—Conozco al Baikal mejor que a la palma de mi mano. Por eso lo respeto. Lo respeto, pero no le tengo miedo. Hay una antigua canción rusa que dice -Vladímir canta-: *Sibír, iá nié baiús tibiá. Ti tóshe rúskaia semliá.*

“Siberia, no te tengo miedo, también sos tierra rusa”.

Y después, con la vista otra vez fija en el horizonte, Vladímir dice en voz baja, tan baja que no estoy segura de haberlo escuchado bien:

—Conozco al Baikal mejor que al cuerpo de mi mujer.

CANCIONES RUSAS: EL FINAL DEL VIAJE

Dibujo escarabajitos en mi libreta, hay de todo tipo, color y tamaño, de cuerpos redondos de color negro nacarado con reflejos verdosos y antenas que se mueven nerviosas como si fueran patas que se confunden con los tres pares de patas también en movimiento. Dibujo otro bicho, mezcla de libélula y avispa, que se quedó tieso en la ventana del tren, a pocos centímetros de mi nariz. Es verde y transparente, unas perlititas amarillas en medio de las antenas largas parecen ojos descentrados. La luz lo atraviesa, el bicho mueve las antenas, absorbiendo adormecido el calor del sol o posando para que lo dibuje y lo lleve de recuerdo en mi libreta.

En mi guía dice que en la zona del *Baikal* hay más de mil quinientas especies de animales, entre las que se encuentra la foca siberiana, un mamífero de agua dulce que vive en manadas de cientos de miembros en la isla de Oljón, a cuatrocientos kilómetros de distancia de donde estamos ahora. En cinco días apenas conocimos la zona sur del lago y es el primer viaje de todos los que hicimos en Rusia en el que descansamos de la vida en Moscú, del trabajo y quizás hasta de nosotros mismos, lo más parecido a unas vacaciones que tuvimos en varios años. Nuestra piel está tostada, de un color rosado. Nos sentimos sanos, frescos, vivos.

Hay algo en la amplitud del paisaje y en el aire de Siberia que nos vuelve parte de la naturaleza generosa. Aquí la gente es más tranquila que en Moscú, más centrada en la supervivencia. Aquí nos sentimos menos observados, más libres, más amigos de las cosas y de la gente. Estoy tentada de hablar en pasado, decir “fue bueno el tiempo en Moscú, tuvimos momentos mágicos, conocimos gente maravillosa”. Estamos al final de nuestro viaje y me parece que eso que llaman “alma rusa” me sigue siendo esquivo, como un duende caprichoso que viene cuando él quiere, que se escapa y desaparece. Pero en Siberia el alma rusa es como una abuela loca, insoportable durante el día pero que por la noche viene y me tapa con una manta para que no tenga frío.

Habríamos necesitado por lo menos un mes para recorrer todo el Baikal, ir a los pueblitos de tres o cinco casas, tomarnos más tiempo para hablar con la gente, descubrir playas desiertas. Nos quedamos con las ganas de volver en invierno, cuando el agua esté congelada, para caminar sobre la superficie fría y escuchar a los grupos de música que le sacan notas y sonidos al hielo. Nos prometemos volver algún día, con tiempo. Aunque intuimos que este es nuestro último viaje en Rusia. En menos de seis meses nos estaremos yendo, un ciclo se cierra, a Jan le ofrecieron el puesto de corresponsal en Buenos Aires y mi padre ya está buscando casa para cuando lleguemos. Y ahora en la *elektrichka*, el tren eléctrico que bordea el Baikal hasta Irkutsk sobre las vías del Transiberiano, me despido hasta de los bichitos que hacen la siesta en mi ventana.

El tren pasa por pueblos con nombres simpáticos: Osinovka, Ósiero Chísticoie (Lago Limpio),

Mali Mamay (¿Pequeña mamá? ¿será tártaro?), Tolbazija. También hay pueblos que se llaman Km. 5380, Distanzia Piátaia (Quinta distancia), Km. 5355. Es el número del kilómetro según la distancia a Moscú, como si los funcionarios soviéticos -al igual que Dios cuando creó el mundo y se durmió sobre Siberia- se hubieran cansado de inventar nombres para los pueblitos de siete o diez casas de madera.

En la estación Baykalsk el tren para y el vagón se llena de familias que vuelven a casa. Es domingo y todos cargan canastos con frutas y verduras. Los asientos son de a tres enfrentados, y Jan y yo ocupamos los de la ventana. Una familia ocupa los cuatro asientos a nuestro lado. Los padres deben tener nuestra edad y los chicos tienen ocho o diez años. Cuando el tren arranca, la mujer prepara sándwiches y la familia come en silencio.

En una de las estaciones, el tren para por un largo rato. Jan me dice en español, señalando un vagón de carga del otro lado de la vía:

—Cien metros cúbicos tiene ese vagón. Nuestra mudanza ocuparía un tercio.

Me quedo mirando el vagón, pero no puedo imaginar mis libros, los muebles y mis cuadros ahí adentro, tan lejos de Moscú. Desde que llegué a Siberia me siento incapaz de cualquier abstracción y los cuatro años que vivimos en Rusia ya son como una parte material de mi propio cuerpo. Hace un mes empecé a preparar la mudanza, ya empaqueté cuarenta cajas con mis libros y hasta sé cuánto pesan: dos toneladas y media, como calculó el empleado de la empresa de la mudanza que vino a traernos las cajas.

—No debe haber mucha gente en este vagón que sepa dónde queda Buenos Aires. Ahora estamos a unos veinte mil kilómetros de distancia -dice Jan con su forma abstracta de ver las cosas.

El ruso grandote y de piernas largas que está sentado a mi izquierda presta atención a cómo Jan habla. Hace rato que sospecho que está escuchando nuestra conversación, aunque trato de no ponerme paranoica como en Moscú, donde hasta los taxistas podrían ser de la FSB[7]. Jan dice, todavía pensando en las distancias:

—Quizás son veintidós mil kilómetros. Y diez husos horarios de diferencia.

Entonces el ruso a mi izquierda nos habla en un español extraño:

—Disculpen, señores, si no es molestia.

Lo miramos asombrados. Quizás sí es del FSB.

El ruso le da la mano a Jan y se presenta:

—Nikolái Kudinov, para servirlos -después señala a la mujer a su lado y dice-: mi señora, Natasha. Mis hijos, Kátia y Víktor.

Después pregunta:

—¿Los señores habláis español de España o castellano de Argentina?

Nos quedamos mudos. Después de hacer un gesto como para sacarse el asombro de la cara, Jan dice:

—*Priviét*.

—*Priviét* -dice Natasha, y se disculpa en ruso por no hablar castellano.

Nikolái es técnico aeronáutico y desde hace un año está haciendo los trámites para emigrar a la Argentina. Primero viajará él para buscar casa y trabajo, después le seguirá Natasha, que es bióloga, con los chicos.

El tren atraviesa montañas y de a tramos la vía sigue la línea de la costa del lago, de playitas

rocosas. Nikolái habla con Jan, le hace todo tipo de preguntas técnicas y cuando estamos por llegar a la estación de Irkútsk intercambiamos números de teléfono y direcciones de mail.

—En seis o siete meses nos veremos en Argentina -le dice Nikolái a Jan y sella su promesa dándole un apretón de manos.

Nos despedimos de Nikolái, de Natasha y de los chicos deseándoles suerte en los trámites de emigración. Qué lejos estábamos de imaginar, cuando los vimos alejarse por el andén hacia la entrada de la estación, que nuestro bebé nacería un año más tarde en Buenos Aires y que Natasha sería su *ñaña*, que le cantaría canciones de cuna y le contaría historias rusas. ¿Quién podía pensar en ese momento que ella aprendería a hablar en castellano en mi casa de Buenos Aires? ¿Cómo podía yo imaginar que Max, mi hijo argentino, me cantaría algún día canciones rusas?

EPÍLOGO: EL BOSQUE DE NATASHA

El camión de mudanza acaba de irse cargado con nuestras cosas. El departamento ahora está vacío, sólo quedan las plantas: diez jacarandás y seis palos borrachos, además de una rosa china, un laurel salvaje y dos palmeras que crecieron en los veranos continentales de Moscú al calor de la calefacción extrema alimentada con el gas gratis de Siberia.

Jan y yo nos sentamos en el piso, entre los árboles que llegan hasta el cielorraso.

Suena el timbre, es Natasha, mi Natasha, la que me llevó a todos los cines de Moscú y a los cafés más ocultos. Trajo una botella de champagne y tres copas de plástico. El corcho rebota contra la pared:

—No hay forma: tampoco me caso este año.

Brindamos, reprimiendo con risas la tristeza de la despedida. Nos apuramos porque el papá de Natasha nos espera abajo, en su Moskvich, que estacionó en el patio y está acondicionando para ubicar a las plantas.

Las bajamos en varios viajes de ascensor. Los árboles ocupan todo el asiento trasero y también el de adelante. No sé cómo hace pero entra todo, el papá saca algunas ramas por la ventanilla y le hace un lugar a Natasha. Las ramas de los jacarandás y los palos borrachos de hojas verdes tiemblan de frío en este invierno de fin de 1999.

Me despido de Natasha con un abrazo y promesas de volver a vernos y siento que no sólo abrazo a mi amiga, sino que con ese gesto me estoy despidiendo de Rusia.

El autito avanza despacio a paso de hombre entre los otros autos. Jan y yo lo seguimos hasta la entrada del edificio y cuando salimos al Kutúsovski el Moskvich gana velocidad entre los otros autos de la avenida. El papá de Natasha toca la bocina, mi amiga en el asiento de atrás me saluda con la mano y nosotros saltamos con los brazos abiertos a modo de despedida.

Y entonces veo los jacarandás y los palos borrachos ondeando en el viento helado, como brazos y manos que nos dicen: adiós, adiós, adiós.

Un mes más tarde llamo a Natasha por teléfono desde Buenos Aires. Como los árboles no entraban en el monoambiente al que acababa de mudarse, llevaron la mitad de los jacarandás y los palos borrachos a la casa de sus padres.

—Cada vez que llego del trabajo y entro a mi casa es como si entrara a una selva. ¡Tengo un bosque de jacarandás en casa! -me dice Natasha-. Antes mi madre nunca me llamaba por teléfono. Ahora llama cada noche para preguntarme cómo están los arbolitos, como si fueran sus nietos. Me

pregunta si también a mis jacarandás se les caen las hojas, si será mejor darles más o menos agua.
Lílichka, gracias a tus árboles ¡al fin tengo un tema en común con mi madre!

Liliana Villanueva nació en Buenos Aires. Vivió nueve años en Alemania y cuatro en Moscú. Es doctora en arquitectura por la Universidad de Darmstadt, fue corresponsal de prensa en Rusia y tiene una columna sobre escritura en Radio Uruguay. Obtuvo el Premio Mikel Esseri de crónicas de viajes (País Vasco, 2011). Por su crónica “La idea del frío” recibió el Premio Osvaldo Soriano de Relato (Facultad de Periodismo y Ciencias Sociales de La Plata, 2013). En 2016 obtuvo el mismo premio por su crónica “El hielo vive”. Su libro *Las Clases de Hebe Uhart* (Blatt & Ríos, 2015) recibió el Premio del Lector de la Fundación del Libro de Buenos Aires en 2015. Actualmente vive entre Buenos Aires y Berlín.

NOTAS

[1] Astolphe-Louis-Léonor Marquis de Custine, *La Russie en 1839*, París: Librairie d’Amyot, 1843. El libro que llevé a Rusia es la traducción al alemán de A. Diezmann, que se publicó en el mismo año que la edición francesa. La versión alemana tiene como título: *Russische Schatten. Prophetische Briefe aus dem Jahre 1839 (Sombras Rusas. Cartas proféticas del año 1839)*.

[2] Хотели как лучше, а получилось как всегда, (*Jatiéli kak lúchie, a paluchilas kak bsiegdá*); literalmente: “Queríamos hacerlo mejor, pero resultó como siempre”; frase tradicional rusa que expresa que uno es incapaz de cambiar el destino.

[3] *Enziklopedia Literaturnij Gueróiev*, Moscú: Agraf, 1997.

[4] La **hipotaxis** es la relación gramatical que une dos elementos sintácticos de distinto nivel o función en la que uno es dependiente del otro. El **anacoluto** es un cambio repentino en la construcción de la frase que produce una inconsistencia, como si se hubiera cambiado la frase en el camino. Es habitual e inconsciente como parte del habla informal y suele utilizarse intencionalmente como figura retórica. En este caso se denomina **reticencia**, que consiste en dejar incompleta una frase o no acabar de aclarar una especie, dando a entender el sentido de lo que no se dice. Guarda cierta similitud con el **solecismo**, pero éste implica una irregularidad sintáctica.

[5] *Prospekt* (проспект), significa ‘avenida’ o ‘vía’. Muchas veces traducida erróneamente como ‘perspectiva’, la palabra viene del latín *prospectus*, ‘vista’, ‘visión’ y probablemente derive del alemán *Prospekt*, cuyo significado actual es ‘folleto’ (de promoción o propaganda).

[6] Andreas Kappeler, *Russland als Vielvölkerreich*. Múnich: Beck 1992.

[7] FSB, Федеральная служба безопасности Российской Федерации; *Federálnaya sluzhba bezopásnosti Rassíyskoi Federatsii* o el FSB (del acrónimo ruso ФСБ), servicio de inteligencia y espionaje, sucesor del KGB.